Julio Carreras

Los Ulalos

Novela

Primera Parte

El Sistema

Capítulo 1

En el otoño de 1935 Garza iba tomando, paulatinamente, aspecto urbano, con esbozos de calles más o menos delimitadas, rústicamente trazadas, entre casitas similares, de ladrillo industrial y adobe; todas por detrás y alrededor de la imponente Casona de los Revainera. La cual se alzaba frente al Ferrocarril, separada de la Estación y las vías por unos 200 metros y una ancha acequia de riego. Dicha casona había sido -de algún modo lo continuaba siendo- el casco de la Estancia. Unas 20.000 hectáreas de campo donde, desde mediados del siglo XIX, se habían efectuado labores de producción agropecuaria, forestal, e incipientemente industrial a un comienzo -relacionadas más que nada con el autoabastecimiento para la poco numerosa población local. Luego, desde la década de 1880, con la llegada de los ferrocarriles ingleses -y de los ingleses-, se había convertido en la tímida "ciudad", paulatinamente geometrizada, que describimos someramente al inicio.

Alberto, con 32 años de edad, era el menor de los 11 hermanos Revainera, y manejaba ahora un coqueto Chevrolet De Luxe Roadster, ocre con techo gris, para dos personas, por la ruta hacia la capital, Santiago del Estero. A su lado, un amigo de toda la familia: Moisés Carol. De 25 años. Hijo del actual presidente del Tribunal Superior de Justicia de Santiago del Estero, la familia de Moisés era propietaria de otra gran estancia, entre los departamentos Salavina y Quebrachos, lindando, al Sur, con la provincia de Córdoba.

Era el lunes 6 de mayo. La hora: aproximadamente las 9.00. A las 10 comenzaría, en la Casa de Gobierno, una reunión con la delegación alemana. Que había arribado en avión a la provincia, ese domingo por la tarde.

Moisés leyó en voz alta los nombres de los alemanes:

Carl Duisberg (s). Gerente general de IG Farbenindustrie & Bayer, de Leverkusen.

Hans Fritzsche. Journalist, Wehrmachtsoffizier, Leiter des Ministeriums für Volksaufklärung und Diffusion.

Oberstleutnant... -aquí Moisés vaciló un poco y Alberto rió- ...Erwin Rommel, Kommandant... 3er Batallón Jäger, de Goslar.

-Tres alemanes...

-¿Ni una mujer? - exclamó Alberto, simulando decepción.

-Seguramente traen secretarias, o traductoras... no te preocupes... -contestó burlonamente su joven amigo, siguiéndole la corriente.

Alberto Revainera actuaba entonces como presidente de la Sociedad Rural de Santiago del Estero. Pese a su juventud, los estancieros y medianos productores agropecuarios de la provincia habían confiado en sus dotes de negociador. También administraba los bienes de su familia. Culto y buen mozo, tocaba el piano con gran solvencia. Cualidades ambas que solían granjearle una rápida popularidad, en ámbitos aristocráticos –o incluso populares- de toda la región.

Moisés, por el contrario, no era demasiado bien parecido. Nariz larga y ganchuda, escasos pelos rubios y lacios cayendo desordenadamente sobre una cabeza con signos de calvicie prematura, tendía, asimismo, más bien a la introversión. Aunque solía estallar en larguísimos y encendidos discursos cuando, durante algún excepcional convite, se abordaban conversaciones científicas, estéticas o esotéricas.

Hacia atrás comenzaron a decrecer las espesas cortinas de árboles y bosque tupido que los habían flanqueado desde su salida de Garza, a las 7:30 de la mañana. Estaban llegando a La Banda. Ciudad siamesa y liminar de Santiago.

Capítulo 2

A las 9:55, cuando Moisés y Alberto ingresaron al salón de reuniones en la Casa de Gobierno, ya estaban los alemanes. En la cabecera de la ancha mesa, junto al gobernador, el médico Juan Bautista Castro. Entre los alemanes había dos mujeres: una mayor, como de 55 años, con anteojos para miope: al lado de Duisberg; otra, joven y agraciada, entre Rommel y Fritzsche. Además del doctor Castro, por parte del gobierno, estaban el ministro de Hacienda y Obras Públicas, Lorenzo Fazio y el Secretario de Seguridad de la Provincia, comisario Roberto Montes. Junto a él la profesora Olimpia Righetti, con el abogado Bernardo Canal Feijóo. Hacia el lado izquierdo del gobernador, el ingeniero Juan Christensen; Moisés y Alberto se ubicaron junto a él. Uno o dos minutos después llegaron los diputados Justiniano de la Zerda y Marcos Rojas, quienes se ubicaron al lado de Alberto Revainera. Puntualmente, comenzó la reunión.

La secretaria del gobernador leyó un breve currículum de los visitantes.

Carl Duisberg (h), 33 años, ingeniero químico. Gerente general de IG Farbenindustrie & Bayer, de Leverkusen, venía en representación de la importante empresa que había descubierto la aspirina - ácido acetilsalicílico- y por cierto, la fabricaba y comercializaba ahora. También, entre otros fármacos, la heroína, vendida originalmente como tratamiento para la tos y cuyas propiedades anestésicas habían sido de gran utilidad en la reciente guerra europea. Además de estas, fabricaba y distribuía gran número de medicamentos, entre ellos Prontosil - fármaco de síntesis con acción bactericida amplia- Ciprofloxacino - medicamento anti infeccioso, Suramin, antihelmíntico, y la muy mentada Penicilina. Bayer había crecido, desde sus inicios en la segunda mitad del siglo XIX, convirtiéndose en la principal empresa Química de toda Europa. Y una potencia empresarial, bajo cuyo comando, se desplegaban fábricas metalúrgicas, eléctricas, de pinturas, empresas inmobiliarias, de construcción, turísticas y de varios rubros comerciales, hasta abarcar, incluso, importantes negocios en toda Europa y los Estados Unidos.

Hans Fritzsche, 35 años, capitán de la Wehrmacht, periodista, galardonado con la Cruz de Caballero *des Eisernen Kreuzes*, era un intelectual de primera línea. Formaba parte del Equipo Cultural del gobierno del Tercer Reich. Hombre de confianza para Goebbels y el Führer, Adolf Hitler, dirigía el Servicio Oficial de Noticias Inalámbricas y la Radiodifusión, interior y exterior, de Alemania.

Por su parte, el teniente coronel Erwin Rommel, de 45 años, era un importante estratega y erudito castrense, que se había destacado en la reciente guerra (1914-1918), convirtiéndose en referente principal de las Fuerzas Armadas Unificadas de Alemania, creadas durante el flamante gobierno de Adolf Hitler.

Luego de esa presentación habló el gobernador Castro. Se lo percibía entusiasmado: dijo que los "distinguidos huéspedes" venían a proponer "interesantes proyectos industriales y culturales", que podrían resultar "particularmente beneficiosos para Santiago del Estero". Y debido a ello, es que pasaba a invitarlos a transmitir sus mociones, con sus propios términos.

El primero en dirigirse a los concurrentes fue Hans Fritzsche, hombre muy bien parecido y simpático del cual –aunque no se captó inmediatamente lo que exponía, con agraciada voz masculina, en su idioma- irradiaba un aura de sapiencia amable, haciendo una pausa entre párrafo y párrafo para mirar a la bonita secretaria, quien comunicó, en perfecto castellano –con leve acento extranjero- el contenido de su alocución. Reproduciremos aquí algunos de los tramos más relevantes del discurso:

Fritzsche:

"Es para nosotros un honor visitar por primera vez la tierra que, hace siglos, pisaron algunos de nuestros venerables antepasados. Como Parsifal y sus caballeros teutones, en un tiempo mítico. O más adelante, numerosos germanos anónimos, integrando las huestes que irían explorando y fundando ciudades en América, bajo el largo reinado de una casa alemana, la Haus Habsburg, también llamada *Los Austria*.

"Hemos hablado con el gobernador, doctor Juan Bautista Castro, de que el gobierno de nuestra Nueva Alemania, ha tratado y decidido en nuestro Parlamento, establecer si es posible una relación permanente con la provincia de Santiago del Estero. Con el propósito de avanzar, si es posible, en actividades conjuntas. Productivas, comerciales y culturales, que sintetizaré a continuación.

"En la faz productiva, la empresa Bayer investigó las propiedades sanitarias de varias hierbas naturales de la región, aunque particularmente en Santiago del Estero, como el diente de león y el poleo. También, la misma empresa, está interesada en recuperar y desplegar hasta el máximo una gran producción que tuvo mucho auge durante el periodo colonial, como lo fue fabricar tinturas partiendo de la cochinilla. Enseguida su gerente podrá dar más explicaciones acerca de este proyecto.

"Por mi parte continuaré con un propósito estatal en la faz productiva. El cual consiste en la exploración y explotación de las Sierras de Guasayán. Donde varios investigadores, luego de analizar muestras de diversos minerales, extraídos allí, principalmente el cuarzo, concluyeron que se trata de una zona argentina de incalculable valor para la industria.

"Como ustedes saben, el cuarzo tiene diversas aplicaciones en la industria. Nuestro interés se dirige al área de cables y electrónica, donde las pruebas obtenidas en Guasayán, y analizadas por nuestros técnicos, podrían utilizarse para elaborar filtros de paso bajo y paso alto, con el propósito de separar y filtrar señales de diferentes frecuencias. Esto es especialmente útil

en la electrónica de comunicaciones, donde las señales deben ser separadas y filtradas para evitar interferencias.

"También varillas y tubos de cuarzo. Que se utilizan en aplicaciones donde se requiere alta resistencia, al calor y la corrosión -como en la fabricación de hornos y calderas.

"Resumiendo: el cuarzo desempeña un papel crucial en la electrónica y la industria, debido a propiedades únicas, como su estabilidad, resistencia y capacidad para generar señales precisas.

"Por fin, el tercer aspecto de nuestra delegación se refiere a la búsqueda y exploración de posibles actividades metafísicas de nuestros antepasados míticos, tanto aquí como en el Sur Argentino –la Patagonia-, como en algunas regiones de la provincia de Córdoba. Aunque partiendo desde Santiago del Estero, por varias razones.

"Esta vez finalizaré aquí mi sencilla alocución. No porque faltaran cuestiones sobre las cuales exponer: por el contrario, podríamos pasarnos semanas, o meses, conversando sobre nuestros temas. Pero es mejor, en la que esperamos sea primera de varias reuniones, que deje paso a mis distinguidos acompañantes. Ellos les resumirán, también, desde sus conocimientos profesionales, los intereses de Alemania, en los proyectos que presentamos hoy para su consideración."

-Si me lo permiten –exclamó entonces el diputado Rojas-, me surge una inquietud…

-No Rojas – lo atajó el gobernador Castro – las preguntas al final. –Esperemos que terminen de exponer los disertantes.

De tal manera continuó esta conferencia. Con la exposición del doctor Carl Duisberg, representante de Bayer (que resumimos a continuación):

"Agradezco al señor gobernador, don Juan Bautista Castro, y los distinguidos presentes, permitirnos desarrollar nuestros propósitos de colaboración mutua y fraternal relación con la provincia de Santiago del Estero y la República Argentina…

"El poleo, planta medicinal que nos interesa particularmente, proviene de la misma familia de la menta y de la hierbabuena, y presenta diferentes propiedades.

"Esta maravillosa planta es muy popular, también, en México... especialmente en los estados de Guerrero y Oaxaca. Donde suelen usarlo mucho como remedio medicinal para combatir las cefaleas.

"Los aborígenes de esas tierras, la incluyen como ingrediente ceremonial y sahumerios en sus religiones.

"Por otra parte, en la cocina aborigen americana se la ha incluido en un toque de distinción para distintos platos muy sabrosos de la cocina tradicional. Como se sabe aquí, es una planta muy apreciada y utilizada en Santiago del Estero.

"Tenemos otra hierba extraordinariamente valiosa, desde el punto de vista medicinal, en Santiago del Estero. Se trata del diente de león.

“Ese nombre cultural se refiere al vegetal que la ciencia académica denominó *Taraxacum officinale*. O –también en ámbitos populares- *amargón*, es planta benéfica en sumo grado.

“Según los estudios del médico alemán Friedrich Heinrich Wiggers, entre 1780 y 1790, el amargón tiene propiedades depurativas, liberando al organismo humano de los elementos tóxicos. Puede actuar en el hígado, riñón y la vesícula biliar, y con su efecto diurético evita la aparición de piedras en el riñón. También es un tónico digestivo contra el estreñimiento y la resaca de alcohol.

“Para uso tópico es eficaz con el propósito de limpiar impurezas de la piel, acné, urticaria. Estas propiedades se deben a su contenido de inulina, ácidos fenólicos y sales minerales, entre otras sustancias que aportan beneficios a la piel.

Se han encontrado en laboratorio resultados positivos, también, para tratamientos hepáticos, biliares, antirreumáticos, espasmolítico, anaflogístico, diurético y antidiscrático.

“Pasando al tinte de la cochinilla, debemos decir que para los mayas y los aztecas, el rojo representaba la dirección cardinal Este y tenía asociaciones directas con la sangre sacrificial. En la lengua náhuatl, el tinte de cochinilla se llama nocheztli, que significa “sangre del nopal”. El tinte de cochinilla también se trabajaba en Ecuador, Bolivia, Perú, y en esta ciudad de Santiago del Estero, en aquellos tiempos coloniales capital de la provincia denominada Tucma por los tavantisuyus. Este tinte era muy apreciado por los incas, que valoraban especialmente los tejidos de alta calidad. El rojo era un símbolo de autoridad y se puede ver, por ejemplo, en las túnicas que llevaban los guerreros incas y en las largas túnicas rojas reservadas a los nobles. El gobernante inca era la única persona a la que se le permitía llevar la borla o fleco de cabeza conocido como mascaypacha, de color rojo brillante.

“Respecto de su uso económico, productivo y comercial, existen infinidad de utilidades sustituidas hoy por recursos químicos, aunque aún preferidas por amplios sectores de profesionales exigentes, en todo el mundo.

“A principios del siglo XVII, el comercio internacional registraba 300.000 libras (113-136 toneladas) de tinte provistas a Europa cada año. Cargamentos que se enviaban cruzando el Atlántico, desde Veracruz, La Habana, Santiago de Chile o Buenos Aires. En América del Sur y México la producción de cochinilla era tan lucrativa que el cabildo de Tlaxcala, en 1553, documentó que los aristócratas españoles, conspiraban para obtener leyes que impidieran a los criollos cosecharlas para la producción de tintes.

“Por último, destacamos la cochinilla como ingrediente muy útil en muchos productos alimenticios. Especialmente en bebidas (identificado como Rojo E120), que se utiliza, asimismo, en la medicina, la cosmética y la histología, para teñir muestras en portaobjetos de microscopio”.

Cuando le tocó el turno al militar Rommel, este intervendría en la presentación alemana de un modo bastante escueto:

“Desde una perspectiva filosófica, debo lamentar la esencia potencialmente destructiva de nuestra profesión –comenzó:

“Me tocó verificar esta condición en la reciente guerra con Francia y sus aliados. Donde perdieron la vida, incluso en procesos tan crueles como jamás habían sido ejecutados en toda nuestra historia, millones de seres humanos.

“Debo reivindicar, sin embargo, el carácter necesario de los ejércitos, tanto como custodios de los valores y propiedades de sus naciones, cuanto como aportantes a la Ciencia y Cultura universales, desde los descubrimientos incorporados en su búsqueda de avances tecnológicos esenciales, para hacer cada vez más eficiente y menos traumáticas sus performances bélicas.

“Mi rol en este caso, es representar a las Fuerzas Armadas Alemanas en la investigación científica y posibles aplicaciones de los elementos que se estudiarán y elaborarán desde estas tierras, en colaboración con las industrias e instituciones estatales alemanas que participen en los presentes acuerdos, en caso de ejecutarse”.

Comenzaron a sonar las campanadas del reloj en el techo de la casa de gobierno y los asistentes a la selecta reunión se percataron que habían llegado las doce del mediodía.

-Diputado, Rojas- exclamó entonces el gobernador -usted tenía una pregunta o aportación para hacer…

-Sí, señor gobernador… me gustaría que los insignes representantes del honorable gobierno alemán, nos informaran sintéticamente, acerca de cuáles serían las condiciones, en que podrían llegarse a poner en práctica, los propósitos enunciados con anterioridad…

Luego de un silencio e intercambio de miradas entre criollos y extranjeros, tomó la palabra nuevamente el *Sozialer Kommunikator* Hans Fritzsche, quien con agradable tono y sencillez expresó más o menos lo siguiente:

1. Los alemanes estaban dispuestos a aportar científicos, instalaciones construidas y mantenidas completamente a su cargo, incluyendo parte del personal, pues los proyectos contemplarían la incorporación de mano de obra local, en los aspectos productivos o de investigación adonde fueran necesarios.

2. La provincia de Santiago del Estero sería requerida de protección legal y colaboración administrativa en los emprendimientos. Para la ubicación física de tales trabajos, se arrendarían tierras, tanto en el campo como en algunas ciudades o parajes de esta provincia.

3. El gobierno de Santiago del Estero ni la República Argentina no deberían aportar absolutamente ningún recurso económico ni técnico, salvo su disposición favorable y colaboración para que pudieran concretarse con éxito los mencionados proyectos. Sí, en cambio, las empresas capitalistas y el gobierno alemán pagarían tanto los salarios de los empleados, los impuestos, aranceles, regalías comerciales y demás contribuciones que las leyes o condiciones argentinas o provinciales determinasen.

Después de esta aclaración, el gobernador Castro dio por terminado el encuentro. E invitó a quienes quisieran participar, luego de una breve pausa, a un asado criollo. Que se efectuaría

desde las 13:30 en la finca del coronel retirado Justo Carreras De la Silva: “amigo de la casa” (esto último manifestado en leve tono de chanza).

Capítulo 3

El coronel Carreras De la Silva vivía en una amplia casa junto al Río Mishky Mayu, entre Santiago y La Banda. Además de la pensión militar, sus ingresos provenían de un pequeño ingenio azucarero en San Ramón y una estancia en Punilla, administrada por su único hijo y su ex esposa. De la cual se había divorciado hacía poco más de veinte años.

Construida sobre una lomada pétrea, no era una mansión: sino lo suficientemente grande, apta para reuniones de concurrencia numerosa, como la que se celebraba hoy. Dotada de cuatro dormitorios, terraza amplia, living y comedor separados, un escritorio, sala de armas, ancha galería con mesas muy extensas para todo uso, y un amplio patio, de al menos 100 metros cuadrados. Cercado con una cortina de algarrobos, tuscas y tipas que protegían contra vientos repentinos y dotaban de agradables espacios sombreados a todo el terreno. Aquí y allá se veían algunos ceibos, álamos, jacarandás y palos borrachos.

Entre dos ceibos, precisamente, había una plataforma de medio metro de alto, más o menos, ladrillo impermeabilizado con cemento portland, de unos siete metros de ancho por cuatro de fondo. Se la utilizaba como escenario para las frecuentes reuniones, políticas o sociales, que gustaba organizar el coronel.

30 años atrás Carreras De la Silva había liderado el comando con que secuestraron un tren de Buenos Aires: donde viajaba el entonces gobernador oligárquico José Domingo Santillán y su esposa. Junto al entonces teniente del Ejército Argentino, participaban también el actual gobernador, Juan Bautista Castro, con sus hermanos, y otros militantes nacionalistas, de la entonces muy joven Unión Cívica Radical. Se intentaba una revolución. Para instalar elecciones libres y democráticas en toda la Argentina. Dejando atrás la metodología fraudulenta, aplicada desde mediados del siglo XIX, a través de la cual los gobernantes eran elegidos por camarillas de grandes terratenientes y millonarios. Convirtiendo las votaciones en meros trámites simulados, donde se registraban únicamente los votos de peones o empleados de la gran patronal electora. Mientras se impedía -a veces ahuyentando a tiros- los intentos de pequeños grupos de ciudadanos independientes, que se atrevían a concurrir libremente a los comicios.

Los complotados habían capturado el tren, repleto de pasajeros, donde viajaba el gobernador José Domingo Santillán. Acompañado por: su esposa, Carolina Palacio de Santillán, del asistente, José Terribile, de su pariente Juan P. Solari y su esposa, Sara Santillán de Solari junto a su amiga, la joven María Arredondo. En la población de Casares los habían obligado a bajar, conduciéndolos a una estancia que los Castro poseían, muy cerca de allí. Luego de un intercambio de telegramas con el presidente de la Nación, donde se le comunicaba el hecho, este delegó el asunto en su Ministro del Interior. Quien mandó un batallón del Ejército para sofocar el conflicto.

Mientras tanto, el secuestro había tomado ya difusión nacional, por medio de las notas publicadas a través de La Prensa (junto con La Nación, el diario más importante de la Argentina). Uno de cuyos periodistas había accedido a integrar el grupo de los secuestradores, para acceder a la urticante información periodística en vivo y no perder ni uno solo de sus detalles.

Al llegar al sitio donde se mantenía prisioneros a Santillán y sus acompañantes, el teniente coronel que comandaba las fuerzas conjuntas de Ejército y Policía Provincial fue cauto. E intentó, por todos los medios, pactar con sus camaradas de armas -Carreras De la Silva, Vieyra Latorre y Manrique-, al mando de los revolucionarios. Viendo que estos se mantenían dispuestos a resistir, los rodeó de francotiradores. Y con precisión fatídica mataron, uno por uno, cuatro de los combatientes, que defendían aquella casa tomada. E hirieron de gravedad a seis. Ante el cerco, que los podría haber convertido en blancos humanos hasta que, por falta de recursos alimenticios, tuvieran que rendirse, Castro y sus colaboradores terminaron, finalmente, negociando con Santillán. Bajo la única condición de acceder a un juicio justo. Luego de lo cual, el gobernador y algunos revolucionarios salieron, con bandera blanca.

La contienda culminó con los jefes revolucionarios presos. Quienes después de un largo juicio, fueron condenados -por sedición y otros cargos- a varios años de cárcel cada uno. No los cumplirían: diez meses más tarde, el siguiente gobierno nacional los liberó, a través de un indulto presidencial.

El patio circular de tierra de la gran casa del coronel estaba tan bien apisonado que impresionaba como de cerámica, marrón oscura, casi negra. Siguiendo esa forma circular se habían instalado mesas de algarrobo para unas diez personas, cada una, con butacas de esa misma madera, junto a ellas. Sobre manteles tersos, de color ocre, había rectangulares braseros de hierro, con parrillas encima y crepitantes ascuas en su interior. A medida que los convidados iban sirviéndose, en platos tallados de quebracho, mozos uniformados con austera ropa gaucha, acudían presurosos para renovar los crujientes costillares, chorizos rojos o chinchulines -entre otras exquisiteces. Ensaladas vistosas, para varios gustos, se ofrecían sobre fuentes de acero.

Cuando Moisés y Alberto llegaron -como a las dos de la tarde-, la reunión bullía de concurrentes, mayormente masculinos, aunque podían divisarse damas con ropas deportivas, en general, a uno y otro extremo del cercado. Muchachas bonitas, “de sociedad”, mayormente blancas o trigueñas, de cabellos negros o castaño oscuro, en grupos salpicados de vez en cuando por alguna rubia u otras de tez morena. Prevalecían rasgos étnicos que se presentaban sutilmente “exóticos” para los alemanes: el de la mezcla, constante, de sangre ibérica y aborigen (mayormente tonocoté).

Mariano Paz, incorporándose en su sitio con el brazo en alto, más bien hacia el fondo, muy cerca del asador, los llamó a voces. Les había reservado asientos. A su alrededor estaban el teniente coronel Rommel, la bonita alemana joven que oficiaba de traductora y otras personas. Roberto Montes, entre ellas, junto a dos parejas, que rondaban ya los cuarenta: un abogado con su esposa, un agrimensor con la suya.

Apenas habían terminado de acomodarse cuando ingresó a paso lento cierto personaje que concitó la atención. Particularmente de la alemanita, que no dejaba de mirarlo, con ojos muy

abiertos, a medida que avanzaba con caminar solemne, junto a una dama de negro. Alberto, ubicado en diagonal con la joven extranjera, divertido por su perplejidad la miró a su vez con insistencia, y cuando ella le prestó atención dijo:

-Humprey Bogart...

-¡Síií!-exclamó ella- ¿cómo está aquí?

Entonces fue que el Nano Paz, quien como los demás santiagueños la habían estado observando con aire benevolente, lanzó su definición precisa:

"Aunque llame la atención, es Humphrey Bogart el que lo imita a Arturo del Malvar. Y no al revés. Arturo del Malvar es siempre él; personalmente único. Es el inventor de su propio y notable personaje. Pero todavía no he logrado saber de qué medios se habrá valido, el norteamericano, para conocerlo e imitarlo al santiagueño."

Luego de reír con gracia la joven tradujo esa frase a Rommel. Quien, tras pocos segundos replicó:

-Ich habe *Up the River* gesehen, einen sehr beliebten Film in Deutschland... es stimmt, dass Bogart sich dort ziemlich viel Mühe gibt... wie der Mann aus Santiago auszusehen...

-Y fue traducido por la muchacha:

-He visto *Up the River*, un film muy popular en Alemania... es verdad que allí Bogart se esfuerza bastante... para parecerse al santiagueño...

Todos rieron.

Al lado del gobernador Juan Bautista Castro, en otra mesa cercana, se habían ubicado el resto de los alemanes, con algunos de los ministros y diputados oficialistas. También Bernardo Canal Feijóo y Juan Christensen.

El asado transcurrió con serenidad, hasta pasadas las siete de la tarde. Cerca de las tres, el gobernador, junto al dueño de casa, dirigieron algunas palabras a la concurrencia y presentaron a los visitantes alemanes. Quienes fueron sonoramente aplaudidos.

A continuación, se sucedieron conjuntos folklóricos, dúos de música hispanoamericana, cuartetos de tango y otros espectáculos, sobre el escenario. También agrupaciones locales de danzas: con sus vestidos de colores tornasolados las mujeres, los hombres con ternos canelos o azabachados. Y botas, acordeonadas.

Capítulo 4

Edith Saganías, 23 años, era una maestra de Escuela Primaria, que alquilaba junto a Olimpia Righetti un departamento pequeño en la terraza de un matrimonio de ancianos. Sobre la calle Rivadavia, casi Aguirre. Avenida, esta última, por cuyo centro corría una extensa acequia,

arbolada con ceibos, lapachos y jacarandás. Edith preparaba el almuerzo para ambas. Sabía que Olimpia no concurriría al asado en la casa del coronel. Ya que los invitados, en realidad, eran los hermanos Wagner. Estos, germanófobos, le habían endilgado a su joven empleada el deber de ir a la cita con el gobierno, pero no el beneficio de representarlos en su posterior convite. Comoquiera que fuese -pensó Edith- hubiese sido mal visto que Olimpia fuese sola al asado. Como tantas otras cosas que se ven mal en nosotras -continuó pensando-, mientras revolvía la sopa. Que sigamos solteras, después de los veinte años... que vivamos juntas, que ninguna de las dos vayamos nunca a misa, ni formemos parte de ninguna cofradía católica femenina... en fin.

Escuchó un leve golpeteo de la aldaba y fue a abrir la puerta, imaginando que era su amiga. En efecto, Olimpia la saludó con un beso en la mejilla y entró. Enseguida se ubicaron junto a la pequeña mesa redonda, para almorzar unos canelones con salsa blanca como primer plato.

-¿Qué tal la reunión?- preguntó Edith.

-Bien. Tranquilamente podrían haber participado los Wagner. Los alemanes, o al menos quien abordó el tema Cultura, conocía nuestra tesis sobre la Civilización Chaco Santiagueña... Y en ningún momento se habló de política.

-Mirá vos... ¿cómo habrá llegado esta información a Alemania?

-Supongo que por medio de las publicaciones francesas... en varios periódicos franceses se publicaron artículos, narrando los últimos descubrimientos arqueológicos en Santiago del Estero. Lo que no les hubiera gustado a los Wagner, quizá, es que ligaran a esta civilización ancestral con mitos europeos... precisamente, el de Parsifal, de Los Caballeros de la Tabla Redonda y del Santo Grial.

-¿Qué tienen que ver con nosotros?

-Ellos dicen que están ligados. Suponen que la Civilización Chaco Santiagueña, existió en un momento simultáneo con la existencia de Titurel, Amfortas, los de la Tabla Redonda y demás historias medievales.

“De hecho, el periodista alemán dijo que Parsifal habría estado aquí, primero en la Patagonia, luego en Córdoba y por fin en Santiago”.

-¡No me lo puedo creer! -exclamó Edith.

-¡Sí! Y lo dijo muy serio. Según ellos, Parsifal habría tenido la misión de depositar dos reliquias sagradas -la lanza de Longinos y el grial de José de Arimatea- en manos Ngen Raki, chozno de Calfucurá.

-¡Qué fantasioso, Olimpia!

-Es verdad... no les gustará nada a los Wagner... que tratan de mantener dentro de un plano de absoluta racionalidad científica sus descubrimientos... Además ellos repudian al que llaman “otro Wagner” (aclarando siempre que se pronuncian diferente: el suyo *Vagnèg;* el otro, *Vagner*)... un músico alemán, quien, encima, compuso una monumental ópera sobre Parsifal.

-No, no les va a gustar a Emilio y a Duncan... sobre que ya los carcamales porteños están chismorreando, acerca de supuestos *excesos imaginativos* en sus teorías... ¿y los otros alemanes? Un empresario y un militar, me dijiste, ¿no?

-Quieren montar un laboratorio, algunos cultivos, explotación minera y una fábrica, según entendí. De tubos metálicos y cables conductores para electricidad o transmisiones radioeléctricas. El gobernador parecía estar chocho con ellos... así que posiblemente todo se concretará, muy pronto, según dijeron.

Las mujeres se sirvieron la sopa y continuaron conversando, un rato más, sobre este y otros temas. Luego, Edith dijo:

-Bueno, me pongo el guardapolvo y me voy. A las tres de la tarde tengo que estar en la Escuela.

Eran las dos y media ya.

Mientras camina por la ancha calle de tierra que lleva hacia la Escuela Centenario, sobre el aserrín esparcido de noche para mitigar el polvo, levantado por carruajes, caballos y los pocos vehículos motorizados, Edith se cruza con tres chicas como de 12 o 13 años, de guardapolvos blancos. E imprevistamente se ve a sí misma. Se ve, caminando desde el noveno pasaje de Huaico Hondo, asimismo hacia la Escuela Centenario. Mas no como ahora, tranquila y segura, sino estremecida interiormente por el desasosiego: de no ser lo suficientemente idónea, de no ser lo suficientemente "presentable", de no conseguir que le salgan las palabras adecuadas si la llegan a pasar al frente para que diga la lección. Y tantos otros miedos... entre aquellos niños y niñas diferentes a ella, venida del campo, donde su tiempo pasaba entre cabras, mulas, burros y chanchos, descalzos con su hermano evitando las espinitas del sendero para ir a juntar tunas, como postre obligado para los almuerzos -a los que ni siquiera llamaban así, sino "comidas"-, siempre con el mismo vestidito confeccionado por su mamá usando sábanas viejas, aprendiendo trabajosamente la lectura y la escritura en una especie de choza que funcionaba como escuelita, a la cual debía ir cada mañana con su hermano sobre un burro manso, pues atravesaban dos kilómetros por senderos escarpados y estrechos. Paulatinamente había ido perdiendo el miedo, abriendo su mente estupefacta ante la infinidad de panoramas y conocimientos que se fueron presentando a través de profesores o profesoras de la Escuela Centenario, un faro de luz intelectual para quien quisiera adquirir casi todo lo que se necesitaba a fin de funcionar correctamente en una civilización tan amplia como lo era ya el mundo del siglo XX. Repentinamente vio con la imaginación a su padre y a su madre, el día del egreso. ¡Maestra!... había cumplido sus deseos, que también era el de ella. Por primera vez en treinta y ocho años de vida su papá lucía corbata, con traje recibido en un paquete enviado por su hermano mayor, obrero metalúrgico, desde Buenos Aires. Cinco años después -hoy- se sentía plena y consciente de que ante sí estaban abiertos los caminos de una vida feliz e independiente. Recibía presiones, desde sus familiares campesinos, e incluso de su papá y su mamá, para que pensara en casarse y tener hijos... Pero ella no se casaría. Pretendientes, tenía, encabezados por el tano aquel, radicado en Santiago como cuatro años atrás, montando un negocio de artesanías decorativas, pintando retratos por encargo y vendiendo casi de todo, hasta remedios.

Demasiado mayor: 40 años... ¡cómo se iba a casar con un tipo de 40 años!... casi un viejo. No. Se mantendría libre. Como la calandria. Que vuela hacia donde quiere. Y canta feliz cada mañana. Sin pedirle autorización a nadie.

Capítulo 5

El martes 7 de mayo de 1935 los alemanes visitaron el Vivero Provincial. Acompañados por una numerosa comitiva de santiagueños, mayormente funcionarios públicos, a quienes encabezaba el gobernador Juan Bautista Castro, caminaron desde el centro de la ciudad hasta el Parque Aguirre.

Allí, examinaron con la asistencia de ingenieros y técnicos calificados, diferentes especies vegetales, prevalecientes en nuestra naturaleza regional -el Gran Chaco Sudamericano-. Cerca del mediodía regresaron a la Casa de Gobierno. Donde firmaron, con el doctor Juan Bautista Castro, ministros y el presidente de la Cámara de Diputados de Santiago del Estero, Agustín Argibay, un Acta de Intenciones. En la cual, tanto el gobierno alemán como la empresa Bayer, por medio de su delegación, cuanto el Gobierno de Santiago del Estero, se comprometían a concretar, en el menor plazo posible, los siguientes procedimientos:

1) La empresa Bayer instalaría un laboratorio en la ciudad de Pinto, con el propósito de procesar, elaborar y generar diversos extractos químicos, originados en vegetales propios de la región. También se instalaría una fábrica de medicamentos, con base en dichos extractos. Y dos espacios de cultivo para especies seleccionadas, desplegados sobre las circunscripciones a arrendar, en propiedades de las familias Revainera, sobre el Centro del territorio provincial, y Carol, hacia el Sur.

2) El Estado Alemán instalaría un Núcleo Tecnológico de Procesamiento e Investigación de minerales en la región Oeste, entre las localidades de Guampacha y San Pedro de Guasayán, en territorios arrendados a la familia De la Silva.

3) El Estado Provincial de Santiago del Estero se beneficiaría, por este convenio, con el 20 por ciento de los beneficios comerciales en todos los productos, tanto primarios como industrializados en su territorio. Tendría derecho, además, de registrar bajo su control fiduciario, los elementos naturales que formaran parte del patrimonio ecológico regional.

4) El Estado provincial de Santiago del Estero devengaría de la empresa Bayer y el Estado Alemán una participación a convenir en otros procesos económicos y transacciones que se enmarcaren en las anteriores actividades, productivas, comerciales, de patentamiento intelectual e industriales mencionadas. Así como la percepción de obligaciones impositivas, contractuales, etcétera, fijadas por la legislación vigente en la provincia de Santiago del Estero y la República Argentina.

5) Tanto la empresa Bayer como el Estado Alemán enviarían, durante el mes de junio de 1935, una delegación mixta de técnicos, proyectistas, administrativos y ejecutivos. Quienes

se radicarían en la provincia de Santiago del Estero, con el objetivo de llevar adelante las instalaciones y procesos mencionados por la presente Acta de Intenciones.

Aquella noche la representación teutona asistió a una velada de gala que se celebró en su homenaje, en el Teatro 25 de Mayo. Se representó una combinación de escenas folklóricas, con la coreografía de don Andrés Chazarreta. Junto a presentaciones musicales de grupos, solistas y dúos de música tradicional argentina.

Al día siguiente, miércoles 8 de mayo de 1935, a las 9 de la mañana en punto, una caravana de vehículos gubernamentales trasladó a la delegación oficial alemana, desde su alojamiento en el Hotel de la Paz, hasta el aeropuerto Cachi Pampa, en Huaico Hondo. Apenas a dos kilómetros y medio del centro de la ciudad. Donde, celosamente custodiado por fuerzas provinciales, los esperaba el mismo avión Junkers Ju 52/Dreimotoren en que habían venido, directamente desde Berlín, apenas cuatro días atrás. Una hora después, emprenderían el regreso a su patria, luego de una visita que, para todos, había resultado alentadora.

Capítulo 6

En 1668 se había asentado la comunidad Sanavirona -Tonocoté de Lucup Tiquiunky en la comarca que, al momento de nuestra narración se denominaba “Departamento Rivadavia”. Luego de participar activamente del Gran Alzamiento Diaguita contra las huestes y milicias españolas. Aquella insurrección de los pueblos originales mantuvo en jaque a los invasores europeos durante siete años, en todo el territorio, más tarde fraccionado en provincias: Santiago del Estero, Córdoba, La Rioja, Catamarca, Tucumán, El Chaco, Salta y Jujuy.

Los sanavirones -que en su idioma significa Pueblo de Piedras Grises- y los tonocotés -Pueblo Colorado- fueron atacados una y otra vez por los europeos. Hasta 1682, año en que, a instancias de los recién llegados padres jesuitas, lograron un convenio con el gobernador de la provincia virreynal del Tucma, don Fernando de Mendoza y Mate de Luna. Por el cual se les otorgaría cinco mil hectáreas junto a una de las entonces denominadas Tó eyu Couylpopó -lagunas: grande y pequeña-, hoy renombradas como Mar Chiquita, en Córdoba y otra más pequeña, con igual apelativo, en el departamento Rivadavia, Santiago del Estero. Precisamente al lado de esta Laguna Pequeña, entre el poblado criollo de Palo Negro y la estancia de la familia Carol, es que se ubicaba el gran anillo, entonces selvático, otorgado al resto Sanavirón-Tonocoté por el gobernador imperial Fernando Mate de Luna. Al cual los aborígenes denominaron Lucup Tiquiunk. Que en su idioma significaba “Rincón Feliz” (o Alegre, o Fértil, o Feraz.)

Milagrosamente (o no; como se verá más adelante) esta pequeña comunidad aborigen lograría subsistir, hasta bien entrado el siglo XX. En aquella primera instancia, durante el siglo XVII, bajo la fianza de la Compañía de Jesús: aceptando dicha protección con las cláusulas de proveer, a los Jesuitas, de mano de obra especializada para la producción de telas, mobiliarios e

instrumentos de madera o metálicos y otras manufacturas. Junto a cupos periódicos de vegetales alimenticios o harinas de algarrobo, trigo y maíz. Además, los pobladores originales recibirían clases de catolicismo, permitiendo la adhesión a esas doctrinas de modo voluntario.

Durante un siglo estos sanavirones, tonocotés y algunos lules con sus descendientes, sucesivamente integrados, vivieron un periodo de relativa tranquilidad -si se tenía en cuenta el periodo anterior, entre 1535 y 1660, cuando, sorpresivamente, se habían descubierto atrapados, entre millares y millares de guerreros. Quienes buscaban ocupar por la fuerza sus campos, bosques y montañas, para someterlos, además, a una esclavitud inesperada. Pues los nativos del Tavantisuyu, antes súbditos del Inca, que no habían logrado someterlos, ahora se lanzaban en legiones sobre los pacíficos pueblos del Sur. Comandados por sus propios generales y sacerdotes, bajo el mando de metalizados leviatanes bermejos, peludos, mefíticos y criminales, como jamás se hubieran presentido antes por estas regiones del planeta.

Nuevamente los comuneros de Lucup Tiquiunk corrieron gravísimo peligro de extinción cuando el rey Carlos III ordenó expulsar a los Jesuitas del territorio imperial -incluyendo, por cierto, las comunidades de Noroeste sudamericano- entre 1767 y 1773. Desde antes, incluso, sanavirones y tonocotés venían padeciendo los embates de grandes encomenderos santiagueños y cordobeses. Que atacaban su territorio por dos flancos, con el propósito de arrebatarles el gran ámbito sociocultural y productivo que, durante más de 50 años habían logrado constituir. Con el auxilio de los imbatibles linajes Abipones y Mocovíes -más otros brasílidos y guaraníes-, consiguieron, una vez más, resguardar aquel sagrado espacio de perduración étnica.

Hasta que en 1836, bajo el gobierno del brigadier general don Juan Felipe Ibarra, la Honorable Cámara de Diputados de Santiago del Estero aprobó una ley, concediendo, en carácter de Propiedad Comunal, un distrito de 4670 hectáreas a la colectividad Sanavirona -así inscripta en el texto validado. El proyecto, presentado por fray Francisco Somellera, diputado provincial de Sumampa, indicaba, entre otros aspectos, que la nueva población y su dominio se someterían, de allí en adelante, a las normas jurídicas vigentes para la Provincia de Santiago del Estero.

Como lo habían prometido a los jesuitas, la comunidad aborigen continuó recibiendo educación cristiana. Aunque, desde la expulsión de la Compañía de Jesús, con bastante irregularidad. Pese a ello, al momento de transcurrir nuestra historia -década de 1930-, la mayoría absoluta de sus casi 3.000 familias sustentaban esta religión o, al menos, la respetaban en sus principios elementales. Si bien no se habían prestado a la construcción de un templo, solían admitir la celebración de misas y cultos principales, donde los aldeanos accedían, periódicamente, a los sacramentos dictaminados por la Iglesia Católica.

La Misión Nuestra Señora de la Columna de Macapillo, en el actual y cercano pueblo de El Quebrachal, había continuado de algún modo aquel contacto intermitente de las jerarquías eclesiales con los Sanavirones-Tonocotés, enviando cada tanto delegaciones de monjas y fieles, que transcurrían jornadas enteras confraternizando con todo el pueblo. Hasta que una banda de supuestos ladrones, asaltaron y depredaron el convento de la Virgen, asesinando a sus habitantes y llevándose algunas joyas u objetos de valor.

Desde entonces, los Tonocoté-Sanavirones se habían visto acuciados por numerosos asedios externos, fueran estos de índole política, económica o legal. Supuestos propietarios aparecían de tanto en tanto, exhibiendo títulos falsos. Algunos de ellos acompañados por bandas de mercenarios armados, o incluso, con desalentadora frecuencia, agentes de policía, con el mismísimo comisario de algún pueblo cercano encabezándolos. Con auxilio de Los Ulalos, lograron superar, igual que antes, aquellos nuevos acosos.

La existencia de los aborígenes solía transcurrir sencillamente, bajo normas ancestrales heredadas de sus antepasados. Habitaban en grandes casas, construidas con troncos de quebrachos, adobe y techos de paja compactada con barro. Las viviendas se levantaban sobre terraplenes y en ella habitaban entre cinco y diez familias.

La comunidad compartía todos sus bienes, así como las obligaciones laborales, relacionadas principalmente con necesidades básicas, tales como la alimentación, construcción de galpones para almacenamiento, vestimenta, utensilios, herramientas, artesanías u objetos de arte y otros elementos.

No utilizaban moneda alguna en sus intercambios esporádicos hacia o desde el exterior: consideraban al dinero como nefasto. Toda adquisición de productos externos se obtenía por medio del trueque.

Hacia 1888 comenzó a visitarlos el padre Salvador Colombo, rector en la Comunidad de El Quebracho. Se fue integrando a tal punto con los aborígenes, que en 1910, durante el arzobispado de Monseñor Bernabé Piedrabuena, decidió desobedecer un decreto que lo trasladaba a la ciudad de Córdoba. Para radicarse definitivamente, por opción personal, en la comunidad sanavirona de Lucup Tiquiunky.

El arzobispo, un hombre inteligente y comprensivo, no lo sancionó de ninguna manera, pero le advirtió que debía renunciar, desde aquel momento, a ejercer algunas facultades propias del sacerdocio regular, incluyendo el modesto salario que percibía -como parte de un acuerdo legal entre el Estado y la Iglesia. Si bien el orden sagrado del sacerdocio no podía ser abolido

desde la jerarquía, sí las actividades regulares o administrativas. De tal manera, fuera de la comunidad donde eligió vivir, no podría celebrar misa ni administrar sacramentos.

Con 47 años ya, al momento de esta decisión, el padre Colombo se integraría, para siempre, a la existencia cotidiana de aquella comunidad singular. El asunto suscitó un pequeño escándalo en las diócesis de Santiago del Estero, Córdoba y Tucumán. Incluyendo acusaciones fulminantes, publicadas con firmas de católicos ultraconservadores. Por medios de difusión como el diario Los Principios, de Córdoba. En tal circunstancia, en 1911, casi un año después de la incorporación del sacerdote a la comunidad aborigen, un periodista santiagueño, Casimiro González Trilla, le efectuaría una notable entrevista. Publicada luego en su periódico El Chaqueño, de Añatuya. A continuación, la reproduciremos completa:

Casimiro González Trilla: *¿Cuáles fueron las razones que lo impulsaron para tomar la determinación de venir a cohabitar con los indígenas?*

Padre Salvador Colombo: En primer lugar, la comprensión de que ellos vivían -y viven- más de acuerdo al evangelio que nosotros, los católicos. Y mucho más que los protestantes u otras confesiones, supuestamente cristianas.

CGT: *Es una afirmación algo provocadora... ¿por qué habrían de ser los tonocotés o sanavirones más cristianos que los católicos y los protestantes?*

PSC: Por vivir más de acuerdo con los textos evangélicos, se lo adelanté, pero se lo reafirmo ahora. Escuche esto -dijo, tomando una enorme Biblia con tapas de madera labrada que, abriendo en un lugar señalado con cinta roja, leyó:

El apóstol Pedro les predicó (a los primeros cristianos):

Arrepiéntanse, bautícense, cada uno confesando que Jesús es Mesías, para que se les perdonen los pecados... y recibirán el don del Espíritu Santo.

Porque la promesa vale para ustedes y para sus hijos, y además, para todos los extranjeros que llame El Señor, Dios nuestro.

Les urgía, además, con otras muchas razones. Y los exhortaba diciendo:

-Pónganse a salvo de esta generación corrupta.

Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día se les agregaron unos tres mil.

-Y escuche bien, el siguiente pasaje:

Eran constantes en atender la enseñanza de los apóstoles, en la comunidad de vida, en el partir el pan y en las oraciones.

Todo el mundo estaba impresionado, por los muchos prodigios y señales que los apóstoles realizaban.

Los creyentes vivían todos unidos: y lo tenían todo en común:

Vendían sus posesiones y bienes; y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.

A diario frecuentaban las celebraciones en grupo; partían el pan en las casas y comían juntos. Alabando a Dios con alegría y de todo corazón. Siendo bien vistos por todo el pueblo de Israel. Y día tras día, El Señor iba agregando al grupo a los que se iban salvando.

-Capítulo 2. Hechos de Los Apóstoles. ¿Qué le parece?... Quién le parece que vive más cerca de estos términos... los sanavirones, que ponen todo en común, que privilegian a los más débiles, pequeños, ancianos, mujeres y niños... o los católicos o protestantes, que levantan edificios suntuosos para sus ceremonias y revisten de terciopelo los primeros asientos, donde solo pueden ubicarse los ricos o poderosos. Estos aborígenes llevan el modelo evangélico, incluso, a más: ni siquiera tienen monedas, administran sus vidas con un régimen absolutamente natural. Más acorde a las leyes de Dios.

CGT: -*¿Usted se sigue considerando católico?*

PSC: -Claro.

CGT: -*Pero fue expulsado de la Iglesia.*

El sacerdote se ríe. “No fui expulsado, en absoluto”, contesta.

CGT*: ¿Podría explicarles a nuestros lectores, por qué, pese a haber abandonado, prácticamente ,la inmensa estructura eclesiástica de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, dice que sigue siendo católico?*

PSC: -Le contesto con otra pregunta: ¿usted dejaría de sentirse parte de su familia, su padre, su mamá, sus hermanos, hermanas, solo porque alguna o alguno de ellos hubiera cometido un delito, por grave que este fuera? Como sé que me dirá que no, continúo con mi razonamiento: es verdad que la dirección institucional de la Iglesia Católica se apartó -y a veces gravemente- de los preceptos evangélicos. Pero al mismo tiempo había santos maravillosos, como Juan Crisóstomo, San Francisco de Asís, Santa Clara, Santa Teresa de Jesús, la Mama Antula y tantos otros... O comunidades enteramente cristianas, como los primeros Dominicos, los Franciscanos, Jesuitas, Mercedarios... La mayoría de estos grupos de verdaderos cristianos practicantes, se formaron con católicos que, sin dejar de serlo, se distanciaron, discretamente, para evitar que la Luz de Nuestro Señor Jesucristo se apague. Y los resortes de nuestra venerada Iglesia comiencen a ser manipulados, por sus cúpulas, efectivamente desde las Tinieblas.

CGT: *Presbítero, muchas gracias por concedernos esta entrevista.*

PSC: Que la luz del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo alumbre siempre tu razón y tu vida, hijo.

Capítulo 7

-¿Vos lo conoces a Julius Haase? -preguntó Alberto.

-No.

-Yo tampoco.

Moisés lo miró. Iban en el auto. Como a las diez de la noche, cerca de Chaguar Puncu.

-Ni vos ni yo lo conocemos. Pero es el que maneja nuestra economía. El que decide si vos o yo vamos a ganar lo suficiente para pagarles a nuestros peones este mes... o nos vamos a tener que esconder... ordenarle al habilitado que les mienta, cuando se presenten a cobrar... diciéndoles que hemos viajado... y les pida paciencia, pues en dos o tres días vamos a volver. Vos en el brete estás viendo qué cuadro de Sívori o Blanes, qué cómoda de tus abuelos vas a vender, para seguir adelante, dos o tres meses más.

-Ah, es el que maneja los fondos de inversión... -del cuadro olvidate, porque no te lo compra nadie aquí...

-Ahá.

Moisés encendió un cigarrillo.

-Fijate, que por acá andan cabras sueltas. Se cruzan de pronto. O caballos. O hasta vacas -advirtió.

-Las vacas de Lund -contestó Alberto. -a veces se le escapa alguna. O se la chorean, y se les escapa a los mañeros.

"Haase es el que maneja los fondos... desde su oficina en la calle Esmeralda 1092, 4º Piso, a metros de Avenida Santa Fe. Buenos Aires. En los últimos 70 años ha determinado las compras y ventas de los Ferrocarriles Ingleses en la Argentina. El que tuvo la "idea brillante" de hacer primero las vías férreas y estaciones que conectan Añatuya con El Chaco, en vez del ramal a Garza. Porque de esa manera se beneficiaban, él y sus socios, con ganancias millonarias por la explotación de miles de hectáreas de quebracho colorado... además de fletes, intereses bancarios, colonización y otros negocios: como la construcción de galpones, instalaciones eléctricas, perforaciones para obtener agua, tanques en altura, cisternas, molinos... etcétera. Haase y sus amigotes: Luis Zuberbülher, José Forn, Ramón Santamarina, Martínez Rufino. Todos millonarios porteños. Sucesores de comerciantes enriquecidos por el contrabando, durante la Colonia."

Alberto aminoró la marcha y bajó la intensidad de los faros delanteros del auto. Una manada de cabras estaba cruzando parsimoniosamente la ruta, de Oeste a Este. Decidió detenerse, al fin.

-¿Por qué me hablas de este Haase?

-Ya te lo dije. Porque es el que maneja nuestras vidas. No solamente maneja las inversiones de los Ferrocarriles Ingleses, sino los de La Forestal. El que les dice "compren aquellos campos, aquellos no". El que los hizo ricos a los que compraron las tierras fiscales... (amigos del poder, por cierto... primero de los Taboada, después de los Rojas, y así sucesivamente...) Compraron y vendieron. Fue lo único que los salvó de la pobreza en el siglo XIX. Las tierras, propiedad de toda la población santiagueña, que vendieron Taboada y Borges a sus amigos.

"Esas tierras de Alberdi, Copo, Figueroa, Matará, Moreno, Taboada, 'vendidas' por monedas en primer lugar a los hermanos Manuel Taboada, Antonino Taboada, Gaspar Taboada,

Juan B. Taboada y su primo hermano (ilegítimo) Absalón Ibarra y su otro primo, Adolfo Carranza .”

Reanudaron el viaje. Alberto manejaba sin apuro. Moisés escuchaba. Algo conocía, también, de todo eso, aunque sin tanta precisión.

-Y bueno. Siguieron las ventas de tierras de la Provincia, durante los gobiernos de Taboada y su amigo Juan Francisco Borges. Primero a los parientes, después, a los amigos. Seguidamente, escuchaban ofertas y terminaban vendiéndolas a cualquiera que se hubiese enterado y viniera a aprovechar el curro. Aunque no fuera de aquí.

“La única condición era que, según los cálculos de los Taboada, alcanzaran para sostener las vidas lujosas que ellos llevaban, los sueldos miserables de la Administración Pública, algunos otros gastos administrativos... y poco más. Durante unos treinta años, más o menos. El tiempo durante el que ellos calculaban manejar las cosas antes de crepar.

“Así pudieron acceder a esas propiedades públicas y convertirse en terratenientes Amadeo Jacques, Pío Montenegro, Alfonso Montenegro... los Alcorta, los Herrera, Ibarra, Iramaín, los Neirot, los Santillán, en fin... a muchos de sus nietos vos y yo lo conocemos y los tratamos hoy. Algunos han conservado algo, la mayoría han vuelto a ser pobres. Otros, muchos, apenas hubieron agarrado buena plata se han ido de la provincia, creyendo que iban a introducirse en la aristocracia porteña o cordobesa... que por supuesto, los ignoró. Ahora viven como pequeños burgueses provincianos, en algún departamentito de Barrio Norte o Recoleta... los que han tenido suerte. Otros se hicieron milicos”.

-Mirá vos ché. Algunas cosas de estas me llegaban por conversaciones en casa... no les prestaba mucha atención... eran cosas que conversaban los viejos... ¿de dónde has sacado vos esos datos?

-Del Registro Catastral de la Provincia... vos también las hubieras podido sacar, si hubieses querido... son públicas..

-Me resulta vomitivo leer asientos burocráticos y administrativos... solo me gusta leer poesía o filosofía...-dijo Moisés Carol.

-Ese es el problema y el resguardo de los corruptores y los corruptos... los ciudadanos ni se enteran de que hay un boletín oficial, registros de propiedades, etcétera... Entonces ellos siguen sus tranzas sin el menor obstáculo. Y de la noche a la mañana se convierten en potentados. Sin apenas mover el cuerpo, solo juntándose entre ellos y trazando un plan de negocios inmobiliarios cuando se presentan “oportunidades” como estas: la explotación irracional de nuestros recursos naturales, o el tendido de vías férreas...

-¿Y el patricio Absalón Rojas también estuvo metido en todas estas tranzas?

-Rojas no era patricio... apenas el hijo astuto de un almacenero emprendedor, de clase media... En realidad fue él quien comenzó, sistemáticamente, el remate, por migajas, de nuestros mejores bosques de quebracho...

“Luego de que Absalón vendiera a los ingleses o a empresarios porteños, santafesinos, cordobeses o inmigrantes, nuestros bosques, y ellos los fueran aniquilando, su hijo, Ricardo Rojas, criado en la prosperidad gracias a los negocios de su papi, lloró por nuestra Madre Naturaleza, en su famoso libro *El país de la Selva*... mientras él sí era recibido, con los brazos abiertos, por los oligarcas porteños... para cuyo beneficio, claro, su familia trabajó siempre.

“Ninguno de estos gobernadores, desde Taboada hasta el último de su calaña, Manuel Argañarás, hizo otra cosa que sacrificar a todo un pueblo, entregando riquezas naturales por sumas absurdamente bajas (para los réditos siderales que luego extraían de ellas, los ingleses, algunos grandes empresarios, o financistas como Haase)... mientras la inmensa mayoría de los pobladores de esos departamentos santiagueños eran precipitados a la pobreza crónica, condenados a un trabajo miserable por precio vil en fábricas de tanino u obrajes, sin beneficio alguno para sus descendencias, más el desprecio y la burla, de sus “connacionales” y sus vecinos de otras provincias.

“Porque su negocio principal fue solo comprar y vender. Como parte del poder gobernante, en ese momento, sabían más o menos por donde iba a pasar el ferrocarril, que los ingleses venían construyendo desde Buenos Aires. Entonces, o vendieron las tierras a colonos emprendedores, previamente seducidos con sueños progresistas, como Weisburd, al ferrocarril para su traza... O a La Forestal. Que necesitaba millones de hectáreas con Quebracho Colorado, sacando de esos maravillosos árboles sus troncos para las vías férreas... y, por si esto fuera poco, el tanino, ingrediente valiosísimo para la industria europea.

“Por eso, también, como te decía, todos estos tipos que durante y después de los treinta años de Ibarra, los pasaron conspirando -y peleando, los más audaces-, contra un gobierno que, más o menos quería hacer una provincia realmente sustentable, con tímidas esperanzas de prosperidad *para todos* sus habitantes... Cuando se murió el caudillo formaban bandas y se mataban para agarrar el poder. Pues no amaban en absoluto a su tierra, no tenían arraigo social, ni identidad cultural.

“Las bandas que capturaron el poder, entonces, vendieron todo lo que podían vender, del patrimonio provincial, disfrutaron de todo lo que podían en lo personal y familiar... y luego de la catástrofe, dejando tierra arrasada... se fueron a vivir en Buenos Aires... o a Córdoba... convirtiéndose, los que más suerte tuvieron, en felpudos de los rastacueros y contrabandistas porteños. Mucho más eficaces o dotados de mayor capacidad criminal que ellos, para acumular fortunas sobre las desgracias de sus propios pueblos.

“Entre los millonarios porteños que compraron tierras fiscales por monedas aquí, están Benjamín Zubiaurre, Felipe Stegmann, Eduardo Temperley, Juan Federico Martínez de Hoz, Raoul Black Newton, Roberto Garrahan, socios, en el *pool* de rentas: cerca de un millón de hectáreas... Endulzados por el negocio, los testaferros del gobierno intentaron entregarle dos millones de hectáreas más a Zuberbülher, en los departamentos Moreno y Copo. Cómo habrá sido de escandaloso el asunto que el presidente de la Nación, Hipólito Yrigoyen, se opuso al desfalco, y lo anuló por decreto. Estábamos entrando en un tiempo más democrático y popular, luego de que, por primera vez en la Argentina, se había podido tener elecciones sin fraude”.

-Te acuerdas de todos...

-Vos también te acordarías, si lo hubieras leído... la mayoría, padres o abuelos de conocidos nuestros... algunos estaban en el asado, con los alemanes... huelen negocios... no reparan en consecuencias, siempre que caigan sobre los otros... hay que tenerlos bien visualizados...

Moisés había quedado saturnino. Entonces los faros del auto alumbraron un gran tanque para Agua, montado sobre cuatro largas patas de cemento. Servía para alimentar del "líquido elemento" -como solían escribir los periodistas en esa época, a la Estación del Ferrocarril, y a la aún pequeña población. Estaban llegando a Garza.

Capítulo 8

En un vuelo de la empresa Lufthansa llegaron a Santiago del Estero, a mediados de junio, 41 alemanes, 10 alemanas y una española. 22 eran matrimonios de jóvenes científicos, ingenieros, arquitectos y otros especialistas. Los demás, técnicos, administrativos y auxiliares; algunos, militares.

Mientras tanto, partió de Bremen un transatlántico, trayendo 150 más. Quienes venían acompañados con diversos equipamientos, mobiliario y materiales metálicos de construcción, máquinas, equipos de radio y una antena, para transmisiones internacionales. Atravesando el canal de Panamá, entrarían por el Pacífico y se calculaba que en quince días, o poco más, estarían llegando a Valparaíso. Desde aquel puerto atravesarían la cordillera para dirigirse hasta aquí, en camiones comerciales de transporte.

Esta vez no hubo demasiado protocolo en el proceso. Apenas la presencia del entonces secretario de Seguridad, comisario Montes, el ministro de Gobierno, arquitecto Degano, y un pequeño grupo de santiagueños, integrado por policías de civil y empleados administrativos, para acompañar a los alemanes en su aposentamiento.

Al día siguiente dos diarios locales reflejaron la novedad. El Liberal, matutino, cautamente tituló "Promisorio arribo de industrias alemanas a Santiago del Estero" . El vespertino La Hora, en cambio dijo, con un gran titular de su portada: "Enigmática avanzada de capitalistas germanos se instala en nuestra provincia".

Los integrantes de la delegación se alojarían en tres grandes fincas, ubicadas en la localidad de El Zanjón, muy cerca de la ciudad. Propiedades de santiagueños, residentes en otras provincias, que por intermediación del gobierno local, se las habían alquilado.

Dos días después el gobernador Castro recibió un telegrama de la Nación. Consignaba:

BAJE URGENTE A ESTA CAPITAL. PRESIDENTE CONCEDE AUDIENCIA PARA MARTES 11 - JUNIO - 1935.

Firmado:

GRAL. JUSTO

-Qué carajo quiere este milico ahora...- rezongó el gobernador luego de leerlo. -Bueno... -murmuró después- iré a verlo. Aprovecharé para asentar mi auto nuevo.

Efectivamente, el *Gaucho* Castro, salió el lunes por la madrugada, en su Bugatti Retrô 1935, solo, para reflexionar durante el camino acerca de los reproches que, seguramente, iría a recibir del presidente.

Al llegar puntualmente a la audiencia, tuvo que esperar aún por veinte minutos, antes de que la secretaria de Justo lo invitara a pasar. Allí se encontró con el obeso militar, tras de un escritorio impresionante, más poblado de objetos decorativos europeos, que de papeles.

-¿Se me ha vuelto amante del Tercer Reich, Castro, ahora? -le atizó Justo, sin saludar.

-No me he vuelto nada -replicó el santiagueño, sin arredrarse- siempre he sido amante de mi provincia, Santiago del Estero. Y de mi pueblo argentino.

-Digo, porque nos ha sorprendido a todos haciendo entrar un batallón de nazis por la puerta trasera... seguramente ya sabe que lo cité para que me dé urgentemente explicaciones sobre lo que está haciendo ahí con estos nazis, que han llegado sin avisar...

-Somos un país federal... -alegó el gobernador Castro-, tenemos autonomía en los asuntos relacionados con el bienestar y el progreso económico de nuestra gente. Son inversionistas alemanes, la mayoría privados, seguramente sin filiación política. El estado alemán interviene, por cierto, como debe ser: en condición de garante, o en algunos asuntos perfectamente comprensibles, como lo son las cuestiones de materiales estratégicos, y en parte inversor, también.

-No me diga que se tragó el verso de los yuyitos y las piedritas, Castro, ya somos adultos... seguramente usted sabe algo más, dígame qué otra cosa buscan los nazis allí... haga el favor, digameló ya...

-No sé nada más... de lo que me dijeron y los papeles que presentaron... ya le mandé copias mecanografiadas, por correo certificado, dos semanas atrás...

-Sí las leí, claro... es lo que ellos quieren mostrar... pero todos sabemos que estos no dan puntada sin hilo... los europeos andan temblando por los nuevos ejércitos y maquinaria de guerra, que están escupiendo las inmensas fábricas nazis, día tras día... con la petulancia de Hitler, que se está llevando a todos por delante y alega ser dueño de Checoeslovaquia, Polonia, Austria,

Hungría... y quién sabe qué más va a exigir, cuando tenga terminados los cientos de aviones, tanques de guerra -nunca vistos antes-, acorazados, submarinos, que están sacando a relucir de un modo furibundo...

"...los ingleses están frenéticos, por lo que está haciendo en Santiago, Castro... y por supuesto, me están escorchando a mí, todos los días, desde la embajada, para que les diga qué carajo hacemos... aunque les jure que yo, me enteré, del asunto, más o menos al mismo tiempo que ellos..."

-El mundo es libre, mi general -contestó Castro- y los ingleses son los abanderados de la Libertad... a los santiagueños nos conviene hacer negocios con los alemanes, como los haríamos con cualquier otro pueblo del mundo... Además, usted sabe la situación de endeudamiento que hemos heredado nosotros... no estoy pudiendo pagar los sueldos de la policía, los maestros y la administración pública... tan es así, que he tenido que hacer un acuerdo con la comunidad Sirio Libanesa, para que en todos sus negocios les fíen ropa, comida, artículos de limpieza, etcétera... hasta que recompongamos nuestras finanzas. La contribución económica que traen los alemanes nos cae como maná del cielo... no podemos desecharla... ¡solo porque a nuestros amigos ingleses les caigan antipáticos! (Además, ya hemos firmado compromisos mutuos.)

-No se preocupe Juan Bautista...- susurró meloso el general Justo: -ya hemos encontrado la solución... Sir Nevile me dijo que la Corona está dispuesta a otorgarnos un préstamo... de un millón y medio de libras esterlinas, para Santiago del Estero...

-¿Quién es "Sir Nevile" -interrumpió Castro

-Nuestro embajador de la Corona inglesa en Argentina, querido amigo... Sir Nevile Meyrick Henderson, distinguidísima y notable persona... que se tomó el trabajo de analizar meticulosamente la situación económica, política y social de Santiago del Estero... y generosamente intercedió, ante dos bancos londinenses, para obtener el crédito... No piden nada a cambio... serán tolerantes con los plazos de devolución... solo sugieren que la rescisión de cualquier contrato con otra potencia extranjera, agilizaría el trámite que, de otro modo... podría demorar varios meses... o incluso años...

-¿Un millón y medio de libras esterlinas? -repitió Castro.

-...bueno... hay tarifas, franqueos, gabelas... usted sabe cómo es esto... lo concreto es que a usted le llegarán 800.000 libras en mano... a devolver en veinticinco años... (con intereses, por cierto, calculados de acuerdo a la evolución del mercado de cambios).

El gobernador Castro reflexionó durante algunos segundos. Luego, secamente expresó:

-No.

-¿Cómo dijo?- pareció sorprenderse Justo.

-No. No aceptaré ningún préstamo. ¡Ya estoy hasta aquí de préstamos!, casi gritó: -¡hasta aquí!, ¿sabe?- siguió gritando, mientras señalaba su cuello, haciendo un rápido movimiento con el dedo índice de su mano derecha en posición horizontal.

"Nos prestan, nos prestan, nos prestan y, al final, los únicos beneficiados son ellos... pasamos décadas pagando solamente los intereses... y continuamos endeudados, mientras ellos nos dicen qué debemos construir y qué no, en nuestras tierras... cuántos empleados podemos tener, cuántos maestros, cuántos diputados... No... ¡no!, ¿sabe Justo?, no aceptaré ningún préstamo.

"Me quedo con los alemanes. Ellos pagan. Tiqui taca. Incluso tienen la delicadeza de cambiar marcos por pesos y así nos los darán, cada mes. Ya nos hicieron un adelanto. Por los servicios e instalaciones que nosotros brindaremos. Y no se meterán en nuestra política interna. Así que gracias... digalé a ese... ¿cómo se llama?... *Nabili*... que se guarde nomás sus libras esterlinas. Santiago va a salir adelante por sus propios medios" .

Unos tres minutos después de que el gobernador Castro hubiera salido de su despacho, el general Justo ordenó:

-¡Abandone el puesto de guardia, soldado!

De tras de una cortina emergió entonces el subteniente Osiris Villegas. Era un joven robusto, como de 21 años. Llevaba un cinturón de cuero cruzándole el pecho. Con una cartuchera, de la cual emergía el mango de una pistola, calibre 45.

-¿Puedo retirarme, mi general? -preguntó.

-No - gruñó Justo. Y luego de una pausa: -tome asiento... no se quede ahí parado... usted es joven y tiene mucho aún para aprender... además... conozco a su familia, sé que viene de buena sangre... es preciso que vaya sabiendo, un poco, acerca de esta nueva casta de politiqueros populistas, que han ido pululando, hasta ocupar cada vez más espacios en el poder, durante este principio de nuestro siglo XX...

-No parecía peligroso...

-¡Es un forajido! -vociferó Justo.- Y asesino. Mató al hermano del gobernador Santillán... que además era diputado... Antes había secuestrado a Santillán, un hombre exquisito, miembro de antiguas familias patricias... amigo dilecto del general Roca... como usted sabe, el general es padre de nuestro vice presidente, Julito, y fundador de la Nueva República, que dio tanto brillo, en Europa, a nuestra nación argentina... hasta que comenzaron a reorganizarse, las hordas de salvajes, descendientes de bárbaros derrotados, como Leandro Alem y sus seguidores, más otros caudillejos incultos, o gringos berzas, que se les fueron sumando...

Osiris Villegas escuchaba en silencio.

-El tipo, este Castro, se fue encaramando... sublevó a la plebe, consiguió impunidad y, astutamente, llegó a ser diputado y gobernador... ¡Habla en quichua!... arenga en quichua a sus turbas; de hecho, ese es su idioma verdadero, porque es medio indio... solo que, para disimular, estos tipos aprenden español.... como lo hacía el degenerado ese de Condorcanqui.

-¿Y no había jueces que lo juzgaran, por lo del gobernador y su hermano?

-No le digo que consiguió impunidad... ¡ojo!... no es un pordiosero... de hecho, su padre y sus hermanos, construyeron un poderoso clan, adueñándose de tierras, robando ganado hasta convertirse en ricos... son esa mezcla ladina de indio con lo más bajo de la población española, que dieron origen al gaucho. Así le dicen a él: "El Gaucho Castro" . Y a él le gusta... me jodió siempre, pero no lo pude neutralizar... a principios de este año, sin ir más lejos... me jodió las vacaciones, insurreccionando a la plebe en su ranchería, que incendiaban los pocos edificios elegantes que allí había, atacando a la gente de bien, al alto clero y al periodismo liberal... ¡Me cagó mis vacaciones en Mar del Plata, con un telegrama pidiendo indulto para un cabo! ¡Un negro de mierda, que había matado a uno de nosotros, un oficial distinguido del Ejército Argentino! Ni le contesté. Ordené al tribunal militar, como corresponde, que fusilen nomás, a esa lacra.

En ese tono continuó, durante un rato, el monólogo del general justo, adoctrinando a su par acerca de cómo ocuparse de la ralea populista, sin terminar aplastado por ella. A Villegas le iba a ser de gran provecho la perorata, algunos años más tarde.

Por su parte, el gobernador Castro, quitó de su mente lo ocurrido con Justo, apenas salió de la Casa Rosada. Lo esperaba su amigo Pío Montenegro, con quien almorzaron juntos en un lujoso restaurante, que el ya aporteñado senador Montenegro había detectado como el más *chic* de la gran urbe. Después, pasaron casi todo el resto de aquel día recorriendo joyerías y tiendas elegantes. Donde Castro iba a adquirir pendientes, anillos y pulseras para su esposa, doña Mercedes Cordero, y también varios otros regalitos, para su numerosa parentela, e igualmente para algunas amigas y amigos.

El jueves lo aprovechó adquiriendo y pagando con cheques, materiales de construcción, difíciles de conseguir en provincias. Ciertos azulejos, picaportes de bronce labrado o manijas en el mismo estilo, más algún mobiliario, particular, para la opulenta casa que estaba terminando de construir en Santiago, frente a la acequia Belgrano, apenas a una cuadra y media de la sede central del Gobierno.

Con estos afanes ocupó todo el jueves y la mañana del viernes el gobernador, en Buenos Aires. Luego de ducharse y acicalarse, con un elegante traje deportivo, almorzó liviano, en el hotel, y partió rumbo al pago chico, con su reluciente cupé, que suscitaba, al pasar, la admiración de muchos porteños.

Llegando a Rosario, prefirió desviarse hacia Soldini. Dirigiéndose a un ampuloso Motel, *Maison du Bonheur*, que regenteaba *madame* Ludmila. Una aristócrata rusa, quien ayudada por los franceses, había logrado escapar, a duras penas, de los bolcheviques. Para recalar, finalmente, en Santa Fe. Donde consiguió erigir este discreto negocio del placer, *boite* y alojamiento, en un caserón cedido por el poderoso estanciero José Alfredo Iturraspe. El Gaucho, ya conocido por aquella *élite*, pasaría, esta vez, dos noches en la elegante morada. Entre muy bonitas jóvenes ucranianas, polacas, húngaras, croatas y turcas.

Asomando el meridión de aquel domingo, el gobernador Castro emprendió, esta vez sí, el último tramo del regreso a su Santiago Querido. Pensó que le había venido bien, finalmente, la convocatoria compulsiva del *cerdo* milico. Ocupante *ilegítimo* de la Presidencia de la República.

Todo iba a salir como él quería, finalmente. Pese a cualquier intento de interferencia. Como el que acababa de superar.

Capítulo 9

Cantando, Edith se bañó escrupolosamente aquella tardecita de sábado, el 6 de julio de 1935. Luego de secarse con un esponjoso toallón rosa, desnuda, con la cabeza envuelta por un turbante lila, recorrió su cuerpo, milímetro a milímetro, con crema de aloe vera, antes de calzarse la bonita ropa interior, suave y liviana, también de color rosado.

Olimpia, que observaba divertida desde su escritorio, dijo en tono de chanza:

-¿Adónde vas, *tomineja*... que te aderezas tanto?

-Al cine - contestó Edith.

-Ah... ¿sola o acompañada?

-Sabes que me gusta ir al teatro o al cine, sola... de ese modo puedo concentrarme en la obra, comprenderla... e integrarme con ella, sin distracción.

-Seguirás siendo pasto de las chimenteras, pues... que cuchichearán, nuevamente: “ahí va, otra vez, ella... una chica tan bonita... no sé cómo se anima a andar así, con esas polleras, que al sentarse, ¡muestran las rodillas!... ahora las mujeres del centro se están poniendo, todas, así... por culpa de esas películas, norteamericanas, que *dan* en el *Petí Palé*....”

Edith lanzó una risita. Contestó luego:

-No veré una película yanki...

-¿No? ¿Argentina, pues?

-Alemana. El vampiro de Düsseldorf.

Olimpia no quiso hacer más preguntas. Sabía que Edith era bastante reservada, y el pacto para alquilar piso, había sido claro. Cada una conservaría independencia absoluta y discreción, respetándose, estrictamente, en lo referido a privacidad.

El departamento parecía haber sido hecho especialmente para ellas. Por una escalera independiente, se ascendía al pequeño vestíbulo, de donde se ingresaba a un mediano comedor, tras el cual estaba la cocina compartida. Seguidamente, había un salón que ambas usaban como escritorio. Con sus mesitas, pequeñas bibliotecas y papeles personales a cada lado: los de Olimpia hacia el Sur, los de Edith hacia el Norte. Habían adquirido, entre ambas, una máquina de escribir, de marca... *Olympia*... lo cual fue motivo de chistes. Allí Olimpia Righetti pasaba a letras de molde los manuscritos de Emilio y Duncan Wagner. Sabios franceses que, habitando en el monte santiagueño desde 1909, descubrieran la ya famosa *Civilización Chaco Santiagueña*. Edith tomaba trabajos de tipeo y corrección ortográfica; ambas colaboraban en algunos encargos, cuando, por ejemplo, se trataba de textos para profesores, maestros, abogados, o estudiantes universitarios.

Como dijimos, entre ambos dormitorios, el de Olimpia hacia el Sur, el de Edith hacia el Norte, se desplegaba el escritorio común, pero con mesitas separadas, de las amigas -y socias, en algunos trabajos. Más atrás, hacia el oeste, continuaba una toilette, provista de tocador con tres espejos, el *chiffonnier*, y a su izquierda, un baño compartido. Finalmente el patiecito rectangular de 10 por 5 metros, hacia el Oeste. Que al tratarse de planta alta, constituía en verdad una terraza.

Edith se calzó las medias *rejilla* oscuras, transparentes, con ligas ajustándose a los muslos, y encima una pollera gris ceñida al cuerpo, hasta las pantorrillas. No antes de haberse colocado una camisa blanca, con un gran moño bordó en el cuello. Por debajo, una pollera gris. Y encima, un saquito al tono. Completando el conjunto con una garbosa boina, gris oscuro, ladeada graciosamente hacia la izquierda, y unos zapatitos con tacos en aguja, cerrando la tonalidad. Salió.

No era muy fácil caminar por aquellas veredas, algunas de cemento o estucados, otras de mosaicos, las más de ladrillos, u otras numerosas de tierra apisonada -a veces *no tan* apisonada... Con paciencia y graciosa elegancia fue eludiendo cada obstáculo, hasta llegar, por fin, a las calles del centro, primero empedradas, luego, algunas pocas, pavimentadas: todas con veredas de baldosas acanaladas o lisas. Era una tarde tibia y bella del invierno santiagueño, benévolo, durante el cual puede bajar hasta 1 o 2 grados bajo cero la temperatura por las mañanas, mas al mediodía el sol ha difuminado el frío, casi hasta convertir en primaveral la jornada. Al anochecer vuelve a instalarse la gelidez, aunque jamás como para no ser cómodamente neutralizada por los cuerpos jóvenes.

A las 17:30 llegó a la vereda del cine-teatro Petit Palais, donde se ordenaba una cola, no tan larga, de personas que habían venido, como ella, para la función Familiar, con proyecciones desde las 18:00 hasta las 20:45.

Hasta las 19:00 proyectaron breves números musicales, documentales o algunos cortos mudos de Chaplin. Tras un intervalo de diez minutos, en el cual salieron a comprar golosinas o chocolates, comenzó *M, El vampiro de Düsseldorf*. En ella, un secuestrador y asesino de niñas aterroriza a los alemanes. La policía lanza una desesperada búsqueda, capturando una y otra vez a hombres inocentes. Entonces los jefes de las mafias, hartos de padecer tantas *razzias* policiales, deciden buscarlo ellos mismos.

Arrebatada por la historia de la película en su imaginación, Edith salió a esa noche de sábado como si caminara en el aire. Vagamente percibía el bullicio de los autos nuevos rondando la plaza principal, el ronroneo, a veces irregular, de conversaciones de centenares de jóvenes, mujeres y varones, elegantes, bellos, luciendo en su mayoría atuendos tan vistosos como los que hubieran podido encontrarse hojeando las revistas de moda, tan populares entre el sector distinguido -y no demasiado- de la población santiagueña.

Por un momento paseó la mirada sobre la multitud, que llenaba las veredas amplias de la Catedral, esperando quizás distinguir a Olimpia entre ellas. Pues su compañera tendría esta noche una fiesta en el *Lawn Tennis*. Instintivamente abrió e introdujo sus dedos en la carterita negra que colgaba de su hombro. Seguramente Olimpia no estaría ya, cuando Edith llegara a su departamento. Debía tener la llave... se tranquilizó al palparla. Su amiga, luego de la fiesta, pasaría el fin de semana en casa de su familia. Para volver, recién, el lunes por la tarde.

En la acequia Belgrano habían edificado un kiosco, sobre uno de los puentes, donde se arracimaban decenas de muchachos tumultuosos, comiendo sánguches de milanesa y tomando vino a raudales. Vagamente percibió algún silbido al atravesar, entre muchas otras personas, por otro puente paralelo, para uso peatonal, veinte metros más adelante, justo frente al convento de las monjas Franciscanas. Fue precisamente sobre la vereda del convento que la tomaron bruscamente del brazo izquierdo y se detuvo, sobresaltada. Era el tano de frente al mercado...

-Buonanotte Edith, ti ho vista passare da lontano e ho deciso di accompagnarti... non è bene che una signorina così bella cammini da sola per le strade in questo momento... -exclamó de corrido el hombre.

-Hola, Tomasso -saludó Edith - ¡gracias!-, expresó a continuación: -no es necesario que me acompañes... por favor, regresa a tus ocupaciones, estoy habituada a caminar sola por todas partes...

Tomasso Dell'Attico era un piamontés robusto, bastante más alto que Edith, quien medía 1,65. De cabeza voluminosa, pelo rojizo, le faltaba un ojo. Por ocultar el defecto llevaba un parche oscuro, suspendido con un elástico que cruzaba la pequeña frente, cuadrada, bajo un jopo

que se erigía, compuesto por flechas rojizas de cabello grueso, emergiendo sobre la mollera rústica.

-Assolutamente no... -insistió el hombre- non posso permetterlo, non ho impegni in questo momento, è un piacere accompagnarvi.

El italiano tenía 38 años de edad. De ideología monárquica, había combatido contra los prusianos en la Primera Guerra Mundial. Allí había perdido el ojo izquierdo. Y llevaba un casquillo de bala incrustado en el fémur. Lo cual provocaba en él ese caminar con leve cojera.

-Bueno...-concedió a desgano Edith...

Pronto saldrían del pavimento y las calles empedradas. La conversación era difícil entre aquellas dos personas, una bastante descontenta, por haberse visto obligada a interrumpir sus reflexiones sobre el imponente *film*, que había podido presenciar. El otro, intentando agradar o incluso seducir a la joven, en un muy torpe español, o en su italiano del cual Edith no llegaba a interpretar lo que decía.

Estaban rodeando el Hospital Mixto, por su parte trasera, cuando junto a la muralla que aislaba el pabellón de los enfermos psiquiátricos, el italiano se lanzó repentinamente sobre ella y trató de besarla.

Edith padeció simultáneamente el terror, un olor a chivo en celo como el de su infancia entre las majadas de Buey Muerto, y el aliento a ginebra con cigarrillo en la boca del hombre, que la agarraba de los cabellos tratando de inmovilizar su cara, la cual Edith pugnaba por sacudir cuanto podía a uno y otro lado para evitar el repugnante babeo.

Pegó con toda la fuerza de su puño contra el costado de su agresor, en vano, pues la fortaleza del piamontés la superaba, inmovilizándola contra la pared sin escapatoria.

Entonces ocurrió algo extraordinario. Un resplandor azulino envolvió por completo al voluminoso tuerto extranjero, cuya cara de sorpresa se patentizó frente a la mirada perpleja de Edith, mientras levantaba los brazos, como ahogado y, literalmente jalado por el replandor, se elevaba con todo su corpacho hasta unos dos metros de altura, desde donde, repentinamente, al desaparecer la luz cayó de un modo violento contra el suelo, desmayándose.

Edith, con el cuello dolorido, temblando, asustada aún, vio recién ante ella, a unos cinco metros de distancia, al ser delgado, pequeño, cuya altura quizá llegaría a poco más de la de su cintura, inmóvil, flotando a centímetros de suelo. Sonreía. Y la miraba sin decir nada. Esperando que ella se tranquilizara. Era un ulalo.

La joven se sintió súbitamente aliviada, e internamente dio gracias a Dios. Lo conocía. Se llamaba Zapa. Habían jugado con él, otros ulalos y sus hermanitos, cientos de veces, en el campo, durante su infancia. Y en otros momentos importantes, para ella, Zapa una y otra vez

había aparecido, convirtiéndose en una compañía eventual, discreta, estrictamente solo para ayudarla, como un buen amigo. Como había hecho recién, de un modo invalorable.

Zapa se acercó y le tomó ambas manos.

-Relájate- le dijo. Ella lo hizo.

Cerró los ojos. Cuando los abrió nuevamente, estaban en el recibidor de su departamento.

-¿Quieres pasar? -invitó ella-. Estoy sola.

-No- dijo el ulalo. -Te buscaré mañana, a las 10. Iremos a presentar la denuncia contra el violador. En la comisaría cuarta.

-Bueno Zapa... te voy a esperar lista... y... ¡Gracias!... -dijo Edith, y lo tomó otra vez de ambas manos.

-¡Gracias, gracias, gracias, gracias!...

...repetía ella, sin soltar sus manos... y rompió a llorar... Mas el ulalo, unos segundos antes, ya había desaparecido.

Al día siguiente, domingo 7 de julio de 1935, Zapa golpeteó suavemente la pequeña aldaba en la puerta del departamento de Edith. Ella tomó su cartera, se la colgó del hombro, y abrió.

Zapa ya no era él. Sino el doctor Saúl Peña. Joven y prestigioso médico psiquiatra. Miembro de la plantilla profesional permanente del Hospital Mixto de Santiago del Estero. Edith estaba familiarizada con las conversiones voluntarias de los ulalos. Así que cruzándose comentarios amables y chistes, subieron al Fiat 500 Topolino, que Peña había estacionado debajo. En él llegaron muy pronto a la comisaría 4ª. Donde, un oficial inspector, les tomaría declaración a ambos. Ella como denunciante, el doctor como testigo.

Saúl Peña declaró que “saliendo hacia las 22:00 de sus labores en el Hospital Mixto [...] mientras iba a buscar su automóvil [...] vio a un hombre de gran tamaño forcejeando para abusar, evidentemente, de una joven que intentaba librarse [...] de inmediato acudió en ayuda de la agredida, y tomando de los pelos al hombre lo obligó a dejarla, poniéndolo en fuga luego, con golpes de puño...”

Después de firmadas ambas declaraciones en el Libro de Guardia, el oficial ordenó establecer vigilancia policial durante el día y la noche frente al domicilio del denunciado, para evitar su fuga. Y aseguró que ese lunes a primera hora serían enviadas, la denuncia y los

testimonios, ya mecanografiados, al fiscal general de turno, para que procediera a la instrucción de una causa y la eventual detención del forajido.

Capítulo 10

El martes 23 de julio de 1935, un hombre de 67 años llamado Lisandro de la Torre, senador nacional por Santa Fe, denunció en la Cámara de Senadores de la Nación los graves perjuicios del pacto Roca-Runciman, firmado por el gobierno argentino en 1933.

Pocas veces en la historia reciente un país había acordado contratos tan favorables para las grandes empresas capitalistas extranjeras. Y tan humillantes, tan deplorables, para la dignidad patriótica de los argentinos, como para la economía nacional. Particularmente para las grandes masas de familias empobrecidas, que subsistían con trabajos mal remunerados, la mayor parte de ellos en condiciones de semi esclavitud, sin ningún tipo de estabilidad laboral ni convenios de previsión social.

A la sesión habían sido citados, para dar informe sobre el escandaloso pacto suscrito por el vicepresidente de la Nación, *Julito* Roca, los ministros de Agricultura, Luis Duhau, y de Hacienda, Federico Pinedo. Ácidamente criticados por algunos pocos liberales y el único socialista, Alfredo Palacios, este enjuiciamiento al gobierno de la oligarquía, llevaba ya trece días consecutivos en el Senado.

El Pacto Roca-Runciman había sido negociado arduamente, por presión de la Sociedad Rural Argentina, representativa de los grandes estancieros porteños, para ampliar la cuota de exportación de carne vacuna al Reino Unido y sus colonias. Cosa que se consiguió. A cambio de conceder, al imperio inglés, que el 85 por ciento del total de las exportaciones se iba a efectuar a través de frigoríficos y empresas navieras de Inglaterra. E incluyendo una cláusula que resultaba escandalosa: la creación del Banco Central de la República Argentina... con predominio, en sus arcas, de capitales privados, pertenecientes a empresarios británicos. Quienes, de tal modo, adquirían el derecho de influir decisivamente, en todas las decisiones políticas internas, del gobierno supuestamente constitucional de la República Argentina.

El gobierno encabezado por el general Agustín P. Justo, operando con gran habilidad, consigue el apoyo de sectores del radicalismo y el progresismo socialista de entonces. Quienes contaban con numerosos legisladores. Y decide enfrentar a los pocos legisladores que se atrevían a cuestionar esas políticas antinacionales.

Sus perpetradores sostenían que era necesario introducirse bajo el manto protector del Imperio anglosajón. Pues al quedar nuestra república bajo la tutela de los más exitosos empresarios y comerciantes del mundo, como lo eran entonces los ingleses, solo podía esperarse un paulatino despliegue de beneficios, cada vez más notables, aunque lento, en inversiones que,

derramándose desde las inmensas ganancias de estancieros locales y empresas anglosajonas, iban a traer a la postre trabajo industrial y prosperidad para toda la población.

Tanto los diarios La Nación, como La Prensa, así como la popularísima revista Caras y Caretas, apoyan dichas afirmaciones del poder político. Sembrando entre las clases medias la ilusión de un progreso aparente -que por entonces conseguía mostrarse, casi únicamente, en la Capital Federal- Buenos Aires.

Lisandro de la Torre había iniciado una investigación sobre el comercio de carne, con base en la cual, efectuaba en el Congreso su alegato:

-El gobierno inglés dice al gobierno argentino "no le permito que fomente la organización de compañías que hagan competencia a los frigoríficos extranjeros" -articulaba a viva voz el senador santafesino-. En tales condiciones, no podría decirse que la Argentina se haya convertido en un dominio británico... porque Inglaterra no se toma la libertad de imponer a los dominios británicos semejantes humillaciones. Los dominios británicos tienen, cada uno, su cuota de importación de carnes... y la administran ellos...

"...Nunca se ha visto un gobierno como el actual y sobre todo un ministro de Agricultura como el actual, entregado desembozadamente a la tarea de impedir que comience, aunque sea débilmente, la exportación cooperativa.

"Incumplimiento de leyes; suspensión del cobro de multas; falta de fiscalización en el pago de impuestos, regalo de un 25 por ciento de divisas; tolerancia del apoderamiento de los beneficios en el cambio; ocultación de los bajos precios de compra de los novillos mediante la publicación de estadísticas inexactas; ignorancia igualmente oficial de los precios de venta; persecución a las compañías frigoríficas argentinas; regalo de la cuota del 11 por ciento durante dos años a los frigoríficos del *pool* extranjero; aceptación de que los argentinos sean inhibidos, que Inglaterra sea dueña de mantener un monopolio sobre la exportación del 85 por ciento de la carne argentina, eligiendo ella los importadores... condición deprimente esta última que no se ha atrevido a imponer ni a sus propios dominios"

De la Torre acusó, entonces, al frigorífico Anglo South American Meat Co., controlado por la Union Cold Storage, de *evasión impositiva*, Denunciando la existencia de un *entramado de corrupción*, que involucraba al presidente Agustín P. Justo. así como a sus ministros de Hacienda, Federico Pinedo, y al de Agricultura, Luis Duhau.

Escenificando una gran indignación, el ministro de Agricultura interrumpió a los gritos el discurso del senador de la Torre. Alentó con ello la reacción de dos o tres legisladores, adeptos al gobierno, que avanzaron, amenazantes, hacia el senador en uso de la palabra, con actitud de atacarlo.

Sorpresivamente, el ministro Duhau se acercó y, con un fuerte empujón, derribó a Lisandro de la Torre, huyendo luego rápidamente hacia fuera del recinto. En medio del tumulto provocado, un policía de civil, Ramón Valdéz Cora, comenzó a efectuar disparos, en dirección a de la Torre. El senador Enzo Bordabehere intentó proteger a Lisandro y se interpuso. Varios disparos atravesaron al político provinciano por la espalda. Bordabehere iba a fallecer, minutos después, a causa de ellos. Tenía 46 años de edad.

El domingo 29 de Julio de 1935 -cinco días después del asesinato de Bordabehere - unas veinte personas, con solo tres mujeres entre sus concurrentes, se reunían, convocadas de urgencia, en el domicilio del coronel Justo Carreras De La Silva. Los presidía el teniente coronel Gregorio Pomar, quien acababa de exponer una propuesta revolucionaria: impulsar un levantamiento general, apelando a los sindicatos, los partidos democráticos y progresistas, al pueblo todo, pero, particularmente, a los "sectores honestos de las Fuerzas Armadas, que constituyen"-según el visitante- "una gran mayoría entre nuestros camaradas".

Entre los participantes, había personas muy destacadas en toda la Argentina, venidas especialmente para esta ocasión. Incluyendo las tres mujeres: Blanca Irurzun, poeta socialista de La Banda; *Pocha* Barros, esposa del *Tata* Farías Gómez; Corina Hueyo, joven economista porteña. Entre los varones sobresalían Homero Manzi, *El Tata* Farías Gómez, Gumersindo Sayago, el mayor Aristóbulo Mittelbach y el dirigente cordobés Amadeo Sabattini.

-¡No comulgo con la apelación a un golpe militar! -exclamó el ingeniero Santiago Maradona-. Por cierto coincido con los conceptos del general Baldrich, en carta dirigida a su amigo Joaquín V. González, en que debemos unirnos (y cito):

"*Sin distinción de credos políticos o ideológicos, pues lo mismo interesa el asunto al conservador que al comunista, deben ponerse en pie todas las fuerzas vivas del país en contra del enemigo común, es decir, en contra de los aviesos enemigos de adentro y de la acechante codicia aventurera, empeñada en conquistarnos con la penetración pacífica que empieza con el empréstito bancario a causa de nuestro capital rutinario y timorato estancado en los bancos, penetración pacífica mediante concesiones de tierras en que se talan sin técnica ni reposición de los bosques, o la de los frigoríficos en los que una doble inmolación se realiza, la de las bestias que se sacrifican y la de los proveedores sometidos; o la del petróleo que se acecha y cuyo acaparamiento se gestiona, al amparo de influencias destacadas para explotar nuestra riqueza petrolera y terminar en el sometimiento por el dominio económico que torna virtuales las soberanías de los pueblos convertidos en territorios prósperos y ricos; y cuando quedáramos pacíficamente conquistados, entonces en los labios de los niños resultarían un sarcasmo las voces del Himno*.", leyó Maradona. De un modo algo histriónico, efectuó una pausa por algunos segundos. El humo de los cigarrillos hacía algo opresiva la atmósfera para los pocos que no fumaban, lo cual impacientó al porteño Jorge del Río.

-¿Y bien?- exclamó.

-Comprendo la impaciencia de los jóvenes - continuó Maradona, en alusión elíptica a quien lo había interpelado-, pero una acción intempestiva, por encima de las normas vigentes y las prácticas constitucionales, podría acarrear consecuencias impredecibles. Incluso precipitar tragedias. Por lo tanto, expreso firmemente mi opinión de que, toda acción política o social, que decidamos emprender, sea dentro de un marco de disidencia, sí, y fuerte repudio en primer lugar a este vil asesinato, pero por medios pacíficos y con respeto a las instituciones democráticas.

El teniente coronel Pomar, en el otro extremo de la sala, le susurró por lo bajo a su camarada, el coronel Carreras de la Silva:

-Este es un pelotudo.

-No-, contestó el santiagueño, riendo: -es muy buen político. Solo que demasiado afecto a las convenciones sociales...

El teniente Orlenghi, santafesino, contestó en voz alta al ingeniero Maradona:

-No siempre la devoción republicana y democrática arroja buenos resultados, en nuestras patrias sudamericanas. Veamos nomás aquí al lado, en Brasil. Donde las pandillas oligárquicas venían gobernando el país por métodos fraudulentos desde el tiempo del Imperio. Y cómo fue necesario un enérgico levantamiento militar para instalar en el poder a Getulio Vargas. Un sagaz e inteligente político. Que no solo estableció un régimen democrático, limpio y renovador, que viene cambiando al Brasil desde principios de siglo. Habiendo logrado inmensos avances, no solo en su estabilidad y progreso económico. Si no, también, en la distribución de los ingresos, la dignidad de los trabajadores, la educación pública y todos los ámbitos de la sociedad hermana.

"Además, ingeniero, no se olvide que el radicalismo no nació de un repollo. Alem promovió, junto con Mitre, numerosos levantamientos armados. Donde cayeron cientos de patriotas, asestando al adversario corrupto de la oligarquía en el poder, numerosas víctimas mortales, también."

-Esos fueron otros tiempos, joven... - arguyó Maradona, agitando una mano junto a su rostro, como para ahuyentar malos recuerdos - ...tiempos salvajes... -continuó. - Han pasado ya más de 45 años... finalmente se llegó a una concertación, como personas civilizadas... hemos conseguido una constitución altamente democrática, con la participación electoral de toda la población, cosa que cincuenta años atrás representaba una utopía...

-Sí, pero solamente para los hombres- expresó con voz clara la bandeña Blanca Irurzun. - Hasta el día de hoy las mujeres no votamos en la Argentina.

Nadie le contestó. Pero la intervención de la poeta instaló una pausa compungida en la veintena de asistentes.

En términos parecidos, continuaron deliberando hasta cerca de las ocho de la noche. El debate se había centrado en resolver si de esa reunión iba a surgir alguna acción insurreccional o si, por el contrario, se evitaría el enfrentamiento con el régimen, continuando la actividad política dentro del marco legal que hasta entonces imponía la Nación, gobernada desde 1930, nuevamente, por los conservadores.

Finalmente, prevalecería esta última opción. Sabattini continuaría con su campaña electoral, para alcanzar la gobernación de Córdoba, los demás dirigentes políticos evitarían conflictos armados con la Liga Patriótica u otros provocadores. Y los militares volverían silenciosamente a sus cuarteles. Menos Pomar. Quien, a raíz de un levantamiento armado en Corrientes, cuatro años atrás, que había comandado, permanecía exiliado en Paraguay. Había entrado a la Argentina, para participar de esta reunión, con un pasaporte falso. A nombre de Pietro Molinari.

Esa misma noche, a las 21, sonó el teléfono en la residencia del general Agustín P. Justo. La criada, que atendió, avisó al presidente que, desde Santiago del Estero, lo llamaba el doctor Pío Montenegro.

-¡Pío! ...querido... cómo estás, hermano... -exclamó Justo al atender- cómo van las cosas por allá.

-Hola querido... -dijo Montenegro.- Buenas noticias... no habrá golpe.

-¡Buenas noticias para ellos! - contestó riendo el general Justo. -¡Los íbamos a hacer cagar!... Toda la plana mayor de las tres fuerzas me respalda. Y la gran mayoría de la oficialidad.

-Mi informante me ha dicho que la reunión estuvo muy polarizada... entre el sector ultra y los moderados... costó mucho lograr disuadir a los golpistas...

-¿Estaba Pomar? - preguntó Justo.

-Mi informante, un muchacho joven, no lo conoce... pero podría ser, según sus impresiones, un tipo que se presentó como “Molinari”... dice que los otros militares se dirigían a él como si tuviera mando... pese a que estaba de civil, con el pelo demasiado largo para ser un oficial del Ejército, llevaba siempre la voz cantante, a favor de promover un golpe, por supuesto.

-¡Bueno Pío! ¡Sos un campeón!- felicitó al santiagueño el presidente, Agustín Pedro Justo. -¡Espero que no veamos para conversar más cuando vengas a Buenos Aires!...

-¡Seguro, Agus! Voy a la capi fede esta semana, si Dios quiere... en el Estrella del Norte...

-Abrazo, Pío...

-Abrazo, Agustín...

Capítulo 11

-¡Mirá cómo corren los árboles para atrás- gritó Cecilia Revainera, de cinco años.

-Los míos corren más rápido- le contestó desdeñosa Gricelda, su hermana de siete.

Iban en el asiento trasero del automóvil. Adelante, su madre, Maira Saadi, junto a su esposo, que conducía. Alberto Revainera Sosa. Viajaban desde Garza hacia Suncho Corral. Un viaje corto. En pocos minutos ya estarían en la pujante localidad, antigua Estancia de Matará. Hoy devenida en núcleo principal de la actividad mercantil, para el eje Añatuya-Tintina-Monte Quemado, y El Chaco.

Habían sido especialmente invitados al casamiento de Samir Saadi -prima de Maira, hija de su tío Rabah Saadi- con Walid Leibe, hijo de Rumie Leibe, poderoso empresario local. El casamiento se efectuaría esa misma tarde, a las 19:00, en la parroquia San Miguel Arcángel. Luego de la cual, los invitados disfrutarían de una celebración de gala (حفلة زفاف) en el inmenso Salón de Fiestas del Baron Hotel.

Roderick Schneider, agricultor, propietario de cinco bonitos aposentos en su terreno, había dispuesto una de aquellas *Ferienhaus,* especialmente, para los Revainera Saadi. Y para el padre Vervoort, uno de sus connacionales, también invitado.

Suncho había empezado a ser conocida durante el primer ciclo post-invasión europea cuando sus ocupantes originales, comechingones, propinaron una derrota atroz al conquistador Francisco de Mendoza, durante el verano de 1545. Los comechingones eran una nación que ocupaba por entonces el sur de la hoy llamada Provincia de Córdoba. Peligrosísimos guerreros, se distinguían de las demás etnias por combatir de noche, desnudos. Antes de partir al combate pintaban sus cuerpos con sinuosas grafías, de tonos violáceos y ámbar. Con ceremoia previa a su ingreso al campo de batalla, aspiraban reiteradas dosis de cebil, planta local que, incinerada en botafumeiros graníticos, instalados al centro de octogonales espacios sagrados, abiertos en medio de los montes, elegían, preferentemente, noches de luna llena para atacar. Sorprendiendo generalmente en su descanso al enemigo, solían aniquilarlo, casi siempre en pocos minutos.

Desde entonces no habían podido ser derrotados hasta 1715, aproximadamente, cuando una hueste comandada por los hermanos Ibarra, tras un trabajo de espionaje con sanavirones aliados, los esperó luego de tenderles cierto señuelo, llevándolos a atravesar un sitio descampado. Alrededor del cual, los españoles habían levantado casetas entre los árboles, ocupadas por cañones livianos y arcabuceros.

Unos diez años más tarde, aproximadamente, aquellas tierras habían sido adjudicadas bajo tutela particular a los Ibarra. Manteniéndose desde entonces como parte de una estancia, tierra de frontera contra los aborígenes y centro proveedor de agua potable para sus principales

familias sucesoras. Entre aquellos, los Paz y Figueroa -de cuya raigambre y de los Ibarra descendería, casi un siglo más tarde, la Mama Antula.

Ese viernes 26 de julio de 1935 por la tarde Suncho Corral, con algo más de 2.000 habitantes, se había convertido en un centro de atracción regional. Donde bullían personas desconocidas, paseando por las calles céntricas, enripiadas, unas pocas empedradas. Entraban y salían vehículos de todo tipo, camionetas con pasajeros en sus cajas traseras, bañaderas repletas de jóvenes, que llegaban desde Añatuya, ciudad hermana de Suncho en lo comercial, industrial y cultural. El casamiento de la casi adolescente Samir y el también muy joven Walid, bellos vástagos de familias muy destacadas en la región, abría la posibilidad de vivir un fin de semana estelar, para toda la población, a lo largo y ancho del área central en la provincia de Santiago del Estero, incluso hasta de El Chaco y Santa Fe. Efectivamente, por falta de un cura permanente en la parroquia local, Rumie Leibe había pedido que celebrara la misa a un Oblato de María Inmaculada entre los aborígenes del Chaco, el sacerdote alemán Walter Vevoort. Quien, asimismo, había llegado ya esa mañana. Y al igual que los Revainera Saadi, se estaba alojando en la finca de Schneider.

También había llegado la célebre cantante santiagueña Lena Young, bonita joven que vocalizaba tanto boleros latinoamericanos como fox trots y otros temas bailables norteamericanos de hoop, bustle y ragtime. Que la santiagueña interpretaba en un, aparentemente, bastante aceptable inglés.

Kalila Awad había visto pasar el auto de los Revainera Saadi y pidió a su hermano que la llevara hasta la finca Schneider para saludarlos. Ambos eran primos de Maira, por línea materna.

-¡Qué fiesta se dará nuestra prima!- exclamó Kalila, exaltada - ... esta tarde la misa, luego la celebración para nosotros, en el salón más grande del hotel Baron Marrakech... ¡Mañana a la tarde y noche... fiesta popular!...

-Sí...-dijo Maira- ... hermosa fiesta... la envidio...

-Bueno, la tuya también fue muy linda...

-Sí... no me quejo... solo me dio un poquito de nostalgia... el tiempo pasa...

-Enzo ha puesto a veinte trabajadores a apisonar la plaza pública, desde una semana atrás... ha quedado como si fuera de mosaico...

Se refería a Enzo Pernigotti, por entonces intendente de Suncho Corral, de cuyo consejo deliberante su padre, Tito Awad, era integrante, junto a Pedro Rímini y Carlos Beltrame. Habían alquilado una apisonadora al municipio de Weisburd: especie de tractor con un gigantesco rodillo por delante. El cual, luego de trasladar tierra arcillosa desde el río, con una pala mecánica, y verterla sobre un radio de trescientos metros cuadrados, iba y volvía, cientos de veces, por sobre las franjas ya secadas al sol, hasta convertirlas en una superficie bruñida, muy sólida.

-¿Sabías que viene Mario del Tránsito Cocomarola, con su Trio Taragüí, desde Corrientes?...

-¡Ohhhh! ¡Buenísimo!... -se alborozó Maira.

Veinte minutos antes de las siete de la tarde arribó el novio, con su padre y su madre, a la capilla de San Miguel Arcángel, en una limusina marrón.

Diez minutos más tarde llegaron la novia, su papá y su mamá, en otra limusina semejante, aunque de tono gris oscuro. Rumie Leibe estaba casado con una criolla, de apellido Guzmán, oriunda de Garza.

La novia llevaba un vestido largo, hasta encima de los tobillos, de silueta recta, con bordados ligeros. De tonalidad blanca pura, con un velo estilo casquette en la cabeza. La cola, predominante, iba a ser portada por dos niñas de 8 años, sobrinas de Samir.

El novio vino con un esmoquin tuxedo tradicional, gris oscuro, casi negro, y moño, con el resto de su indumentaria acompañando al tono principal.

La pequeña capilla, completamente llena, apenas pudo contener a los familiares e invitados principales, con algunos pocos vecinos que lograron ingresar apretados, de pie, ubicándose muy cerca de las puertas de salida, ya. Afuera, se congregaba una multitud.

A las 19:00 en punto comenzó la ceremonia.

Ya los familiares del novio habían tomado su lugar a la derecha y los de la novia la izquierda. Al comenzar los sones de la marcha nupcial, los asistentes se pusieron de pie y comenzó el desfile del cortejo.

Primero entraron las damitas y pajecitos, seguidos por las damas de honor y los padrinos. Detrás de ellos, la novia, del brazo de su padre, el empresario de origen sirio Rumie Leibe.

Cuando estuvieron ante el altar, Rumie y Elena -mamá del novio- hicieron la entrega oficial de sus hijos, pronunciando bendiciones para ambos. De inmediato el novio a la derecha y la novia a la izquierda recibieron la bienvenida del padre Walter, quien les otorgó su bendición.

Enseguida el sacerdote alemán saludó a todos los presentes, introduciendo luego la ceremonia, con las intenciones de amor -según dijo- en la familia que se está formando, en este enlace nupcial. Tras lo cual los anunció con sus nombres completos, para presentarlos formalmente ante la Iglesia Católica.

Después de las alabanzas, el rito penitencial y la liturgia, el padre Vervoort abordó la Liturgia de la palabra, comenzando con la oración del perdón por los pecados veniales.

En el momento indicado para escuchar la Palabra de Dios, la señora Dorisel Gandolfo, ama de llaves de la parroquia, leyó un pasaje del Antiguo Testamento, combinando con cantos y salmos, de los que familiares e invitados participaron -algo atropelladamente, pues no todos conocían las letras - cantando o tarareando al unísono.

Luego el sacerdote efectuó la lectura del Nuevo Testamento. Obedeciendo el protocolo eclesial, la pareja había elegido para esta oportunidad el capítulo 13, versículos 18 al 23, del Evangelio de San Mateo. Después de lo cual se escucharon los cantos de Gloria y Aleluya, entonados principalmente por el Coro Parroquial.

Al llegar el momento de la homilía, el sacerdote solicitó aquiescencia para efectuar "un aviso, en nombre de los hermanos indígenas de El Chaco", como anticipó. Luego de ello, expresó lo siguiente:

-Soy, como algunos de los presentes saben, un oblato misionero de la Inmaculada Virgen María, y nuestra pequeña comunidad trabaja entre las poblaciones aborígenes del Pilcomayo. Hermanos originarios que hoy padecen numerosas calamidades. Empezando por la espantosa guerra, que hoy libran ejércitos paraguayos y bolivianos.

"El señor Rumie Leibe conoce muy bien las penosas circunstancias por las que atraviesan nuestras misiones, desde sus orígenes, hace unos diez años: porque muy pronto comenzó a apoyar económicamente la obra, con importantes donaciones y provisión de elementos imprescindibles para la subsistencia de nuestros hermanos indígenas. Viajando muchas veces en persona, con sus colaboradores suncheños, para entregárnoslos. Y acompañándonos incluso en nuestra cotidianidad, por algunos días.

"La alusión es adecuada hoy porque con anuencia del obispo, Monseñor Audino Rodríguez y Olmos, la Iglesia Santiagueña ha decidido que la mitad de las contribuciones parroquiales durante esta ceremonia, sean destinadas a nuestra modesta comunidad del Pilcomayo. Agradezco, entonces, desde ahora, vuestra generosidad, en nombre de nuestra Santísima Virgen María, y su divino Hijo, nuestro Señor, Jesucristo".

Pasando al tema central de la misa, el padre Walter Vervoord desplegó luego una sabia reflexión personal donde, tomando como base lo leído, sobre las semillas que caen en suelo fértil, esperó -según dijo- transmitir sabiduría y elementos espirituales que esperaba les sirvieran para llevar adelante con éxito su matrimonio.

A continuación, llegó el rito central de aquella misa: el sacerdote preguntó a los novios si están allí libres, por voluntad propia, sin ser forzados...

Ambos contestaron que sí.

Entonces, el padre Vervoord quiso saber si estaban dispuestos a amarse y a respetarse, el resto de sus vidas. Y si recibirían amorosamente a sus hijas e hijos, bajo la voluntad de Dios.

Samir y Walid contestaron:

-¡Sí, padre!

-Unan sus manos, pues, y manifiesten su consentimiento ante Dios y ante la Iglesia -les fue indicado.

Walid Leibe tomó entonces de las manos a Samir Saadi, diciendo:

“Yo, Walid, te recibo a ti, Samir, como esposa. Y me entrego a ti, prometiendo serte leal en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad... Y así amarte y respetarte todos los días de mi vida”.

A lo cual Samir Saadi respondería:

“Yo, Samir, te recibo a ti, Walid, como esposo. Y me entrego a ti, y prometo serte leal, en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad... y así amarte y respetarte, todos los días de mi vida”.

Luego de haberse aceptado los novios como esposos, el sacerdote procedió con la bendición de los anillos de matrimonio:

-El Señor bendiga estos anillos, que van a entregarse uno al otro, en señal de su amor y fidelidad -expresó, entonces, el sacerdote.

Walid extendió el estuche con la argolla de oro reluciente sobre terciopelo negro a Samir, quien tomándolo, lo colocó delicadamente en un dedo de la joven.

De inmediato ella repitió el ofrecimiento, y recibió a su vez el anillo de oro, que simbolizaba un amor con aspiraciones a prolongarse para siempre. Para colocárselo, a su vez, en el dedo medio de la mano izquierda de Walid.

-En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo- bendijo el sacerdote, efectuando con una mano la cruz en el aire, sobre sus cabezas, mientras mantenía su otra mano abierta sobre el corazón.

En aquel momento, estalló un aplauso incontenible de entre la multitud, prolongándose por uno o dos minutos. Luego de ello, los novios regresaron a sus lugares, en los primeros asientos, junto a sus familiares.

La ceremonia avanzó hacia su parte final con el Credo, las ofrendas del pan y del vino -como representación del pan de vida y el cáliz de salvación, en memoria a la muerte de Jesucristo-; el Padre Nuestro; los saludos de paz y amistad entre todas y todos los presentes, para finalmente realizar las lecturas del Cordero y de la Comunión.

Después de haber compartido el cuerpo y la sangre de Cristo, quienes quisieron hacerlo, el clérigo impartió una oración final, imponiendo las manos a los presentes, casi todos de rodillas. A continuación, bendijo otra vez la unión del nuevo matrimonio. Y pidió para ellos la protección de Dios y el Espíritu Santo sobre su hogar. Finalizada así su ceremonia de boda católica, el oblato Walter Vervoord, misionero de la comunidad aborigen de los Nivaclé, en el Chaco Sudamericano, brindó a la concurrencia su bendición general y los despidió en Paz.

Mientras los invitados se iban dirigiendo a las afueras del templo, acompañados por el canto del coro parroquial a la virgen María, el presbítero hizo firmar a los esposos el acta de matrimonio, junto a sus testigos y padrinos.

Luego de ello, Walid y Samir posaron para algunas fotos, cerca del altar. Posteriormente se dirigirían, tomados de la mano y seguidos por los padrinos, sus padres y los pajecitos, hacia la salida de la iglesia. Donde los esperaban amigas y amigos, que les lanzaron arroz, más una lluvia de flores y hojas pequeñas, mientras continuaban los aplausos. Hasta que hubieron terminado de recorrer el breve trecho que separaba las escalinatas del templo de la limusina con chofer, estacionada al frente.

La fiesta en el Hotel Baron de Suncho Corral sería recordada por décadas entre las clases medias y altas de esta población.

Además de la bonita y talentosa Lena Young, acompañada de un cuarteto con batería, piano, contrabajo y saxofón, hubo solistas y una orquesta de tango, el Grupo Carioca, que interpretaron música bailable hasta el amanecer.

Los últimos en retirarse, satisfechos, casi siempre algo ebrios, bromeando y riendo continuamente se fueron alejando pues, algunos caminando, otros en automóviles, mientras se oían cada tanto los cantos de gallos, y los primeros resplandores del sol comenzaban a arrancar destellos, aquí y allá, a los adoquines de los empedrados, húmedos por el rocío.

Alberto se despertaba temprano aunque se hubiese acostado tarde. Se levantó; había comido demasiado la noche anterior, así que decidió no desayunar. Llevando su valija al tocador, seleccionó ropa de campo. Luego de lavarse la cara y peinar prolijamente hacia atrás su pelo oscuro, se puso una camisa color ocre, un breech gris a cuadritos, medias de lana fina y botas ajustadas a la pantorrilla; antes de salir se calzó una elegante campera corta, de cuero marrón.

Eran las nueve y cuarenta de la mañana. Salió a la ancha ruta de tierra cubierta de pedregullo, para ir caminando a la casa de su amigo, Pedro Rímini (hijo), con quien debía encontrarse a las diez. Vendrían también el comisionado, Enzo Pernigotti y Leopoldo Beltrame, hacendado local.

Era una mañana hermosa del invierno santiagueño, en las cuales difícilmente hace menos de 2 grados centígrados temprano, para ascender esta temperatura a medida que se instala el regio sol, que convierte en casi primaverales aquellos días. Disfrutó del aire limpio, el cantar de los pájaros, las arboledas frondosas a ambos costados del camino, hasta llegar. Pedro estaba en la tranquera de su propiedad, esperándolo.

Su padre, también llamado Pedro, había sido uno de los colonos que aprovechó el auge económico de la década de 1890, en la cual arribaron a la zona centenares de obreros europeos, junto al ferrocarril, y convirtió en poco tiempo la franja que atravesaba el resto de la provincia, hacia El Chaco, en un proceloso tramo productor y comercial.

Por su parte, los Rímini habían aprovechado muy bien el don privilegiado de Suncho Corral, de poseer dos bifurcaciones del río Salado atravesando su territorio, con un estrecho y hondo brazo transcurriendo por entre dos barrancas de siete metros, que forman un dique natural de fácil aprovechamiento. Allí se construyó un muro y una exclusa, para convertirlo en la poderosa fuente de provisión acuática de la que disfrutaban hoy, tanto los habitantes de esta pequeña ciudad como el resto de las haciendas y explotaciones forestales que se diseminaban desde Añatuya al Chaco, pasando por Tintina y Weisburd..

En uno de los remansos, los Rímini habían instalado una potente bomba a motor, con cuyos chorros de hasta cinco metros de diámetros regaban la hermosa quinta de su propiedad. Por su parte, la municipalidad había comprado luego la inmensa perforadora a los ingleses que construyeran en Ferrocarril. Con la cual perforó un pozo que hoy servía para proveer de agua a toda la población -de unos 2.600 habitantes. También las casas disponían entonces ya, hacia principios del siglo XX, de electricidad... Y, además de otras comodidades urbanas, un cine, propiedad de la empresa local North Argentina Films, del santiagueño Guillermo Renzi.

Como los otros amigos aún no habían llegado, Pedro Rímini llevó a Alberto Revainera a recorrer la finca, donde hasta el momento trabajaban cuarenta y cinco hectáreas alfalfadas y veinticinco hectáreas de huerta. Con 2.500 árboles frutales de mandarinas, naranjos, limones, duraznos, almendras, ciruelas, higueras, granados y membrillos. Había una sección de viñedo con cien plantas de uva moscatel y ochocientas en almácigo. En las diez hectáreas sembradas con legumbres las había de todas clases: habas, arvejas, espárragos, alcachofas, tomates, espinacas, lechugas escarola, remolacha, chauchas, cebollas, rábanos, zanahorias, acelgas y árboles de palta. Entre las arboledas se había abierto un paseo de plantaciones de adorno, eucaliptus, mimosas, palmas, álamos, moreras y tamarintos, que en amplia calle llegaban hasta la edificación central donde residían los Rímini con sus familias.

Apareció entonces un muchacho muy moreno en bicicleta, para avisar que habían llegado los otros amigos con quienes Alberto Revainera y Pedro Rímini querían conversar, esa mañana. Así que regresaron al hogar de la familia propietaria, en cuyo salón de reuniones

estuvieron conversando sobre temas relacionados con sus negocios rurales, hasta pasadas las 12:45 del mediodía.

El señor Schneider había preparado un almuerzo especial, compuesto por comidas criollas y árabes, para agasajar a sus huéspedes. Como a las dos de la tarde pudieron reunirse con el padre Vervoord, quien había salido, también, con el propósito de cargar bolsas con donaciones de alimentos ofrecidos por algunos vecinos de Suncho Corral. Ya situados alrededor de una ancha mesa redonda, de algarrobo, sobre la cual había tendido un primoroso mantel de lino con bordados en tonos coloridos, componiendo delicados ramilletes de flores, vieron llegar al alto y esmirriado sacerdote alemán. En el tránsito de este por el ancho comedor hasta donde los Revainera Saadi esperaban, Alberto pudo observar su raído traje negro, casi gris por el gasto temporal y la infinidad de polvaredas que debía de haber atravesado. No pudo evitar sentir algo de vergüenza, con su vestuario tan prolijo y compuesto por prendas de calidad refinada, algunas de importación. Al igual que las de su esposa y sus niñas.

-Buen día, padre... es muy trabajador usted... - exclamó Alberto, como bienvenida.

-Buen día, Alberto, buen día señora Maira, buen día señoritas Cecilia y Griselda... - contestó el padre Vervoord, quien había aprendido el nombre de todas.

Con serenidad emprendieron el disfrute de los sabrosos platos que iba trayendo una joven mucama, de impecable guardapolvo marrón y modales discretos.

-Cuéntenos algo de la Misión del Pilcomayo, padre Walter -pidió Maira- pero no, primero algo de usted... es alemán... ¿quenó? ¿sus compañeros también? ¿Cómo decidieron venirse a trabajar entre los aborígenes chaqueños?

-Somos todos alemanes... -contestó el padre Vervoort - Fue iniciativa de nuestra orden, en 1925... cuando se envió una delegación de voluntarios, encabezada por el Padre Enrique Breuer, junto a los padres Lambertz, Widman y Kremer… Respecto de mí... También vine como voluntario, un poco antes... pero a Bolivia...

-Ah estuvo en Bolivia primero...

-Sí... lo hice poco después de ordenarme como sacerdote, en 1921... en mis primeros destinos como sacerdote, en Alemania, había conocido algo de las misiones en el Gran Chaco Americano... y me ilusionaba la idea de ser útil a una causa tan noble, por una parte, aunque también, lo confieso, alejarme de Europa... donde se vivía aún cierto clima crispado por las consecuencias de la guerra...

-¿Usted estuvo cerca de la guerra, padre? -preguntó Alberto.

-¡Sí, sí!... ¡estuve adentro de la guerra! Tan es así que no pude ordenarme como sacerdote pues, cuando estaba en el último año del seminario fui incorporado por el Ejército Prusiano para el servicio militar obligatorio... Me enviaron al frente, recibí dos disparos en el cuerpo y así, herido, me capturaron los franceses. Salí de la cárcel recién en 1919... pasé dos años allí...

-¡Oh, Dios mío! ¡Qué dolorosa experiencia!... -exlamó Maira.

-...Las personas que viven en paz no imaginan lo espantosas que son las guerras... por respeto a las niñas, evitaré contar lo que llegué a ver en las trincheras... Baste decir que la palabra horror es demasiado pequeña para sugerir siquiera una sola imagen de la guerra, a quien no la vivió. Sin embargo, los humanos no aprenden... ahora mismo, como una fatalidad de mi destino, estoy con mi comunidad, otra vez, en medio de una guerra cruenta... la de Bolivia contra el Paraguay... que se está llevando miles y miles de víctimas... sin que el mundo occidental casi ni se entere...

-¿Fue por esta guerra de Bolivia y Paraguay que se vino al Chaco, padre?

-En parte sí... Más bien por lo ocurrido con el padre Breuer, quien había sido expulsado a causa de un incidente con un comandante del Ejército Boliviano... en parte, vine a cubrir el espacio que él se había visto obligado a abandonar, para regresar, contra su voluntad, a Alemania... aún está allí...

-¿Qué ocurrió?- se interesó Alberto -¡Cuéntenos, padre, si no le molesta!

-Desde que el Ejército boliviano ocupó el norte del Gran Chaco, incitado por grandes empresas petroleras inglesas y estadounidenses, sus oficiales y soldados comenzaron a acosar a las jóvenes aborígenes, a quienes sometían a sus abusos, de todo tipo. El padre Breuer se opuso con gran valentía, acompañado, por cierto, con los otros sacerdotes y laicos de nuestra misión. No habiendo logrado que su comandante les pusiera freno... peor aún: el mismo comandante cometía parecidos abusos... el padre Breuer viajó a La Paz, e inició una denuncia judicial. De la que, luego de algunos meses, saldría condenado este comandante abusador. Cómo el Poder Judicial no tiene jurisdicción sobre los ejércitos, la condena sería más bien simbólica; aun así, sirvió para que la plana mayor sancionara a este oficial superior, y lo trasladara a otro destino, en Bolivia, como castigo. Ese militar no perdonaría al padre Breuer por su denuncia. Luego de un año, más o menos, al estallar la guerra con el Paraguay... volvieron a enviar al mismo comandante, de nuevo a nuestro Chaco. Vengativamente, el boliviano sometió a todo tipo de ataques al padre Breuer... y, como imaginan, recomenzó con sus acosos y los de sus soldados a las niñas aborígenes. Entonces fue que ofrecí al padre Breuer ocupar su lugar... con anuencia de nuestros superiores, así, determinamos este relevo... provisorio, según creo...

Ni Maira ni Alberto se atrevieron a preguntar más. Con ponderación, la joven mujer hizo un comentario elogioso sobre el *keepe* que estaban saboreando. De allí, la conversación fue encaminándose hacia apreciaciones sobre el proceso, dilatado y concienzudo, que aplicaban las

cocineras árabes, para obtener esta ya tradicional comida que se había incorporado definitivamente al repertorio habitual de la gastronomía santiagueña más egregia.

Como a las cuatro de la tarde, luego de compartir un café con el señor Schneider y los Revainera Saadi, el padre Vervoort partiría hacia su comunidad aborigen de El Chaco, manejando una camioneta Chevy Trucks modelo 1928, con su caja trasera cargada hasta el techo de bolsas, repletas de ropa, hortalizas, frutas y un tambor metálico de 200 litros, lleno de miel.

Mientras tanto, el centro se había venido colmando con puestitos de venta con todo tipo de alimentos portables, artesanías, juegos para niños y otros pasatiempos, algunos de ellos con victrolas sonando a todo volumen con musiquitas de moda.

Ya se había montado un gran escenario, donde actuarían varios conjuntos de Añatuya, Icaño, Selva, Pinto, Colonia Dora y otros poblados más o menos cercanos. Con la coronación, por cierto, de la presencia estelar de Tránsito Cocomarola, quien desde el día anterior se hospedaba en el hotel Baron.

Así, Suncho Corral celebraría esa tarde, hasta la madrugada siguiente, el casamiento de dos de los jóvenes más bellos y ricos de aquella región santiagueña.

Imagen tomada del libro Pioneros en El Chaco - Misioneros Oblatos del Pilcomayo. Padre Miguel Fritz, OMI. Ediciones Abya Yala, Quito, Ecuador, 1999.

Capítulo 12

Desde mediados del siglo XIX, en que la “política de puertas abiertas” es impuesta por Buenos Aires a toda la Federación Argentina, comienzan programas estatales de la metrópoli para subsidiar inmigración europea hacia nuestro país.

Dando continuidad al proceso que, desde 1800, partía del repudio a la civilización hispánica, junto a una oscura fobia hacia las etnias aborígenes, principalmente por parte de la oligarquía porteña. Bajo un singular nimbo político de jubileo, luego de la “solución final” aplicada por el militar tucumano Roca. Quien, financiado por aquella oligarquía vacuna de Buenos Aires, aniquila a los aborígenes del Centro y Sur argentino: legítimos custodios naturales de aquel espacio físico que habían habitado, durante milenios.

Roca entregó, casi gratuitamente, aquel fecundo territorio, a dos o tres centenares de familias porteñas. Las mismas que convierten al aventurero tucumano, apenas terminada su “Conquista del Desierto”, en presidente de la República. Por medio de elecciones fraudulentas - como todas las que se venían efectuando, en la Argentina, desde 1820.

Mitre y Sarmiento habían preparado antes el terreno político nacional, para ponerlo al servicio de Buenos Aires y de Inglaterra. Masacrando sistemáticamente a las fuerzas militares provincianas, durante la década de 1860.

Luego, estos mismos socios emprenderían el destrozo de la única potencia industrial Sudamericana, aflorada por mérito propio: la República del Paraguay. Invadiéndola para repetir el genocidio, contra paraguayos y jesuitas, efectuado por mercenarios brasileños en el siglo XVII. Esta vez, los sicarios de Mitre iban junto a grandes ejércitos brasileños y uruguayos. Los tres armados y equipados con préstamos, en libras esterlinas, otorgados por bancos ingleses. Los cuales endeudarían, por más de un siglo, a toda la futura población argentina.

La "República Liberal Agroexportadora" de Roca, Mitre, Sarmiento, Alberdi, junto a enjambres de ávidos oportunistas provincianos, emergentes del mediopelo social, y la pichinga oligarquía porteña, se fundaba en tres simples conceptos:

1) Supuesta ineptitud de la raza española, displicente, degenerada, reblandecida, tras 800 años de regencia árabe y paulatina agnación con ella. Así como su posterior mestizaje masivo, con casi todas las etnias originarias de América. O hasta incluso con esclavas y esclavos negros. El cual mestizaje, había arrojado ese producto singular, denominado el "criollo", o "gaucho" (anagrama del aimara "guacho"). Al cual, en particular, las clases "propietarias" del puerto, detestaban. Por haber obstaculizado, sistemáticamente, sus sanguinarios intentos de controlar absolutamente el poder, desde incluso antes de la independencia nacional.

2) La supuesta inferioridad "natural" y "barbarie" biológica de los habitantes originales -llamados "indios" por los europeos- de la ahora flamante República Argentina.

3) La presunta superioridad de las razas rubias del norte y centro de Europa, en especial las anglosajonas y germánicas. Según los tenebrosos cerebros de los "fundadores liberales", fascinados por los encantos de ingleses, franceses y holandeses.

El proyecto proclamado de estos "civilizadores" porteños consistió, así, en subsidiar la inmigración masiva de inmigrantes rubios a la Argentina. Buscando construir un "país blanco e ilustrado", donde antes solo habían existido -según su alucinada percepción-, salvajes feos, impresentables, junto a europeos meridionales, decadentes y perdedores.

La depresión económica mundial del capitalismo en 1890, precipitó lo que sería una constante repetida, para el devenir económico de la humanidad bajo este sistema administrativo: retracción y blindaje de las grandes fortunas, garantizada por los estados, de los más ricos, dueños de los bancos y gobernando los países, de un modo abierto o encubierto. Y el cautiverio, bajo espantosos períodos de pobreza masiva, sobre el resto de la población: clases medias, trabajadores industriales, administrativos, comerciales y campesinos.

Viendo esta circunstancia como una oportunidad para su proyecto de sustitución étnica, el liberalismo oligárquico de Buenos Aires organizó operativos de seducción en Holanda, Suecia, Alemania, Polonia, Checoeslovaquia o Irlanda y Escocia. Fracasó, pues los pobres de aquellas tierras prefirieron, casi en su totalidad, emigrar a los Estados Unidos de Norteamérica. Entonces debieron conformarse con inmigrantes semi-rubios: esto es, italianos del Norte (si era posible), algunos franceses bastante equívocos y alemanes del sur, sicilianos, napolitanos, genoveses -muchos de ellos "moros"- y, de nuevo... españoles, principalmente gallegos...

Este proceso, efectuado con el apoyo de los grandes millonarios vacunos de la aún rústica oligarquía terrateniente porteña, y usurarios préstamos e inversiones financieras de los ingleses a través del Estado Argentino, generó una repentina movilidad social, acelerada industrialización de algunas regiones -especialmente Buenos Aires, Rosario y Córdoba-, durante la década de 1880, que se prolongaría, aunque a los tumbos, hasta bien entrado el primer trienio de siglo XX.

La Casa del Pueblo de La Banda estaba notablemente concurrida, la tarde del sábado 10 de agosto de 1935. Numerosas personas, prolijas, aunque sencillamente vestidas, componían un singular público -para lo habitual de Santiago del Estero. Se trataba, mayormente, de familias relativamente jóvenes y también varios ancianos o niños, casi todos blancos, muchos rubios, algunos con tonadas nítidamente extranjera. Habían pasado unos minutos de las 18:00 cuando se escuchó, desde la bocina amplificadora colocada junto al escenario, la llamada del locutor. Quien solicitaba a los asistentes tomar ubicación en las sillas del gran patio, con techos de chapa. Pues iba a comenzar el acto. Aquella tarde el Partido Socialista Argentino, regional Santiago del Estero, celebraba el día de su Fundación.

-Se cumplen hoy, ya, 37 años desde la fundación de nuestra central santiagueña del Partido Socialista Argentino -comenzó su presidente, el señor Federico Mackeprang-. Apenas dos años después de que el doctor Juan B. Justo, preclaro médico, periodista, político, parlamentario y escritor argentino, lo fundase en nuestra Nación -continuó.

"Numerosas circunstancias, felices, alentadoras, y también de las otras, hasta algunas, incluso, dramáticas, hasta trágicas, han jalonado la existencia de nuestra hoy sólida organización política. Desde aquella tarde en que naciera, de un pequeño grupo, compuesto mayormente por inmigrantes, en la relojería de nuestro apreciado y nunca suficientemente bien ponderado camarada Fortunato Molinari. Local que todos conocen, ubicado en el centro de nuestra capital, Santiago del Estero.

"Es necesario mencionar algunos nombres de los fundadores, como acto de justicia, a su tesonera actividad, y compromiso con los derechos de los trabajadores y el futuro socialista de nuestras próximas generaciones. Pues perdura su presencia cotidiana en los logros de nuestra organización, hasta el día de hoy.

“Ellos son: don Pedro Piergiovanni, don Eugenio Pesarini, don Romulo Rava, don Cristóbal Vert, don Adrián Padroni, don Gaspar Cesar, don Tadeo Ugo... acompañados siempre por sus respectivas esposas e hijos.

“Muy pronto surgirían, pujantes, los centros socialistas de La Banda y Frías... para seguir diseminándose enseguida por Añatuya, Monte Quemado, Suncho Corral, Colonia Pinto, Icaño... hasta alcanzar hoy varias otras localidades del interior santiagueño”.

Mackeprang siguió en este tono unos veinte minutos más, describiendo someramente el proceso de creación de bibliotecas públicas, como la Biblioteca Alberdi, de Santiago del Estero, y la edición de periódicos militantes, como 1º de Mayo, o Alborada, entre otras publicaciones propias. Para ceder luego el uso de la palabra al presidente del Centro Socialista de la ciudad de La Banda, el señor Bernardo Irurzun.

-He sido criticado en numerosas oportunidades por mi vocación política frentista y democrática -introdujo Irurzun en su arenga, después de haber hablado, también, unos diez minutos, sobre los logros y dificultades, durante el proceso de construcción socialista, que comenzara aquel agosto de 1898, en la provincia de Santiago. -Una vez más- continuó- ante nuevas acusaciones, esta vez de ex camaradas, hoy militantes del partido comunista de Stalin; quienes pese a ello, tienen acceso a las columnas del diario El Liberal, esta vez, adjudicándome supuestas complicidades con la masonería santiagueña. Deliberadamente reproduzco la palabra “complicidades”, pues así fue publicada por el periódico de marras -aunque, por cierto, con la firma del supuesto autor, un tal Bernardo de Ubiaurrez. Probablemente miembro de la Liga Patriótica Argentina, dados los conceptos expuestos a lo largo de la nota, de la más desembozada filiación fascista, antiobrera y falsamente nacionalista.”

Un estremecimiento recorrió al público presente, al recordar la sangrienta represión aplicada por el Ejército Argentino, a las huelgas obreras forestales y ferroviarias de 1919, en apoyo al paro nacional y protesta activa que pronto sería calificada por la prensa como “La Semana Roja”. Si bien algunos de los presentes eran muy jóvenes o niños cuando ocurrieran los sucesos mencionados, todos habían recibido, de sus padres y sus abuelos, abundante información, durante su vida cotidiana, a lo largo de todos estos años. Allí habían participado, como colaboradores civiles de la policía y los militares, comandos armados de la Liga Patriótica. Organización financiada por los más poderosos millonarios y terratenientes argentinos.

-Debo ratificar, una vez más, por si hiciera falta, la absoluta vocación democrática, pacifista y no violenta de nuestra organización política. Siempre hemos sostenido, aquí y en todo el mundo, a través de la Internacional Socialista, que construiremos nuestra revolución por medio de las ideas. Es decir, a través de la Educación sistemática, la difusión impresa u oral, la actividad sindical lícita, la representación política, obtenida, en todos los casos, por elecciones populares libres, efectuadas con respeto irrestricto de las leyes vigentes en todos los estados nacionales, provinciales o municipales.

“Gracias a ello hemos tenido, como se sabe, el honor de obtener y ejercer la representación política en numerosos cargos, tanto en la Legislatura nacional, como en la provincial y municipal, en los últimos cuarenta años.”

Después de la extensa exposición de Irurzun, el locutor anunció la palabra de Ismael Soria, representante de la Juventud Socialista Santiagueña. Quien acudió presto, para hablar de pie frente al escenario, a través de un micrófono conectado por un larguísimo cable al equipo de amplificación. Sobre el tablado, permanecieron sentados los presidentes de la capital santiagueña y de La Banda, junto a tres ancianos, representativos del ya consolidado Partido Socialista en Santiago. Luego de los agradecimientos y algunas generalidades, el joven -un moreno alto, con cabello crespo aplastado a la gomina y rasgos de afrodescendiente, de expresión muy enérgica-, pasó al meollo de su arenga, con particular énfasis:

-Sin duda los sucesos ocurridos en enero de este año, con motivo del absurdo juicio y fusilamiento del cabo primero Luis Leónidas Paz fueron, al mismo tiempo, una prueba de fuego para nuestra abnegada Juventud Socialista, a la vez que una oportunidad para demostrar hasta donde las ideas socialistas y populares están calando hondamente en la consciencia y la acción política de nuestro pueblo.

“Millares de humildes pobladores de todos los barrios santiagueños, inundaron las calles del centro de la ciudad, para protestar frente al regimiento de nuestra ciudad, como en la plaza pública y la casa de gobierno, solicitando el indulto presidencial inmediato para nuestro suboficial, condenado por un tribunal casi secreto, al fusilamiento. Por el solo delito de haber defendido su honor y su dignidad humana, ante un oficial abusador, que pretendía ejercer un derecho medieval, seduciendo a su novia, con quien legítimamente y por su fe católica nuestro cabo primero Paz se disponía a contraer matrimonio la semana siguiente.

“Sabemos que el gobierno de la burguesía terrateniente y financiera concentrada en Buenos Aires desoyó nuestro lejano clamor, ejecutando sin demoras un fusilamiento casi a escondidas en el patio de armas del regimiento. Debemos rescatar, sin embargo, la digna actitud democrática y representativa de nuestro gobernador, Juan Bautista Castro, de la Unión Cívica Radical Unificada. Quien, en todo momento bregó por el indulto a nuestro joven comprovinciano, tal como lo había prometido, desde los balcones, al pueblo reunido frente a la casa de gobierno.

“Por el contrario, nos toca señalar, con tristeza, actitudes ultra izquierdistas y contrarrevolucionarias, divisionistas, en algunos sectores de nuestro propio partido. Que vienen promoviendo ideas abstractas, incompatibles con nuestro ideario marxista, como ser la opción “indigenista” o un “nacionalismo criollo”. Además de la aplicación de métodos de acción directa, peligrosos y voluntaristas. Como los cortes de vías. para los trenes, donde durante los tristes sucesos de 1919 y otros posteriores, promovieron la colocación de inmensos peñascos sobre las vías férreas, interrumpiendo así el ciclo productivo durante varios días, perjudicando

con ello no solo a la burguesía sino también a los trabajadores. Quienes debido a las osadas acciones mencionadas, de pequeños grupos, se quedaban sin recibir sus jornales cotidianos, únicos sostenes para sus muy modestas familias.

"También estos indigenistas y criollistas, en alianza con anarquistas o comunistas stalinistas, se ocupó este verano, de incendiar edificios públicos, como la catedral, los principales diarios u otros destacamentos administrativos, socavando así la credibilidad de nuestra inmensa movilización popular pacífica..."

Muy aplaudido por la concurrencia, el joven Ismael Soria se retiró luego a su lugar entre los asistentes. Con lo cual se daría por terminada la conmemoración ideológica de aquella tarde. Para pasar a un lunch popular, con sándwiches de miga esparcidos aquí y allá sobre largas mesas-tablones, donde también había empanadas, soda y Naranjín -una bebida dulce elaborada por una pequeña fábrica bandeña, regenteada en cooperativa por socialistas- y también alfajores, masitas, bizcochos, junto a otras numerosas manufacturas panaderiles, producto de las laboriosas cooperativas socialistas de la ciudad de La Banda y otros pueblos santiagueños, presentes allí con sus delegaciones y aportes alimentarios para esa ocasión.

Capítulo 13

Genaro Coria era hijo de Dolores -"La Dolo"-, soltera, y vivía con su madre, ocupando tres hectáreas a unos 8 kilómetros de la ciudad de Santiago del Estero. Esa mañana de agosto, 24, domingo, luego de tomar algunos mates amargos desde las cinco, mientras miraba el delicioso ascender del sol sobre los bosquecillos florecientes, que abrazaban su vivienda, desde la galería, se dio un baño con agua tibia; en el espacioso cubículo, construido especialmente para ello, a unos veinte metros de la casa. Se calzó una camiseta de lino, camisa verde claro, lisa, de la misma tela, bombacha verde oscura y botas marrones. Luego, silenciosamente se preparó un jarro de matecocido, al cual añadió media tacita de leche. Colocándolo sobre la mesa de la cocina, extrajo un chipaco de los varios envueltos que guardaban en un aparador, poniéndolo tranquilamente sobre un plato de madera, para cortar trocitos y masticarlos serenamente, mientras sorbía de a traguitos el matecocido con leche. Después lavó taza y platos, situándolos entre los cuadros de un escurridor sobre la mesada junto al brasero de ladrillos. Nuevamente, en el baño del patio, frente al espejo, cepilló escrupulosamente su dentadura con una mezcla de jabón de cebo, ceniza y agua. De allí regresó a su cuarto, extrajo una camperita de loneta marrón y se la colocó, observándose rápidamente de arriba a abajo frente a un gran espejo vertical, puesto junto al ropero, sobre tacos de quebracho, contra la pared. Con el fulgor de la luz matutina filtrándose por entre la tela metálica de la ventana oriental, se calzó el sombrero, marrón, de anchas alas, dándole una leve inclinación sobre el lado izquierdo de su faz. Y fue a despertar a su madre, antes de salir.

Dolo respiraba plácidamente en la semioscuridad de su cama de dos plazas, cubierta por sábana y liviana frazada. Sentándose silenciosamente junto a ella, en el borde, Genaro acarició con la mayor suavidad que pudo su mano izquierda, encallecida por el cotidiano trabajo de las huertas en su campo.

-¿Mamá?- le dijo, cuando la mujer, como de sesenta años, entreabrió los ojos: -Buen día. ¿Dormiste bien?

-Sí hijo..

-Voy a buscar a Edith... -continuó Genaro. -Vamos a ir a Guampacha. A lo de los Ulalos. Volveremos por la tarde, recién.

-Bueno hijo... así habíamos quedado... Ya como a las nueve van a venir la Celina con su marido y sus hijos, para pasar el día aquí... me van a acompañar... andá tranquilo.

-Bueno mamá- contestó Genaro. Y luego de darle un beso en la frente, salió.

Dolo había concebido a Genaro a los quince años durante un noviazgo con cierto joven de Loreto -población original de ambos, en el Sur santiagueño. El padre de la criatura, con 19 años de edad, le propuso librarse del niño apelando a un aborto quirúrgico. Dolores se negó; entonces su novio la abandonó y se fue a vivir en Córdoba. Hija de pequeños comerciantes loretanos, Dolo decidió trasladarse sola, con su bebé en el vientre, a la capital de Santiago. Donde, embarazada aún, desmontó un pedazo de terreno, en las afueras de la ciudad, levantó un rancho sobre horcones, con techo de cartón, barro, ramas de árboles y paredes de lona. Su padre y su madre la habían surtido de algunos vestidos para ella y ropita para el niño, un poco de dinero y herramientas esenciales: palas, azadas, rastrillos, un rudimentario arado antiguo con un barzón de quebracho colorado y pocas otras cosas. Con las que se las arregló para empezar una huerta. Las primeras cosechas le permitieron ofrecer cebollas, tomates, higos, tunas -recogidas del monte, donde abundaban-, perejil, zanahorias, lechugas y remolachas, en el Mercado Armonía. Adonde llegaba caminando, como a las 8 de cada mañana, con su niñito en brazos. Dos o tres años más tarde, conseguiría un puesto en alquiler, por gestión del concejal Sández, Demócrata Progresista, cuya familia cotidianamente se surtía en su pequeño negocio.

Genaro creció, se educó y fue madurando en esa rutina: levantarse a las cinco de la mañana, transitar los ocho kilómetros que los separaban del centro de la ciudad en un carro tirado por mulas, almorzar frugalmente en otro puesto del mercado, donde preparaban todo tipo de comidas para una gran clientela campesina, y regresar cada tarde a su creciente propiedad semirural. Cargando otra vez el carro con los productos que ofrecerían al día siguiente, para recién luego bañarse y cenar junto a su madre.

El niño pudo cursar la escuela primaria, antes de decidir trabajar a jornada completa en la verdulería de su madre, pese a que Dolo insistía para que estudiase Magisterio.

Los años pasaron rápido. A los 45, Genaro continuaba soltero, ya sin intención de formar pareja permanente. Habiendo satisfecho sus moderadas necesidades sexuales durante la juventud, principalmente en una casa de citas denominada Pompeya, ubicada en El Cruce, La Banda, que sostenían algunas familias ucranianas.

De personalidad apacible, Genaro no tenía vicios, tampoco vida social, más allá de la cordialidad somera intercambiada con las clientas y clientes en cada semana.

Le gustaba leer. Cada sábado por la tarde se sumergía en la lectura de algún libro o revista, interrumpiendo esa labor intelectual únicamente para cenar con su madre y continuar, a veces, hasta el amanecer. No disponían de electricidad, por lo cual, habían ido adquiriendo lámparas Petromax -a gas de kerosén-, a medida, asimismo, que ampliaban su vivienda con nuevos ambientes. En su parte de la casa ahora -en 1935- Genaro contaba con una pequeña sala de Lectura, junto a su dormitorio. En ella se había construido una estantería de algarrobo, donde, entre varios libros adquiridos en Tucumán, Santiago y mayormente por correspondencia, destacaba la colección completa de *El Tesoro de la Juventud*. Enciclopedia de Conocimiento, en 17 tomos. Un compendio de libros impresos y distribuidos en Hispanoamérica por la Editorial Jackson. La edición argentina ─dirigida por Estanislao Zeballos─ era redactada y supervisada, entre otros, por Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó y Adolfo Holmberg. Cada tomo, encuadernado en tela e impreso en papel satinado, incluía cuentos tradicionales, poesías, biografías de hombres y mujeres famosos, información sobre temas científicos, geográficos, históricos, literarios; lecciones de francés e inglés; manualidades; juegos, canciones, con excelentes ilustraciones y fotografías.

En su liviano sulky, tirado por un solo, ágil potrillo, Genaro llegó a la casita de su amiga Edith Saganías a las ocho de la mañana en punto. Con el mango de su rebenque, golpeó tres veces el apoyabrazos del vehículo. Menos de veinte segundos después apareció Edith en el hall de su altillo. Llevaba anchos pantalones marrones, con cuadros pequeños de color negro sobre rayitas grises, zapatillas con gruesas plantas de goma, camperita gris sobre una chomba negra, cuelloalto. De su hombro colgaba una cartera de color marrón oscuro.

-¿Cómo está Olimpia?- preguntó Genaro, luego de saludar afectuosamente a su amiga.

-Durmiendo-, contestó ella. -Sabe que debo ir con vos a visitar a los Ulalos, así que va a estar tranquila.

-¿Conoce ella a algún Ulalo?

-A Zapa-, dijo Edith. -Y a Umbídez.

-Ah.

Genaro no era un hombre demasiado locuaz. Por el contrario, difícilmente hablaba si alguien no le preguntaba o decía algo. Así, intercambiando frases de vez en cuando, más bien

disfrutando de la mañana casi primaveral, llegaron bastante rápidamente Guampacha. Allí se introdujeron entre pasadizos montañosos, para desembocar, luego de varias vueltas, en un pequeño valle. En el cual, contra una de sus paredes rocosas, se divisaba una ancha puerta natural. Ataron el sulky a un fornido arbusto junto al muro granítico, y se introdujeron para internarse en el relativamente corto pasadizo interior. Como a las nueve y media de la mañana llegaron a inmenso patio subterráneo, como de trescientos metros de diámetro -calculó Edith-, donde bullía la actividad silenciosa de los Ulalos. Seres pequeños en relación con nosotros, con rasgos exteriores muy tenues, sin claras diferenciaciones de sexo, que se movían de un lado a otro como si flotaran en vez de caminar, no parecían tocar el suelo ni se movían sus piernas: pero se desplazaban. Llevaban vestidos parecidos a túnicas, hasta las pantorrillas, aunque algunos iban vestidos con una especie de mamelucos, de diversos colores, irisados, emanando fulgores evanescentes.

Aquel era un día importantísimo para Edith. Pues se le había comunicado que sería aceptada en la comunidad universal de los Ulalos. Para colaborar activamente con ellos, desde su condición de humana. Hasta entonces, solo había conversado esporádicamente con el joven doctor Peña, quien finalmente se le había manifestado como un Ulalo. Presentándole más tarde a Umbídez. Secretario administrativo del Superior Tribunal de Justicia de la Provincia de Santiago del Estero.

Alrededor de un bellísimo mesón de piedra, la recibieron tres seres de ojos grandes, cuyas pequeñas figuras parecían titilar, emanando una simpatía extremadamente agradable, para estos privilegiados que los visitaban y podían verlos, conversar con ellos, y hasta estrechar sus manos, si lo decidían. A diferencia del común de la Humanidad. Para quienes los Ulalos, en caso de introducirse entre ellos, adoptaban apariencia humana, o sencillamente se volvían absolutamente invisibles.

Luego de algunas gentilezas formales, el Ulalo que ocupaba el centro comenzó su exposición. Haciendo una reseña de las actividades que su especie -única en el mundo, situada solo en la región argentina formada por las hoy llamadas provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja, debía cumplir, relacionándose con las otras, en casos donde fuese necesario.

-Existen centenares de especies como la nuestra -dijo el Ulalo que se había presentado como Lip- solamente en el espacio físico y energético del planeta Tierra... al igual que nosotros, no son visibles para todas las otras especies con las que, de algún modo, conviven... tal vez tú sabes que tampoco los humanos son del todo visibles, o, incluso, de ningún modo visibles para algunas de las especies que llaman “animales”... como la mayoría de las ranas, por ejemplo, que solo perciben la energía luminosa que los humanos irradian.

“En el caso nuestro, hace trescientos años, aproximadamente, venimos observando, tratando de mitigar, interviniendo en muy pocos casos, en dos problemas que se han precipitado

sobre esta parte de nuestro planeta, desde la invasión armada de los europeos, desde finales del siglo XV, sin detenerse hasta hoy.

“No tenemos facultad para reprimir, disolver, modificar, ni mucho menos eliminar, ninguno de los procesos perturbadores que se desarrollan fuera de nuestras áreas vitales de subsistencia; es decir, la primera capa subterránea de esta comarca. Nuestra función, esencialmente, se orienta a informar, detalladamente, acciones o sucesos que desequilibran -o excepcionalmente, mejoran y favorecen- a la Naturaleza local. Así como medir sus impactos presentes, llevar una crónica de acontecimientos pasados, observar emprendimientos humanos o animales potencialmente dañinos o favorables, e informar periódicamente a nuestros superiores. Otros seres, que también habitan esta región del Universo en niveles imperceptibles para los sentidos humanos, así como la mayor parte de los seres que, aún, evolucionan en cuerpos materiales.

Edith pensó que deseaba preguntar algo, y sin que dijera nada, Lip detuvo su exposición, mirándola en silencio.

-Sí-dijo el Ulalo, pregunta lo que desees.

Algo sorprendida, aunque ya había vivido circunstancias semejantes con Saúl Peña (Zapa) y Umbídez (Pol), Edith habló:

-Quisiera saber cuáles son los daños y amenazas sobre nuestra naturaleza que preocupan a la administración universal en la región de Santiago del Estero...

-El arsenicismo es una de ellas -contestó Lip- la destrucción de los bosques, otra... la sustitución caótica de las etnias humanas naturales, configuradas para convivir adecuadamente con el resto de las especies locales, otra... acompañadas por una gran serie de consecuencias directas e indirectas, como el daño a los éteres originales, por la destrucción sistemática de ambientes vitales, la introducción de innumerables bacterias, virus, organismos microscópicos y macroscópicos pertenecientes a otras naturalezas e introducidos repentinamente y de un modo violento en estas áreas... en fin.

-¿Y cuál sería mi pequeño aporte a estas actividades tan nobles que realizan ustedes?

-Si estás de acuerdo en colaborar con nosotros, te haríamos llegar, periódicamente, carpetas con descripciones de panoramas y circunstancias sobre los que deberíamos actuar, o al menos, averiguar más. Así como, también, asignarte, a medida que surjan, algunas acciones en el mundo físico de tu entorno, junto a tus amigos Ulalos que ya conoces, u otros nuevos que conocerás.

-Sí, quiero- exclamó Edith, inmediatamente.

-Gracias, Edith. Estamos felices por tu valiosa incorporación -respondió el luminoso Ulalo. E irradió hacia Edith y Genaro una apenas perceptible resonancia, que a ambos les suscitó sereno júbilo interior.

El camino de regreso les brindó el respaldo de un majestuoso cielo, que se entintaba de tonos rojizos, dorados, azules y violetas, acompañando el descenso del sol y embelleciendo la existencia de los humanos. Atrás quedaban las serranías; de vez en cuando, se cruzaban con viajeros a caballo, en sulkys, en burros o en mulas. De a ratos, también, con camiones ruidosos o, eventualmente, con automóviles, generalmente modelos antiguos, de entre 1918 hasta 1929, más o menos: yendo, o viniendo de Catamarca. Era el tiempo en que estallaban de rosa, azul, y blanco los lapachos. Cada tanto, entre las arboledas oscuras que se deslizaban hacia atrás. Mientras Genaro conducía, sin hablar, la parsimoniosa navegación del sulky.

-Genaro... - musitó Edith

El hijo de Dolo Coria torció apenas unos milímetros el rostro, curtido por el sol, hacia la derecha; sus ojos la hicieron entender que había escuchado.

-¿De dónde sacan la luz los Ulalos?

Genaro continuó imperturbable, como si no hubiese escuchado nada. Edith conocía su talante, debido a lo cual continuó, con suavidad, reflexionando:

-Hemos caminado por un largo túnel, hemos bajado, luego, hacia salones inmensos, tallados adentro de la montaña, siempre con luz... no puede ser luz natural...

Genaro continuó manejando sin hablar, mirando hacia el horizonte, en el Este, que empezaba a mostrar las primeras casitas de la ciudad de Santiago del Estero.

-¿Cómo lo hacen? -murmuró Edith.

-No sé- dijo, por fin, Genaro. Tal vez sea mejor, también, no preguntárselo...

Edith comprendió que debía ser discreta, respecto de sus nuevos amigos, y cambió de tema. Hablaron de su mamá, la Dolo. Con quien la familia Saganías había tenido, desde mucho tiempo atrás, excelente relación.

Cuando llegaron a la casita de los Coria, la Dolo ya los estaba esperando. Con una mesita para tres en el patio. Donde, sobre una colorida mantilla festoneada, lucían tentadoras porciones de chipaco, tortilla al rescoldo, moroncitos, masas con dulce de membrillo y miel. A su costado, en el suelo, un calentador a querosén mantenía en buena temperatura el agua, dentro de una pava. Para el mate dulce, con yerba misionera y poleo.

Capítulo 14

4 días después de su llegada, los alemanes comenzaron a dispersarse en tres direcciones. Un grupo partió hacia Guampacha, donde instalarían un laboratorio y comenzarían las prospecciones para yacimientos minerales que les fueran útiles, en las grutas.

El segundo grupo partió hacia Pinto. Este lugar serviría para coordinar las actividades de toda la delegación. Allí se instalaría un radiotransmisor, con el propósito principal de comunicarse con Alemania.

El tercer grupo se radicaría en Garza. Desde donde controlaría los cultivos a emprender, en coordinación con la central de Pinto.

Rápidamente, contrataron unos 150 obreros santiagueños, bajo acuerdos temporales, aunque con salarios tres veces mayores a los pagados por los contratistas locales. Y aún duplicando los salarios habituales que los ingleses asignaban a sus obreros, tanto en La Forestal -empresa que regenteaban en Santa Fe- como en el tendido de vías férreas, que venían construyendo y administrando desde la década de 1870. Los alemanes, además, depositarían los aportes previsionales y sindicales que correspondían a cada actividad laboral.

Gretchen, hija de Rudolf Hess, de unos veinte años por entonces, había venido con sus compatriotas, a pasar unos meses en Santiago del Estero. La entusiasmaba la idea de ver con sus propios ojos la tierra que había pisado el héroe alemán mítico Parsifal, según escuchara, repetidamente, en las reuniones sociales de su familia.

Aquella historia decía -sintetizándola a lo esencial- que luego de recuperados la lanza de Longinos y el bastón de mando de Titurel, arrebatados a Amfortas por el monje negro Klingsor, gracias a las artes eróticas de la bruja Kundry, las autoridades celestes decidieron enviar, dichas reliquias, a tierras menos contaminadas por la ambición humana.

Con tal propósito fue convocado el santo caballero Parsifal, quien con un grupo de cofrades seleccionados por él, en una modesta barca cruzaron el Mar Mediterráneo y el Océano Atlántico, para alcanzar, luego de superar dificultades, una Tierra para ellos ignota, a la cual hoy los argentinos llamaban Patagonia. Allí, Parsifal habría depositado en manos del cacique Antu los tres objetos sagrados, que ya no contaban con seguridad suficiente en la corrupta Europa: la lanza de Longinos, el bastón de mando de Titurel, y el Santo Grial.

Ya en el siglo XIX, Namuncurá, descendiente directo de Antu, viendo peligrar sus territorios, por causa del avance de huestes porteñas, conducidas por el tucumano Roca, decidieron ocultar aquellos objetos sagrados en el Cerro Uritorco. Y trasladar el Santo Grial -la reliquia más importante- a Guampacha.

La bonita joven, entonces, entusiasmada hasta el delirio por su anhelo místico, había padecido el corto viaje en avión y aquellos días preparatorios, pues sólo quería alcanzar, cuanto antes, las serranías de Guampacha. Así que, cuando aquel sábado 22 de junio de 1935, por fin alcanzaron este poblado, Gretchen se arrojó a la tierra que pisaba por primera vez. Y, con sollozos de dicha, la besó.

Sin demora los equipos teutones, ahora ampliados con santiagueños, especialistas, técnicos y obreros, desmontaron, con ayuda de máquinas, los espacios a utilizar.

En Guampacha, Pinto, Quebrachos y Garza, construyeron tabiques para fabricar ladrillos. Con ellos iban levantando las viviendas, tanto para los europeos como para los trabajadores locales, las oficinas, los galpones destinados a almacenamiento de diversos productos, tolvas para las futuras cosechas, más una serie de relucientes equipos de procesamiento para semillas, frutos u oluras. Emprendiendo, asimismo, el montaje de galpones e instalaciones electromecánicas, para la fábrica de cables con alta conductividad, en Guampacha.

Algunos de ellos habían conocido las frescas casas redondas de adobe, en Etiopía. Adonde fueran en 1934, acompañando a organizaciones italianas. Fascinados, contemplaron una demostración del principio básico por el cual, aquellos africanos, utilizaban tal arquitectura milenaria. Desde el techo, donde una pequeña chimenea, en el centro de la habitación con forma de media esfera se situaba, conectada a otras, alguien dejaba caer una livianísima pluma de ave. La cual descendía, majestuosamente. Trazando círculos, en espiral ampliada, hasta tocar, por fin, suavemente el suelo.

La constatación antigua de que el aire frío es más pesado que el caliente, regía aquella opción arquitectónica. Así, como el vapor del estío ascendía hasta alcanzar su escape en las aberturas de la chimenea, dejando entrar el frescor, que igualmente en ondas paralelas caía, hasta sustituir en gran parte el aire caliente, se conformaba una virtuosa espiral atmosférica. Conservando, los interiores, con temperaturas siempre más frescas a las que recalentaban el exterior.

Estos jóvenes arquitectos entusiastas, pues, traían tales novedades, que aprendieran de los africanos. Y construían, con ayuda de los albañiles santiagueños, varias casas redondas, en los nuevos campos que ahora ocupaban. Sólo para enterarse, por algún anciano, que los aborígenes de la región también habían utilizado, antes de la llegada de los españoles en 1550, muchas casas semejantes.

Dos meses más tarde, los alemanes solicitaron una reunión con “el área cultural” del gobierno santiagueño. Y, si las autoridades locales lo consideraban pertinente, algunos invitados de la intelectualidad.

El encuentro se concretó el lunes 16 de septiembre de 1935. En un salón municipal, donde se había dispuesto una larga mesa con numerosas sillas. En representación del Estado acudió el arquitecto Alfredo Degano, con los diputados Francisco Santucho y Victorio Pernigotti. Otros invitados fueron: Mariano Paz, Olimpia Righetti, Alberto Revainera, Moisés Carol, Carlos Bernabé Gómez, Clementina Rosa Quenel, Juan Christensen, Blanca Irurzun.

En representación del área cultural del Tercer Reich, a las 9 de la mañana llegaron, puntualmente, el antropólogo Hans Meißner y la arqueóloga Gerda Groß. Casi todos los alemanes y alemanas que habían venido para instalarse en este proyecto manejaban muy bien el castellano. Hans y Gerda, especialmente, lo hablaban a la perfección. Con apenas un leve acento extranjero.

Sin demasiadas ceremonias, comenzó la reunión. Cuyo propósito principal era escuchar el proyecto de investigación cultural de la delegación alemana. Donde se anhelaba colaboración, y guía, por parte de actores de la provincia más antigua del país -según expresarían estos nuevos socios extranjeros.

La mujer y el hombre resumieron su disertación diciendo que “el propósito de Alemania es unir a todas las culturas del mundo, interactuando de un modo libre y creativo, buscando reconstruir los lazos fraternales que, en los orígenes de nuestra Humanidad sobre la Tierra, unieron a todos los habitantes del Planeta”.

Para ampliar el concepto, la arqueóloga alemana indicó que “la ciencia parece haber determinado con certeza, ya, que la Cultura Humana empezó en el Sur (es decir, en esta región, que hoy llamamos Sudamérica).”

Por sucesivas inundaciones de territorios, grandes mareas habrían ido hundiendo, o permitiendo emerger, a distintas manifestaciones humanas, a lo largo de milenios. Las sucesivas razas humanas -cuatro, según los alemanes: la Roja, originada aquí, la Negra, originada en África, la Amarilla, en China y Oriente y la Blanca, en Europa-, habrían sido producto de mutaciones y evolución, combinadas, con el propósito de adaptar nuestros sistemas biológicos originales al clima y ecosistemas del entorno natural.

Para sostener tales afirmaciones, el antropólogo apeló a varios estudios, publicados en Europa entre mediados del siglo XIX y principios de este. Entre ellos, los de Edouard Schuré.

-Según Schuré- graficó Meißner-, las cuatro razas, que comparten actualmente el Globo, son hijas de tierras y zonas distintas. A través de evoluciones genéticas, sucesivas y diferentes, cada continente ha ido emergiendo, poco a poco, del mar, con intervalos de tiempo

considerables. A estos lapsos de quietud entre generación y generación, de decenas de siglos, antiguos sabios de la India los llamaron ciclos antediluvianos. A través de millares de años, cada continente fue engendrando su flora y su fauna, coronada por una raza humana de color diferente.

"El Sur Continental, primero en emerger, desapareció después de unos inicios brillantes, tragado por el último gran diluvio. Este continente, situado en la región que hoy llamamos Antártida y Sudamérica, fue cuna de la Raza Roja. Estirpe de la cual los llamados Indios de América fueron restos. Derivados de los pueblos sobrevivientes, que se salvaron en las más altas montañas, como el complejo de sierras Aconquija, en la región Noroéstica de la hoy Argentina, cuando el continente se hundió.

"El África es la madre de la raza negra -denominada etiópica por los griegos-. El Asia ha elaborado la raza amarilla, que se conserva en China. La última en nacer, la raza blanca, salió de los bosques de Europa, entre las nieves y tempestades del Ártico y las brisas del Mediterráneo.

"Siempre según las investigaciones biológicas de Edouard Schuré, todas las variedades humanas contemporáneas son resultado de mezclas, combinaciones, generaciones o selecciones. En las cuales, han intervenido, de uno u otro modo, las cuatro grandes razas. Es decir, que todas y cada una de las razas existentes, contiene moléculas, células, tejidos, e incluso memorias genéticas, en su organismo actual, que provienen de las razas roja, negra, amarilla y blanca. Sea cual fuera su actual color de piel o cultura local.

"En los ciclos anteriores, la Raza Roja y la Raza Negra han reinado sobre la humanidad entonces existente. Sucesivamente, por medio de potentes civilizaciones, que han ido dejando huellas materiales. Sea en objetos artísticos, herramientas, o diversos documentos pictográficos o sistemas comunicacionales como los quipus, de los Tavantisuyus peruanos, donde gobernaba el Inca. También las etnias Diaguitas, Tonocotés y otras, de la región centrada en Santiago del Estero y Catamarca, proveyeron a la arqueología signos de las altas culturas existentes aquí, hace milenios. Según lo demuestra la investigación de los hermanos Emilio y Duncan Wagner. Con mucha semejanza a las pruebas arqueológicas simultáneamente halladas en construcciones ciclópeas de la Antigua India, Egipto, China, o en la arquitectura de México.

"Tal división de la Humanidad, en cuatro razas sucesivas y originarias, era admitida por los más antiguos sacerdotes de Egipto, aseguró Schuré, en su famoso libro *Les Grands Initiés*. Apoyado, a su vez, en las aportaciones arqueológicas de otros científicos como François Lenormant -principalmente a través del tratado *Histoire des peuples d'Orient*.

"Esas cuatro razas se las halló, artísticamente representadas, en las pinturas que adornan la tumba de Setis I, en Tebas. Donde aparecen cuatro figuras, de tipos y tez diferentes. La raza roja lleva el nombre de Rot. La raza asiática, de piel amarilla, es llamada Aruc. A la raza africana o negra, se la denomina Halasiu. La europea o blanca, de cabellos rubios, fue inscripta como Tamahu. Todas ellas en los murales del faraón Setis."

-¿Estoy resultando aburrido?- se interrumpió repentinamente Hans Meißner, por un instante.

-¡No, en absoluto, al contrario, es muy interesante! -respondió el arquitecto Degano-, continúen, por favor...

-Muy bien... -continuó Gerda Groß- siempre según los científicos citados, y otros cuyas referencias podemos proveer, a solicitud, cuando lo necesiten, la Cultura Humana ha comenzado sobre la Tierra hace unos cincuenta mil años, con la raza roja. Esta especie humana se había gestado, paulatinamente, sobre el continente austral. Cuando Europa entera y parte del Asia estaban aún bajo el agua. Las narraciones de pueblos antiguos, como los hebreos o los sumerios, hablan, también, de una raza de gigantes. Anterior a nuestras especies, ya nítidamente humanoides, a quienes podemos considerar parientes directos. De los gigantes no hay indicios tan numerosos -fuera de los textos del tercer y segundo milenio, antes de Cristo, gestados por las civilizaciones babilónicas e israelitas. Se han encontrado, en cavernas del Tíbet, osamentas con apariencia humana, gigantescas, cuya conformación semeja más al mono que al hombre. Ellas se relacionan -según los criterios científicos mencionados- con una pre-humanidad, primitiva, intermedia, aun vecina de la animalidad, que no poseía ni lenguaje articulado, ni organización social, ni religión.

-Resumiendo, por fin: -aportó Hans- La raza roja, como hemos dicho, ocupaba el Continente Austral, hoy sumergido, llamado Atlántida por Platón, según las tradiciones egipcias. Un gran cataclismo, lo destruyó en parte, y dispersó sus restos. Varias razas polinésicas, al igual que los Indios de América del Norte, del Sur -y los Aztecas que Hernán Cortés encontró en México-, serían supervivientes de la antigua Raza Roja. Cuya civilización, perdida para siempre, tuvo sus días de gloria y esplendor materiales."

-Después de la raza roja, la raza negra dominó el mundo- afirmó Gerda. -Para su tiempo, los negros eran un tipo superior, semejantes a los hoy abisinios y nubios, en quienes se conservaría su molde étnico. Los negros invadieron el sur de Europa en tiempos prehistóricos. Gobernaron durante siglos a los blancos. Pero su recuerdo se ha borrado de nuestras tradiciones populares. Han dejado, en nuestro inconsciente colectivo y psicología, sin embargo, huellas indelebles: horror al dragón, que fue el emblema de sus reyes... y la idea de que el diablo ...es negro. Fíjense que aquí, en Santiago del Estero, le dicen Mandinga... usando para ello el nombre étnico de pueblos que hoy existen, diseminados por gran parte del África: especialmente en Gambia, Guinea, Guinea-Bissau, Senegal, Malí, Sierra Leona, Liberia, Burkina Faso y Costa de Marfil.

-Los negros devolvieron el insulto a la raza rival haciendo blanco a su Demonio- manifestó Hans.

“En tiempos de su soberanía, los negros tuvieron centros religiosos en el Alto Egipto y la Judea. Sus ciudades ciclópeas coronaban las montañas del Cáucaso, de África y del Asia central. Su organización social consistía en una teocracia absoluta.

“Aquellos sacerdotes africanos tenían conocimientos profundos. Como el principio de la unidad divina del Universo. O el culto de los astros que, bajo el nombre de sabeísmo, se infiltró entre los pueblos blancos. Estas derivaciones fueron descriptas por los historiadores árabes, entre los siglos VIII y IX. Sabios como Abul-Ghari, en su *Historia genealógica de los Tártaros*, en dos tomos, * o Mohammed-Mosen, historiador de los Persas, consignan descripciones del periodo civilizatorio conducido por la Raza Negra, en la evolución de toda la Humanidad. Así como Sir William Jones, en su *Asiatic Research*, The Discourse on the Tartars and the Penans.

“Hasta aquí nuestra escueta síntesis, para abonar un esquema cultural, en el que se inscriben los propósitos de nuestra embajada, para colaborar activamente en la reconstrucción de la Historia Universal... Donde hay muchos huecos, deliberadamente impuestos, a lo largo de milenios, por los poderes o caprichos de numerosos grupos tiránicos, empeñados en distorsionar nuestros conocimientos, para su único beneficio”.

Luego de la amena disertación de los alemanes, el arquitecto Degano se los expresó con dicho concepto. Y preguntó de qué manera, los santiagueños, podían colaborar con sus investigaciones.

-Queremos conocer a los Ulalos- dijo el antropólogo.

Se originó un silencio de asombro entre los circunstantes. Luego Degano reaccionó, un tanto desconcertado...

-Los Ulalos… son seres... sobrenaturales... -titubeó, intentando no emitir algún concepto desafortunado- … creo que míticos, supuestamente conocidos por ese nombre entre las clases populares...

-Nosotros tenemos datos precisos sobre los Ulalos -respondió Gerda Groß-

-¿Ah, sí? -se asombró Degano- ¿De dónde los obtuvieron, si es tan amable de explicármelo?

-De *Nouvelle Revue Française*, la revista cultural más prestigiosa de París... allí se publicaron extensos fragmentos del diario de Eric Satie… quien los habría conocido, y alternado con los Ulalos, el año 1919, durante su larga estadía en Santiago del Estero... **

-Ah... -dijo Degano, dubitativo-... no sabía de la visita del señor Satie a Santiago… ¿quién es?... ¿un científico?

-¡Uno de los mayores músicos y compositores europeos! ¡Amigo y colaborador del gran Debussy!...-exclamó Gerda.

-Yo sí sé de la visita de Eric Satie...-terció entonces Moisés Carol, intentando auxiliar a Degano, quien se había sonrojado, cosa altamente notoria pues su rostro era muy blanco, bajo un lacio cabello rubio, acicalado.

"Estuvo en una finca de mi abuelo... cerca de Guampacha… Y, también, conozco historias sobre los Ulalos… con mucho gusto les puedo aportar algo, no sé si mucho, ustedes me dirán."

-¡Oh, gracias, señor Moisés!-exclamó Gerda-

-Quisiéramos encontrarnos con ellos...-agregó Hans...

Luego de un silencio de varios segundos, que reactivó la incomodidad de los santiagueños, Moisés Carol, dijo:

-No sé si podré conseguirles eso... no tengo una relación directa con ellos...

Entonces, Olimpia Righetti acudió en su ayuda:

-No te preocupes, Moisés. Le consultaré a mi amiga, Edith Saganías. Yo creo que ella sí podría hacerlo...

"tal vez... -agregó, en voz baja, luego.

* Abul-Gari, Abulghazi Bahadur (o Ebülgazi Bahadır Han, 1603-1663) fue gobernante del kanato de Jiva (hoy en Uzbekistán) y un destacado historiador de los pueblos túrquicos que escribía en turco antiguo (chagatai). Tras la muerte de su padre, 'Arab Muhammad Khan, se trabó en una lucha dinástica con sus hermanos y se vio obligado a huir a la corte safávida en Isfahán (hoy en Irán), donde vivió de 1629 a 1639. Con el tiempo ascendió al trono del kanato de Jiva, en 1644 o 1645, donde gobernó hasta su muerte. Fue autor de dos obras que son fuentes importantes de la historia de Asia central: Shajare-i Tarākime o Ṣecere-i Terakime (Genealogía de los turcomanos), que terminó en 1659, y Shajare-i Turk (Genealogía de los turcos), que dejó inconclusa. Su hijo, Abu al-Muzaffar Anusha Muhammad Bahadur, completó la obra en 1665. Shajare-i Turk se tradujo al francés y, en 1726, se publicó en Leiden bajo el título de Histoire genéalogique des Tatars. La obra presenta una historia genealógica de los turcos desde los tiempos del Adán bíblico hasta 1663. Gran parte del libro narra una historia de la dinastía shaybánida, que gobernó el kanato de Bujará entre 1500 y 1598.

** *Nouvelle Revue Française* (NRF). Fundada en 1908 por André Gide, esta revista literaria se convirtió en referencia importante para escritores y pensadores de la época, incluyendo figuras como Jean-Paul Sartre y Albert Camus.

Capítulo 15

En el Santiago de entonces había muy pocos lugares de diversión nocturna. Uno de ellos era El Loro Azul. Especie de cabaret ubicado en el barrio Gambetta. Un bar céntrico, sobre la esquina de Libertad y Belgrano: Pizzería La Negrita. Que solía permitirse presentar números artísticos, con músicos y cantantes algo marginales, eludiendo reiteradas denuncias de los vecinos. Y La Orquídea, Dancing Club, en las afueras, hacia el Oeste, ocupando un amplio espacio sobre un óvalo natural donde se abría la Y griega de dos rutas. Una llevando a Catamarca, pasando por Guasayán. Y otra a San Miguel, por las Termas de Río Hondo.

Este último negocio pertenecía a Arturo del Malvar. Por entonces un hombre como de 35 años. Del Malvar era descendiente de españoles que habían emigrado hacia aquí promediando el siglo XVIII. Repitiendo peripecias y acomodamientos geográficos semejantes a varios otros itinerarios de quienes entonces buscaban hacer fortuna: Panamá, Perú, Charcas, Salta, Tucumán, Santiago... etcétera. Uno de aquellos hermanos, seguiría hasta Chile, sólo para continuar emigrando, poco más tarde, hasta Filipinas. De su familia descendería el general Miguel del Malvar y Carpio, principal impulsor de la Revolución filipina. Y, posteriormente, jefe de las fuerzas de resistencia armada contra la ocupación de Estados Unidos. En 1901, había pactado un acuerdo con los norteamericanos, deponiendo la lucha armada, y aceptando un gris rol administrativo en la estructura política semicolonial de entonces.

Hacia 1929, Arturo, próximo a cumplir sus 30 años y ocupando en aquel momento un monótono puesto en el Banco Comercial y Edificador de Santiago del Estero, sintió un opresivo vacío interior que lo impulsaría a irse del país: en busca de estímulos para seguir existiendo. Con algunos ahorros, más el dinero que le proveyó su padre, por entonces jubilado con ingresos altos, del Malvar recaló en una de las casas de sus primos, en la entonces pujante y hermosa Manila, al otro lado del Pacífico.

Renovado y entusiasta, en un ambiente, además, de emprendedores -sus mismos primos dirigían negocios propios, como una mediana fábrica metalúrgica o una gran panadería céntrica-, decidió abrir una confitería para turistas, en un lugar de veraneo. En Baguió, ciudad altamente urbanizada de la región cordillerana, ubicada a la orilla del mar en la provincia filipina de Benguet -Norte de la isla Luzón. Los estadounidenses habían fundado esta villa en 1909, promoviéndola luego como “La capital del veraneo” para la República Filipina. Entonces gobernada a través de una burocracia política supervisada por ellos.

En el proceso de gestación de su negocio, alojado provisoriamente en una pensión, Arturo conoció a un joven pianista estadounidense, afrodescendiente, llamado Sam Dooley. Lo había escuchado por primera vez en uno de los Night Clubs locales, quedando fascinado por su talento interpretativo. Y su buena voz. Cuando cierto mediodía se encontró con él durante un

almuerzo, en la pensión que, como si fuera una operación mágica del destino, compartían, le propuso de inmediato trabajar para su negocio. Al cual iba a bautizar La Orquídea.

Desde entonces -primavera de 1929- Sam se convertiría, además de su músico estable, en su confidente y mejor amigo.

La Orquídea pasaría a ser el sitio de moda, rápidamente. Preferida por los turistas occidentales, cada noche, hasta cerca del amanecer, solía colmarse de estadounidenses, en primer lugar, y también con numerosos turistas, mayormente jóvenes, provenientes de Rusia, Alemania, Francia, España y -cosa que gratificaba en parte a del Malvar- ningún porteño.

Así transcurrieron tres años plácidos y prósperos. En los cuales Arturo -a quien los estadounidenses llamaban cariñosamente "Artie"- amasó una pequeña fortuna, luego de pagar minúsculas deudas adquiridas con su familia filipina en los primeros tiempos.

Hasta que en el verano final de 1932 ocurrió algo que solamente su más intimo amigo, Sam, conocería, en la vida sentimental de este hombre un tanto críptico por su psicología. De pronto, Artie pasó de ser una especie de playboy displicente, a excederse en el alcohol, precipitándose una vez más bajo un *spleen* corrosivo. Incluso, al punto de poner en peligro la estabilidad de la antes exitosa confitería.

Las cosas comenzaron a mejorar cuando, en un rapto de lucidez -y fortuna, hada que parecía siempre favorecer al santiagueño- un estadounidense próspero le ofreció adquirir La Orquídea. Oferta que Arturo inmediatamente aceptaría.

De tal manera, tanto Arturo como Sam -convencido por el argentino de que Santiago era una especie de Paraíso- se trasladaron a esta provincia. Naciendo por consiguiente, luego de dos o tres meses de aclimatamiento, la segunda versión, esta vez posiblemente definitiva, del Dancing Club La Orquídea.

Ya en Santiago del Estero, una de las primeras cuestiones recomendadas por del Malvar a Dooley fue no llamarlo Artie en público. Por lo demás, el afrodescendiente se aclimató con rapidez a esta ciudad. Ambos ocuparon pequeñas casitas de huéspedes, en una gran finca, propiedad de los abuelos maternos del santiagueño, de apellido Mazzini. Dado que el cuerpo principal de la construcción se había dispuesto para el dancing club, oficinas, almacenamiento y dependencias de recepción, almacén, preparación, cocinado, emplatado, lavado y desperdicios.

Tanto el trabajo de restauración, pintura, amoblamiento, instalación de equipos de sonido, compra de elementos para el servicio, etcétera, absorbieron durante un par de meses la mente de Arturo del Malvar. Librándolo poco a poco de aquella depresión en que cayera, algunos meses

antes, en Filipinas. Esto y el reencuentro con sus amigos, quienes lo contuvieron, algunos de ellos, los más íntimos, escuchando sus confesiones, otros ayudándolo en trámites legales, publicitarios y hasta eclesiales, para librar de inconvenientes el desenvolvimiento de su negocio, por entonces no muy bien visto por el clero católico, predominante en todas las clases sociales de Santiago del Estero, y por cierto, también, en el funcionariado administrativo.

Por fin, el 19 de agosto de 1933 a las 21:00, Arturo inauguró oficialmente su Dancing Club. Con una cena de gala a la cual invitó personajes públicos de la Cultura, la Educación, las Ciencias y hasta al obispo diocesano. Quien no concurrió, pero envió un sacerdote en representación. Que poco antes de comenzar el ágape bendijo las instalaciones. Para dejar en claro, que el lugar no era un espacio pecaminoso, de concupiscencia, bacanales, ni otras disipaciones lujuriosas. Sino un lugar de encuentro para jóvenes -de al menos 21 años, como lo determinó la habilitación municipal-, donde podrían encontrarse, para celebrar, escuchar música, cenar, y bailar, jóvenes y personas conocidas de la sociedad santiagueña.

Pues bien, nuevamente la fórmula resultaría exitosa. De martes a sábado el dancing club se abría al público cada noche entre las 21 y las 03:00, cerrando los domingos y lunes, para descanso del personal y limpieza de las instalaciones, respectivamente.

Pasaron dos años y medio. Ocurrieron encuentros memorables, como el duelo de pianos entre su amigo Manuel Gómez Carrillo y el norteamericano Sam Dooley, el cual atrajo una concurrencia tan numerosa que debieron instalar bocinas metálicas amplificadoras sobre los aleros externos del edificio, pues una cantidad muy grande de personas quedaron afuera, por falta de espacio suficiente en el interior de la casona.

O la visita de Toña la Negra, que provocó, también, con un lleno absoluto, la incompleta aunque igualmente privilegiada situación de unas 400 personas que esta vez, dado que se había previsto la circunstancia, escucharon la histórica actuación de la diva mexicana cómodamente situados, alrededor de mesitas y sillas coquetas, estratégicamente distribuidas en los hermosos jardines que rodeaban el edificio principal de La Orquídea.

Aquella noche del sábado 31 de agosto de 1935 no sería como ninguna noche anterior. Al menos para Sam y Arturo del Malvar.

Comenzó temprano. Arturo había salido, como a las siete de la tarde, para encontrarse con un amigo venido de Tucumán, con el propósito de arreglar algunos asuntos comerciales.

Sam quedó a cargo. Como habitualmente solía hacerlo, a las 20:45 bajó de la oficina donde solían manejar los libros de asientos administrativos, facturas, correspondencia comercial, etcétera. Abajo, ya trajinaban, desde las 20, seis mozos impecablemente aliñados, de smoking blanco y moño, tres cocineras, el chef y el gerente administrativo, Quishula Moreno.

Se sorprendió un poco al ver que ya había tres autos estacionados en el aparcadero, junto al jardín de entrada. Apenas verlo, bajaron de él ocho jóvenes, varones y mujeres, clientes habituales de la confitería.

-¡Hola, Sam! -saludó Anita Ruiz -¡Necesitamos una mesa para quince! ¡Hoy cumple años Alejandro!

-Hola, Anita- contestó el norteamericano. - ¡Excelente!... ¡Felicitaciones!-, agregó, dedicándole una amplia sonrisa al joven alto y engominado que la acompañaba. Luego, mirando a la señorita, indicó: -Habla con Quishula, él los ubicará bien.

Tras ellos venía un hombre solo. Que se había situado como a unos seis metros del grupito que entraba. Lentamente se había ido acercando, mientras miraba con cierta displicencia la edificación y un pequeño prado con árboles que lo rodeaba.

-Howdy- exclamó, al ingresar.

-Buenas noches, señor- contestó Sam-, por reflejo. Hacía tiempo que nadie lo saludaba en inglés. En el acto desconfió de esa persona, evidentemente un extranjero, más de cuarenta años, blanco. Tal vez norteamericano. Cosa que, singularmente, no le agradó.

El otro se dio vuelta mirándolo con sus azules ojos mientras esbozaba una sonrisita algo despectiva.

Sam prefirió no dar importancia al asunto. Registró, sin embargo, que el extranjero se había situado, solo, en una mesa para dos muy cerca de su piano.

Enseguida comenzaron a ingresar numerosos jóvenes, algunos para el cumpleaños de Alejandro. Otros, por su cuenta: en parejas, algunos hombres solos, otros más o menos maduros, dos o tres de cuarenta para arriba, en barras.

Desde los parlantes sonaban rumbas populares y, de vez en cuando, algunos boleros. Como a las diez de la noche, Sam pidió a Chiui Chiui, el encargado de sonido, que cortara la música. Iba a estirar los dedos, acompañando con suavidad los diálogos de los clientes. Se dirigió a su piano. Allí se habían amontonado numerosos chicos y chicas, que conversaban a los gritos. Tapaban completamente el piano. Por ello no pudo anticiparse a la sorpresa que, cinco segundos después, sobrevendría.

Al lado del instrumento, un Knight de 1921, una mujer bellísima, como de treinta años, esperaba, de pie. ¡El la conocía!...

“¡Oh, no!...”, pensó el afrodescendiente.

-Hello, Sam.-saludó ella.

-¡Oh! Hello, Miss Ilsa... -replicó Sam, sin una sonrisa, mientras acomodaba sus partituras en el atril. -I never expected see you never...-rezongó.

-Its been a Long Time...- dijo Ilsa.

-Yes ma'am. A lot of water under the bridge.

La hermosa dama se quedó mirándolo unos segundos en silencio. Luego pidió:

-Some of the old songs, Sam...

-Yes ma'am

Repentinamente preguntó:

-¿Where is Artie?

-I don't know... ain't seen him tonight… -titubeó Sam.

-¿When ill he be back?

Incómodo, algo amoscado, Sam se debatía interiormente pensando porqué le venía a tocar a él, ahora, esto.

-No tonight no more. He ain't coming... He went home.

-Do he always leave so early? -continuó la bellísima joven, con suavidad implacable.

Sam quizo disuadirla. Lanzó lo que creyó serviría para asestar un golpe desalentador a la autoestima de Ilsa:

-Oh, he never. He's got a girl up at the Blue Parrot... Goes ap there all the Time...

Ella miró hacia otro lado... como si hubiese recibido el golpe.

-Yo used to be a much better liar, Sam. -dijo después, con una semi sonrisa decepcionada.

-Leave him alone, mis Ilsa... You're bad luck to him... -se quejó amargamente el músico afro.

A unos cuatro metros, el extranjero los observaba desvergonzadamente. Parecía que los ojos iban a salírsele de la cara.

-Puede hablar en español, señorita Ilsa -dijo entonces el pianista, que había comenzado a tañer distraídamente algunos sones en el teclado.

-Es verdad Sam. Discúlpame...

-No sé por qué ha venido aquí, señorita Ilsa -continuó Sam-, pero será mejor que Arturo no lo sepa. No se imagina lo mal que le ha hecho su anterior partida sin despedirse, hace tres años, en Baguió.

-No imaginas lo mal que me ha hecho a mí... -contestó ella.

-Por poco, Arturo no se fue a la quiebra... -continuó Sam, como si no hubiera escuchado- creo que sólo lo salvó su amor a esta tierra, Santiago del Estero... cuando vinimos aquí recién se recuperó...

-La vida tiene muchos días, Sam... -contestó Ilsa, dubitativamente-...las cosas aún pueden arreglarse... Toca algo lindo, Sam, por favor... algo de los buenos tiempos... As Times Goe's by…

-Arturo me ha prohibido que lo toque, señorita Ilsa... a él le hacía mal...

-Tócalo Sam, por favor... una vez más... Artie no está aquí... luego de que la toques, me iré...

Entonces Sam comenzó a tocar el tema que ella le había pedido. Y cantó, acompañado por la mirada húmeda de la muchacha:

You must remember this:

A kiss is still a kiss,

A sigh is just a sigh.

The fundamental things apply

As time goes by.

And when two

Lovers woo

They still say: 'I love you'.

On that you can rely,

No matter what the future brings,

As time goes by.

Moonlight and

Love songs,

Never out of date.

Hearts full of passion,

Jealousy and hate.

Woman needs man,

And man must have his mate.

That, no one can deny.

It's still the same old story,

A fight for love and glory,

A case of do or die.

The world will always

Welcome lovers

As time goes by.

Traducción:

Debes recordar esto:

Un beso es solo un beso,

Un suspiro, es un suspiro.

Las cosas esenciales se notan, recién

A medida que pasa el tiempo.

Y cuando dos

Amantes se confiesan,

ellos dicen: 'Te amo'.

En eso puedes confiar.

No importa lo que el futuro trae.

A medida que pasa el tiempo.

La luz de la luna y

Las canciones de amor,

Nunca pasan de moda.

Los corazones, a veces están

llenos de pasión, celos y rencores.

Pero una mujer necesita un hombre.

Y el hombre, necesita su alma.

Eso, nadie lo puede negar.

Es aún la misma vieja historia.

Una lucha por el amor y por la gloria.

Una ocasión para vivir o morir.

El Mundo siempre dará la

Bienvenida a los amantes...

A medida que pasa el tiempo.

Cuando Sam iba terminando esta última estrofa entraba Arturo a La Orquidea; fue el escucharla por los altavoces y caminar, a grandes trancos, entrechocándose con el público hasta donde estaba el afrodescendiente, para reclamárselo:

-¿Qué te pedí? ¿No te prohibí acaso que tocaras esa canción? -gritó Arturo con tono a la vez furioso y acongojado.

Entonces, percibiendo la presencia de Ilsa, de pie, a la izquierda del piano, se quedó perplejo, azorado:

-Hola, Artie… -saludo ella, con una sonrisa.

-¡No me llamo Artie!- nuevamente gritó él, y girando sobre sí mismo huyó del lugar, subiendo precipitadamente luego, hacia su oficina.

-Le dije señorita Ilsa...-refunfuñó Sam- usted no he hace bien a mi amigo Arturo...

Advertido por una seña del pianista, Chiui Chihui había vuelto a lanzar la música por los bafles, estratégicamente diseminados en todo aquél ámbito, de aproximadamente sesenta metros cuadrados.

Por un momento pareció que ella rompería a llorar... No lo hizo. Reconcentrada, caminó lentamente, entre los jóvenes de pie que llenaban por completo el salón. Encontró una mesita para dos, y se sentó.

Sam se acordó del extranjero y lo buscó con la mirada. Estaba allí. Presenciando todo.

-No es mi día-, pensó. Bajó la tapa del teclado y subió en busca de Arturo.

Lo encontró abismado. Frente a su escritorio. Con una botella de whisky al entrar, su jefe no le dijo nada.

-Fue todo repentino, Arturo...

-Lo entiendo... -dijo él... no te preocupes... es ella... no sé qué quiere de mí... ¿por qué vino a Santiago? ¿Cómo me encontró?

-Quién sabe... traté de que se fuera, antes de que llegaras vos... pero me pidió ese tema...

-Está bien, Sam... alguna vez teníamos que volver a escucharlo... no podemos huir toda la vida... estoy aturdido, ¿sabes? No sé qué hacer...

-¿Puedo pedirte algo? -preguntó Sam.

-Dime...

-No bebas demasiado... lo prometiste...

Arturo lo miró en silencio.

-Llévate la botella, por favor- dijo luego. -Devuélvesela a Quishula… por favor...

Sam obedeció. Cuando iba salir, oyó:

-Ella... ¿se fue?

-No... está debajo...

Al bajar, Sam la vio de lejos. Había pedido un licuado de frutas, que sorbía cada tanto, con lentitud.

A las doce de la noche subió al tablado un cuarteto local, integrado por saxo, guitarra eléctrica, batería y cantante. Durante poco más de una hora, tocaron música bailable y popular. La pista se llenó. Cuando volvió la música grabada y los bailarines desocuparon el centro del salón, Ilsa continuaba allí.

Cada quince minutos, aproximadamente, Arturo se asomaba al balcón del pasillo de la zona administrativa, que estaba sobre el bar. No podía divisarla desde allí, pues su sitio quedaba debajo. Pero Sam, que se había apostado junto al escenario, movía la cabeza, en forma afirmativa, cada vez que él aparecía.

Como a la una y media llegó la hora romántica y subieron al escenario Los Romero, un trío, que integraban dos hombres con guitarras criollas y una mujer.

Pasó también aquella hora, nuevamente se asomaba Arturo por el balcón, sólo para recibir de Sam señales positivas: la bella mujer permanecía allí. Una y otra vez se le habían acercado hombres, para invitarla a bailar, o pedirle permiso para sentarse con ella. Sólo para ser sistemáticamente rechazados.

Por fin, hacia las 2:45, las pocas parejas que restaban comenzaron a colocarse sus abrigos, levantar sus carteras las mujeres y encaminarse, poco a poco, hacia la salida.

Arturo nuevamente se asomó por el balcón superior del bar. Sam, esta vez desde el rincón derecho, junto a la puerta que conducía a los lavabos, le hizo una seña que en la oportunidad Arturo no comprendió. El afrodescendiente inclinaba la cabeza hacia un costado y cerraba los ojos, apoyando la cara contra la palma de su mano.

“¿Está durmiendo?”, se preguntó.

Entonces bajó rápidamente las escaleras, corrió hacia la mesa donde se había ubicado la joven española, y la encontró, efectivamente, dormida.

Se quedó mirándola.

Ya solamente quedaba el personal de la confitería, recogiendo vasos y platos, barriendo el local, desinstalando el sistema de sonido. Sam se le acercó.

-¿Qué vamos a hacer?

-La llevaré a su casa... mejor dicho a su hotel... o adonde me diga ella... -murmuró Arturo. Luego, con suavidad, le acarició la frente.

Poco a poco, Ilsa fue despertando, y levantó su cabeza. Viendo a Arturo frente a ella, le sonrió, sin decir nada.

-Te llevaré a tu hotel -dijo el hombre,

-Está bien-contestó Ilsa.

-Vení conmigo.

Por el camino, luego del envarado silencio de un comienzo, él preguntó:

-¿En qué viniste?

-En taxi-contestó ella.

-¿En qué pensabas volver?

-No pensé... tal vez en taxi, también...

-A esta hora imposible conseguir un taxi en Santiago... -dijo él -eres irresponsable...

En el acto se arrepintió. Estaba dolorido, por dentro. Necesitaba agredirla. Ella no contestó.

Cuando iban cruzando la acequia que, de Norte a Sur, corría por la avenida Aguirre, recién Arturo e Ilsa hablaron, nuevamente.

-¿Cuánto tiempo te quedas en Santiago? - preguntó.

-Mucho tiempo... no sé aún...-contestó ella.

El se sintió un tanto desconcertado.

-¿Qué harás mañana?... o, mejor dicho, hoy, hoy domingo, cerca del mediodía...

-Estoy libre...-contestó ella. Por la noche debo regresar a Garza, donde trabajo.

-Te propongo algo... -expresó Arturo.

-Dime...

-Te buscaré cerca del mediodía, en tu hotel... conversaremos... me encantaría aclarar, dentro de lo posible, esta extraña relación... ¿relación?... no sé si tenemos alguna... es decir... esta aparición tuya... este nuevo encuentro... no sé...

-Comprendo, comprendo... -dijo Ella...- Gracias Arturo. Te esperaré. Te explicaré todo y lo entenderás. Te lo prometo.

Como a las doce y cuarto del domingo Arturo buscó a Ilsa en el hotel céntrico, donde se alojaba. Puesto que el bar estaba muy concurrido, le propuso sentarse un rato en la Plaza, para conversar.

-Puedo explicarte todo - dijo Ilsa -... he venido para eso...

-Ojalá... -contestó Arturo- nunca entendí por qué te fuiste sin avisar... parecías enamorada de mí... yo sí lo estaba. Me costó mucho superar tu abandono.

-Yo te amo.-exclamó ella.

El corazón de Arturo dio un vuelco. Pero no dijo nada.

A esa hora, la plaza Libertad estaba repleta de jóvenes, adultos, ancianos y niños. Que habían salido de la misa de 11, en la Catedral, situada justo frente a ella.

-El destino había determinado que nos encontráramos -continuó Ilsa. -Y fue maravilloso. Jamás había vivido un amor así...

-Yo tampoco -musitó Arturo...

-Había dos grandes obstáculos, que impedían una relación plena entre nosotros, para aquel momento.... En primer lugar, aunque no convivíamos con mi esposo, yo estaba casada. En segundo lugar, estábamos cumpliendo una misión oficial para el gobierno de Alemania. En el cual ambos trabajábamos... y seguimos trabajando hoy... -aclaró.

-Me habías dicho que eras española...

-Soy española. De nacimiento. Aunque también alemana... por sangre... de padre y madre... Tengo las dos nacionalidades...

-¿Cuál es tu apellido?... nunca me lo dijiste...

-Hagen. Y mi madre, Schwab.

-Ah... ¿y en qué área del gobierno alemán trabajan con tu marido?

-En el Servicio de Relaciones Exteriores... -contestó Ilsa.

-No pareces alemana...-reflexionó Arturo- por tu lenguaje, dijo, no tienes el menor acento...

-Desde mi nacimiento hasta mis veinte años viví en España. Me licencié en la Universidad de Madrid. En 1928 nos trasladamos a Alemania. Con mi padre y con mi madre. Soy hija única.

Arturo no preguntó más.

-Bien, dijo ella-. Con mi ex esposo nos divorciamos legalmente apenas cumplimos con aquella misión. Que nos había llevado, a él al continente Chino, a mí a Filipinas. No pudimos negarnos a cumplir ese trabajo en coordinación mutua. Era una cuestión de Estado.

Arturo estaba sorprendido.

-¿Alguna cuestión de negocios entre gobiernos?

-Más bien política... -contestó ella- aunque siempre hay muchos negocios, por tras de las cuestiones políticas. Esta vez, se trataba de una circunstancia extraordinaria, que había surgido un año antes, en 1931. La invasión de Japón a la Manchuria.

Arturo recordó entonces que todos los diarios Filipinos y algunos que llegaban desde Estados Unidos publicaban, casi cotidianamente, alguna noticia relacionada con ese tema, preocupante, para la región.

-Pues bien... -un día me avisaron que debía escapar de Filipinas pues los japoneses habían capturado a mi ex marido, y bajo torturas le habían sacado que yo estaba en Baguió.

Arturo estaba muy conmovido. No había imaginado todo esto. Ni siquiera contaba con información suficiente como para entenderlo del todo. Casi ni había tomado en cuenta aquello de la invasión japonesa a China; para él, había sido una de tantas noticias desagradables que publican cada día los periódicos.

-¿Y qué ocurrió con tu marido? ¿Cómo se salvó?

-Estuvo unos meses preso, en Manchuria. Hasta que el gobierno alemán pudo recuperarlo. Luego de eso, nuestro juicio de divorcio tuvo un fallo positivo y pudimos recuperar, legalmente, cada uno de nosotros, su libertad civil.

“Bien. Más o menos eso es todo. Todo lo básico. ¿Puedes comprender ahora por qué me fui sin saludar?

-¡Sí, sí!...-expresó Arturo, rápidamente. Ante tales circunstancias, aunque no entendidas del todo por falta de conocimientos geopolíticos, no podía hacerse el duro -pensó. De otro modo quedaría como un tonto insensible.

-¿Y todavía me amas? -preguntó sorpresivamente ella.

Arturo sintió que una opresión en la garganta le impedía contestar. Luego de algunos extensos segundos, por fin, repitió:

-Te amo... te amo... te amo...

Y se abrazaron. Y lloraron juntos. En medio de la plaza Libertad, esa mañana soleada del primer día de Septiembre de 1935. Un par de niñitos muy morenos, acicalados de domingo, se detuvieron frente a ellos para mirarlos. Cuando Arturo se percató dijo:

-¿Te parece que vayamos a almorzar?

Y luego de levantarse, caminaron juntos. Ilsa tomándolo del brazo. Para buscar un restaurante.

Capítulo 16

El viernes 11 de julio de 1924, cien hombres de la Policía Nacional de Territorios de la Argentina, junto a unos treinta civiles, todos comandados por el gobernador de El Chaco, Fernando Centeno, se apostaron durante la noche, rodeando la comunidad aborigen de Napalpí. Modestos descendientes de los propietarios originales de aquel espacio natural. Quienes luego de padecer siglos de abusos, explotación esclavizante y persecuciones, habían sido confinados, por la fuerza, en aquel pequeño reducto de sobrevivencia. Centeno respondía políticamente a la Unión Cívica Radical. Y al entonces presidente de la Nación, Marcelo Torcuato de Alvear, de esa misma fuerza. Quien había asumido casi dos años atrás, el 12 de octubre de 1922.

Al amanecer del día siguiente, los policías, equipados con modernas armas de fuego, importadas de Estados Unidos, ingresaron violentamente a la reducción. Masacrando sistemáticamente, no sólo sin piedad, sino de un modo inexplicablemente malévolo, a todo ser humano que iban encontrando en su camino. Derribando a patadas las débiles puertas de las chozas aborígenes, para torturar, golpear salvajemente a sus ocupantes, y matarlos luego a tiros. Incluyendo mujeres, ancianos y niños.

Nadie sobrevivió a la masacre. Durante toda aquella semana, los policías acamparon en el paraje Aguará, y se dedicaron a esa cruel perversión de una manera espantosamente lenta. Dormían, comían y hasta se divertían allí, hora a hora, mientras iban torturando, humillando,

sometiendo a brutales ejercicios de sadismo, a los habitantes de aquél humilde poblado. Hasta dar por terminada su abominable tarea, el sábado 19 de ese mismo mes, por la tarde. Según investigaciones posteriores, allí resultaron asesinadas unas mil personas, entre hombres, mujeres y niños, todos pertenecientes a los pueblos Qom (Tobas) y Mocoví-Moqoit. *

Cuarenta años antes, con fuerzas policiales y militares del presidente Julio A. Roca y sucesores, las tierras de los aborígenes del Gran Chaco habían sido arrebatadas, a sangre y fuego. Para entregárselas, luego, en arrendamiento o propiedad, a inmigrantes italianos, austríacos, suizos, alemanes o españoles. Famélicos desocupados, o campesinos fundidos de Europa. Quienes acudían en tropel a la Argentina, recibiendo pasajes, alojamiento y empleos subsidiados por el gobierno porteño.

Fernando Centeno, gobernador del Chaco, alto, blanco, robusto y de ojos claros, era un estanciero, empresario y terrateniente algodonero. Los civiles que lo secundaban en este genocidio, hijos o hermanos de otros terratenientes locales: más uno que otro "turista" porteño. Por entonces, el Territorio de El Chaco se perfilaba como primer productor nacional de algodón.

La Reducción Indígena de Napalpí, a ciento veinte kilómetros de Resistencia, era un espacio de sometimiento. Donde los indígenas trabajaban bajo un régimen feudal, de semi-esclavitud. Además de estas crueles condiciones laborales, el nuevo gobierno de la UCR liberal había determinado que los indígenas debían entregar a sus patrones el 15 % de su propio algodón. Que los aborígenes, trabajando en horas de descanso, producían para ellos, en pequeñas cantidades, dentro de las tierras comunitarias. Esta quita compulsiva provocaba gran descontento entre los habitantes.

En julio de 1924, las comunidades qom y mocoví se declararon en huelga. Eligieron una comisión que los representase, para negociar con los estancieros, que amenazaban reprimir. Luego de la negativa absoluta de los patrones ante una solicitud de mejorar sus salarios y condiciones de existencia, como supuestamente eran "libres para elegir dónde morirse de hambre" decidieron irse de aquel lugar.

Silenciosamente comenzaron a preparar un éxodo hacia otras regiones. Algunos de sus parientes les habían comentado, por carta, que más al Noroeste, ellos conseguían sobrevivir de un modo más humano. Debido a lo cual, durante el último mes, fueron organizándose para viajar.

Planeaban ubicarse entre comunidades hermanas, junto a las fronteras con Bolivia, para trabajar, en mejores condiciones, en los ingenios azucareros de Salta y Jujuy.

Traicionados por alguien o, quizás, por su propia buena fe, que los indujo a no ocultar sus propósitos, los aborígenes cayeron en la trampa perversa de los millonarios hacendados. Cuyos detalles pueden consultarse en libros de historia y artículos de Internet. Y nosotros nos resistimos a reproducir minuciosamente, por elemental compasión humana.

El genocidio había sido cuidadosamente planeado por la oligarquía gobernante. Hasta el punto de haber efectuado inspecciones aéreas, con el propósito de diagramar, detalladamente, su ataque a una población sometida, desarmada e inofensiva.

El diario La Voz del Chaco publicaría que la virtual desaparición de toda una comunidad aborigen, había ocurrido por "un enfrentamiento entre tobas y mocovíes". Sin ahorrar calificaciones estigmatizantes, respecto de los indígenas. Esta versión sería la que iban a reproducir los diarios oligárquicos de Buenos Aires -por entonces La Prensa y La nación-, como los pocos provinciales que imprmieran pequeños espacios narrando el suceso. Sólo un periodista español, Pedro Malvárez, desde su periódico el Heraldo del Norte, de Corrientes, diría la verdad.

Luego de constatar personalmente los hechos, Malvárez publicaría, algún tiempo después, la información genuina. Incluso con fotografías. Debido a lo cual, se impidió que esta continuidad de los genocidios oligárquicos resultase borrada de la historia argentina.

Abajo reproducimos un fragmento de aquella información, publicada en el Heraldo del Norte:

Como a las nueve de la mañana, y sin que los inocentes indígenas hicieran un solo disparo, los policías dispararon repetidas descargas cerradas y enseguida, en medio del pánico de los indios (más mujeres y niños que hombres), atacaron. Se produjo entonces la más cobarde y feroz carnicería, degollando a los heridos sin respetar sexo ni edad.

Cuarenta días después de la matanza, el exdirector de la Reducción de Napalpí Enrique Lynch Arribálzaga escribió una carta que fue leída en el Congreso Nacional:

La matanza de indígenas por la policía del Chaco continúa en Napalpí y sus alrededores; parece que los criminales se hubieran propuesto eliminar a todos los que se hallaron presentes en la carnicería del 19 de julio, para que no puedan servir de testigos si viene la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados.

El libro *Memorias del Gran Chaco*, de la historiadora Mercedes Silva confirma el hecho. Contando, entre otras crueldades de los asesinos privados y estatales, que al mocoví Pedro Maidana, uno de los líderes de la huelga, «se lo mató de manera salvaje y se le extirparon los testículos y una oreja para exhibirlos como trofeo de batalla».

* El gobernador Centeno, tras la masacre, separó al juez que atendía el caso, Justo F. Farías, y lo reemplazó por uno de su confianza. Al fiscal Jerónimo Cello, quien reclamaba que la causa no fuese archivada, lo mandaron a la Cámara de Apelaciones de Paraná, Entre Ríos. El nuevo magistrado, Juan Sessarego, puesto por Centeno en medio de la repulsa popular, sobreseyó a los cien policías y treinta civiles que intervinieron en la matanza.

El viernes 11 de octubre de 1935, 11 años después de la masacre, la comunidad Sanavirona-Tonocoté Lucup Tiquiunky celebró un Festival en Acción de Gracias. Para conmemorar el Último Día de Paz, Armonía y Libertad de los pueblos naturales de toda América.

Desde el día anterior habían estado llegando familias aborígenes desde diferentes lugares de la provincia y también de El Chaco. Levantando carpas improvisadas, acampaban. Algunas se refugiaban entre los árboles, durmiendo sobre el suelo, o a las orillas de un brazo acuático del Cachimayu.

Günther Besolt, de 72 años, ingeniero en Biología, y su esposa Anna Roht, de 65, doctora en Química, vinieron hasta Macapillo, enterados del Festival. Debieron dejar su automóvil a unos dos kilómetros de Lucup Tiquiunky, pues la selvatiquez del bosque alrededor de aquel espacio habitacional era muy densa, apenas con estrechos y ondulantes caminitos entre sus frondas. Lo cual no permitía el ingreso de automóviles u otros vehículos, salvo estrechas zorras tiradas por burros o caballos, aunque por entonces la mayor parte de las poblaciones aborigenes solían trasladarse a pie. Besolt y Roht eran directivos de la empresa biotecnológica Bayer, ingresados unos meses atrás con la delegación industrial alemana, por un acuerdo realizado con el gobierno santiagueño.

Un hilo caudaloso del río Cachimayo rodeaba casi completamente a la comunidad Sanavirona-Tonocoté de Lucup Tiquiunky. Por lo cual se había construido un sólido puente, sobre pilares de quebracho colorado y una inflexible pasarela, con tres metros de ancho, de troncos más pequeños -también quebracho colorado-, encadenados entre sí con amarres de cáñamo y tornillos de fierro.

Desde las siete de la mañana las amplias calles de la comunidad Sanavirona-Tonocoté se habían colmado de gente. Entre las decenas de Yapoatosç -vecinos jóvenes, varones y mujeres, quienes recorrían todos los espacios internos y exteriores de aquella urbanización selvática, empujando grandes ollas sobre carritos con ruedas de madera, cargadas de leche y matecocido humeante. Que repartían a quien lo pidiera, junto a diversos tipos de panes, chipaco, tortillas, alfajores dulces o bizcochos salados.

Cientos de niños con sus progenitores, ancianos, mujeres de todas las edades, ataviados con sus mejores ropas, algunas maravillosamente coloridas y finas, otras muy humildes, se mezclaban, dialogando, intercambiando expresiones felices, entre numerosos criollos, que habían acudido desde los pueblos vecinos. Encontrándose con parientes que hacía tiempo no veían, y haciendo nuevos amigos.

El hablar de los aborígenes era muy pausado, de frases breves, con extensas pausas entre concepto y concepto. Por lo cual el conjunto de la multitud generaba una especie de sosegado murmullo, hondo, como el transcurrir de un caudaloso río entre acantilados montañosos.

A las diez de la mañana comenzó la principal ceremonia religiosa en el centro de aquella urbanización rural aborigen. Una misa, sui géneris, concelebrada por el padre Salvador Colombo y el tonocoté Pelè Ecì -Hombre Bueno, en su idioma-, varón de unos cuarenta años de edad. Elegido por su pueblo para coordinar el Consejo Comunitario.

En el momento de las Lecturas, el padre Colombo leería un conmovedor pasaje del Evangelio de San Marcos (capítulo 6), donde se narra el asesinato de San Juan Bautista:

Como la fama de Jesús se había extendido, el rey Herodes oyó lo que se decía entre el pueblo: que Juan Bautista había resucitado: y debido a esto, sus poderes actuaban en Jesús.

Otros, en cambio, opinaban que Jesús era Elías, y otros que Jesús era un profeta comparable a los antiguos.

Herodes, al oírlo, decía: Aquel Juan a quien yo le corté la cabeza... pese a ello... ¿ha resucitado?...

Pues este mismo Herodes había mandado apresar a Juan. Y lo había metido en la cárcel encadenado. El motivo fue que Herodes mantenía relaciones sexuales con Herodías. Mujer de su hermano Felipe.

Por lo que Juan le había dicho:

No te está permitido tener a tu cuñada por mujer.

Herodías se la tenía jurada a Juan; quería quitarle la vida. Pero no podía, porque Herodes miraba con respeto a Juan, sabiendo que era un hombre ético y santo. Aunque lo mantenía vigilado. Cuando lo escuchaba, quedaba perplejo. Pero le gustaba escucharlo.

La ocasión llegó cuando Herodes, por su cumpleaños, dio un banquete a sus amigos magnates, a sus oficiales y a la gente principal de Galilea.

La hija de Herodías en persona entró y danzó, excitando mucho a Herodes y a los comensales. El rey le dijo a la joven:

-Pídeme lo que quieras, que te lo doy.

Y le juró repetidas veces: Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino.

Ella salió a preguntarle a su madre: ¿Qué le pido? La madre le contestó: La cabeza de Juan Bautista.

Entró ella enseguida, a toda prisa, se acercó al rey y le pidió: Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan Bautista.

El rey se puso muy triste, pero debido al juramento y a los convidados, no quiso desairarla, y a continuación mandó un verdugo para que trajera la cabeza de Juan. Fue, lo decapitó en la cárcel, trajo la cabeza en una bandeja y se la entregó a la joven; la joven se la entregó a su madre.

Al enterarse los discípulos de Juan, fueron a recoger su cadáver y le dieron sepultura.

El padre Colombo comentó el episodio, diciendo:

-Podríamos preguntarnos por qué, si los cristianos decimos que "tenemos un Dios Bueno", ese Dios permite semejantes injusticias. Como el asesinato de Juan el Bautista, hombre santo, si los hubo alguna vez sobre la Tierra. O los asesinatos de nuestros hermanos tobas, en Napalpí, hace once años atrá. Familias trabajadoras, bondadosas, inofensivas, inocentes.

"Pues bien. Es un tema complejo.

"En primer lugar, sobre nuestro planeta existe el mal... pero no la muerte. Porque nada muere. Ningún ser vivo realmente desaparece, cuando se cree matarlo.

"Sino que se tranforma en otra cosa. Su cuerpo se disuelve, y puede alimentar a millones de especies microscópicas, con lo cual prolonga la Vida. O puede ser convertido en cenizas, con una hoguera. Y sus partículas dispersas en el aire o el agua.

"Tales posibilidades referidas a su conformación material. Pero su Consciencia, su Alma y su Espíritu, continuarán viviendo, eternamente.

"Es lo que vino a enseñarnos Jesús.

"Ahora bien, para que se entienda como esta sabiduría no es propiedad de ninguna religión, le pediré a mi concelebrante, Pelè Ecì, que nos aporte algo coincidente, desde la milenaria sabiduría maya, religión más antigua, quizá, que cualquiera de las nuestras. Y que casi todas las etnias aborígenes de esta región del mundo, han heredado en sus consciencias."

El silencio de la multitud que llenaba la amplísima plaza pública de Lucup Tiquiunky era absoluto. Ocurría algo extraordinario, que la pareja de ancianos alemanes no dejaban de notar: no había equipos amplificadores. De hecho, si se los hubiera montado, no hubiesen tenido con qué hacerlos funcionar: por ninguna parte se veían cables, en ese pueblo. Evidentemente carecían de corriente eléctrica. Pese a ello, las palabras del sacerdote, situado a unos cuarenta metros, al menos, de los alemanes, se escuchaban con una nitidez asombrosa. Como si les estuviera hablando al frente de ellos, a dos metros de distancia. Con el siguiente orador ocurriría lo mismo.

-Quiero retomar el concepto de que la muerte no existe -comenzó el tonocoté alto, agraciado y muy moreno. -Por una causa muy simple: la materia no es sólo materia. Sino también energía.

"La energía de todo el Universo, que puede manifestarse como un objeto material, o puede transportarse de un extremo a otro del mundo con forma de brisa, magnetismo, corriente acuática, éter reflector.

"Por eso las historias de la Creación, en todas las grandes religiones, coincide: es de esa energía fluyente, combinándola a veces con materia ya estacionada o inerte, de la que pueden obtenerse diversas formas de vida.

"A pedido del padre Colombo, voy a compartir con mi pueblo y todos los visitantes, que hoy nos alegran la jornada, un fragmento de la Creación, según el Popol Vuh. El libro sagrado de nuestros antepasados mayas. Dice así (de la creación del hombre):

"*Al instante fueron hechos los maniquíes, los [muñecos] construidos de madera; los hombres se produjeron, los hombres hablaron; existió la humanidad en la superficie de la tierra. Vivieron, engendraron, hicieron hijas, hicieron hijos, aquellos maniquíes, aquellos [muñecos] construidos de madera. No tenían ni ingenio ni sabiduría, ningún recuerdo de sus Constructores, de sus Formadores; andaban, caminaban sin objeto. No se acordaban de los Espíritus del Cielo; por eso decayeron. Solamente un ensayo, solamente una tentativa de humanidad. Al principio hablaron, pero sus rostros se desecaron; sus pies, sus manos, [eran] sin consistencia; ni sangre, ni humores, ni humedad, ni grasa; mejillas desecadas [eran] sus rostros; secos sus pies, sus manos; comprimida su carne. Por tanto [no había] ninguna sabiduría en sus cabezas, ante sus Constructores, sus Formadores, sus Procreadores, sus Animadores. Éstos fueron los primeros hombres que existieron en la superficie de la tierra.*

"Hasta aquí los primeros intentos de los Grandes Seres, que ya existían en el Universo, por crear a nuestra humanidad, según el Popol Vuh. Como no salieron muy bien, finalmente los destruyeron. Pero nadie murió. Lo que había de vida en ella perduraría. Volvería a ser vida en otras sucesivas creaciones. Y así hasta el día de hoy. Sólo leeré un pasaje de aquella Primera Destrucción, que se abatiría sobre los hombres imperfectos de la primera Creación americana (para llamarla con el nombre que más tarde le pondrían los europeos):

"*En seguida [llegó] el fin, la pérdida, la destrucción, la muerte de aquellos maniquíes, [muñecos] construidos de madera. Entonces fue hinchada la inundación por los Espíritus del Cielo, una* gran *inundación fue hecha: llegó por encima de las cabezas de aquellos maniquíes, [muñecos] construidos de madera.*

"*El tzité [fue la] carne del hombre: pero cuando por los Constructores, los Formadores, quisieron perfeccionar aquella raza, fue labrada la mujer. El sasafrás [fue la] carne de la mujer. Esto entró en ellos por la voluntad de los Constructores de los Formadores. Pero no pensaban, no hablaban ante los de la Construcción. Los de la Formación, sus Hacedores, sus Vivificadores. Y su muerte fue esto: fueron sumergidos; vino la inundación, vino del cielo una abundante resina. El llamado Cavador de Rostros vino a arrancarles los ojos: Murciélago de la Muerte, vino a cortarles la cabeza: Brujo-Pavo vino a comer su carne: Brujo-Búho vino a triturar, a romper sus huesos, sus nervios: fueron triturados, fueron pulverizados, en castigo de sus rostros, porque no habían pensado ante sus Madres, ante sus Padres, los Espíritus del Cielo llamados Maestros Gigantes. A causa de esto se oscureció la faz de la Tierra, comenzó la lluvia tenebrosa, lluvia de día, lluvia de noche. Los animales pequeños, los animales grandes, llegaron: la madera, la piedra, manifestaron sus rostros. Sus piedras de moler [metales], sus vajillas de barro, sus escudillas, sus ollas, sus perros, sus pavos, todos hablaron; todos, tantos cuantos había, manifestaron sus rostros.* "Nos hicisteis daño, nos comisteis; os toca el turno; seréis sacrificados, *les dijeron sus perros, sus pavos. Y he aquí [lo que les dijeron] sus piedras de moler:* Teníamos cotidianamente queja de vosotros; cotidianamente, por la noche, al alba, siempre*: «Descorteza, descorteza, rasga, rasga»* sobre nuestras faces, por vosotros. He aquí, para comenzar, nuestro cargo a vuestra faz. Ahora que habéis cesado de ser hombres, probaréis nuestras fuerzas: amasaremos, morderemos, vuestra carne, *les dijeron sus piedras de moler. Y he aquí que hablando a su vez, sus perros les dijeron:* ¿Por qué no nos dabais nuestro alimento? Desde que éramos vistos, nos perseguíais, nos echabais fuera: vuestro instrumento para golpearnos estaba listo mientras comíais. Entonces vosotros hablabais bien, nosotros no hablábamos. Sin ello no os mataríamos ahora. ¿Cómo no razonabais? ¿Cómo no pensabais en vosotros mismos? Somos nosotros quienes os borraremos [de la haz de la tierra] ; ahora sufriréis los huesos de nuestras bocas, os comeremos*: [así] les dijeron sus perros, mostrando sus rostros. Y he aquí que a su vez sus ollas, sus vajillas de barro, les hablaron:* Daño, dolor, nos hicisteis, carbonizando nuestras bocas, carbonizando nuestras faces, poniéndonos siempre ante el fuego. Nos quemabais sin que nosotros pensáramos mal; vosotros lo sufriréis a vuestro turno, os quemaremos, *dijeron todas las ollas, manifestando sus faces. De igual manera las piedras del hogar encendieron fuertemente el fuego puesto cerca de sus cabezas, les hicieron daño. Empujándose [los hombres] corrieron, llenos de desesperación. Quisieron subir a sus mansiones, pero cayéndose, sus mansiones les hicieron caer. Quisieron subir a los árboles; los árboles los sacudieron a lo lejos. Quisieron entrar en los agujeros, pero los agujeros despreciaron a sus rostros. Tal fue la ruina de aquellos hombres construidos, de aquellos hombres formados, hombres para ser destruidos, hombres para ser aniquilados; sus bocas, sus rostros, fueron todos destruidos*."

La alemana y el alemán estaban asombrados.

-No había escuchado jamás esto -le dijo Günther a su esposa.

-Yo tampoco -contestó ella.

-Entonces -exclamó Pelè Ecì- vemos en estos relatos antiguos cómo los Grandes Seres construyen o destruyen la materia con energía cósmica.

“Esta energía jamás desaparece luego, por más que su representación material sea destruida.

“Cada ser es responsable, pues de sus acciones. Porque, incluso las formas aparentemente inermes, como las piedras, poseen un grado particular de consciencia.

“La consciencia humana es una de las más altas sobre el planeta que llamamos Tierra. Por ello, al abandonar sus cuerpos las almas continúan portando sus consciencias.

“Esas almas ascienden o descienden. No todas van a los mismos lugares. Las almas de los humanos buenos, ascienden a planos de armonía. Las almas de los perversos, descienden a planos inferiores a los que habitaron cuando poseían un cuerpo... esta es la dinámica de la Naturaleza.

“Por eso es que los humanos conscientes no tememos a la muerte. Por eso es que San Juan, a pesar de haber sido perversamente sacrificado, inmediatamente asciende en su luminosa energía a un plano superior. Donde se relaciona felizmente con innumerables seres tan bellos y refinados como lo fuera él, en su Espíritu, sobre la Tierra.”

Finalmente habló, otra vez, el padre Colombo. Sólo para bendecir a todas y todos los presentes. Y anunciar que la comunión iba tener lugar durante el almuerzo. Pues, dijo, “así como Jesús repartía panes multiplicados por él, enseñando que ese era su cuerpo, y jugos de fruta, leche o agua, anunciando que beberían su sangre”, en la comunidad Sanavirona-Tonocoté se reproducía la verdadera comunión de Jesús. Santificando todas las comidas y las bebidas, tan generosamente provistas “por nuestra Madre Naturaleza”, como anunció.

Se habían colocado mesas redondas, confeccionadas con madera de paraíso, al igual que sus sillas, por todas los espacios abiertos en aquel vecindario. Cada una permitiría el almuerzo de unas veinte personas, cómodamente dispuestas a su alrededor.

De la capital de Santiago del Estero habían venido Edith Saganías, Olimpia Righeti, el doctor Peña y el escribiente Umbídez, en un auto manejado por este último. Como los otros visitantes, lo habían dejado en Macapillo.

De Añatuya, Carlos Abregú Virreyra, Homero Manzi y Casimiro González Trilla.

Además de la pareja de alemanes, eran los únicos visitantes urbanos, aquel mediodía. Los demás criollos, que se entremezclaban con los aborígenes, vivían en poblaciones vecinas, eran trabajadores en los obrajes, estancias o fincas de los alrededores cercanos.

Los de las ciudades se dispersaron luego de la misa, cada uno por su lado, ya que la fiesta abría una oportunidad única de compartir la sabiduría de los Sanavirones-Tonocoté. Buscaron ser

aceptados, especialmente, en mesas donde había ancianos. El doctor Peña y Umbídez fueron los únicos que se dirigieron juntos, directamente adonde sabían que estaban los más sabios de la comunidad. Porque ellos eran Ulalos.

Sobre las mesas había platos de madera y solamente cucharas y tenedores, del mismo material, a su lado. Los vasos eran de cerámica. Luego de que casi todas las mesas estuvieron ocupadas, jóvenes con remeras anchas y pantalones de lino, comenzaron a repartir la comida. Sabrosos preparados de carne picada y maíz, arroz, arvejas, junto a muchos otros vegetales. Purés de papa con leche, panes de centeno o harina de trigo. Las bebidas que se repartían eran: vinos, blanco y tinto. Jugos, de uvas, de naranjas, de limón y de manzanas.

Para los postres fueron servidos budines exquisitos y frutas frescas.

Luego del almuerzo, hacia las 15, se efectuó un extraordinario espectáculo musical. Y danzas del cuerpo de baile de la comunidad. Bellísimas jóvenes tonocotés y sanavironas, junto a sus compañeros, también muy agraciados, vestidos con primorosos trajes adornados con flores de muchos colores y exquisitos bordados, efectuaron danzas tradicionales de la región. Eran relevados por equipos de niños y niñas, de entre 8 y 10 años, luego por otros de ancianos, para volver en seguida los grupos juveniles con ropajes distintos, o disfraces majestuosos imitando aves y otros animales americanos. Así hasta las 18:00. Hora en que se invitó a los presentes a contemplar la gran exposición de pinturas, tapices, esculturas y artesanías. Anunciando, además, que la fiesta se daría por finalizada a las 21.

En una larguísima y ancha sala construida especialmente, al parecer, para este tipo de acontecimientos, lucían en las paredes coloridos tapices, de diferentes formas -rectangulares, redondos, cuadrados- representando todo tipo de estilos ilustrativos.

También pinturas, al aceite, al agua, dibujos y xilografías -aunque ellos no los llamaban así, sino tactuny. A los tapices, dibujos y pinturas, llamaban stuny. Y a las esculturas, yeptuny.

Los alemanes estaban fascinados.

-Conocen la abstracción... ¡mira, este cuadro podría ser de Picasso!-exclamaba Günther.

-¡Y esta escultura, de Max Ernst!-se admiraba Anna.

No dejaron de notar -como también Edith Saganías- que la iluminación era extraordinaria. Se suponía que en aquel salón cerrado, sin aberturas, salvo cuatro o cinco puertas abiertas a lo largo de sus sesenta metros, debería mostrarse penumbroso. Particularmente a esas horas -19:30, se fijo Günther en su reloj pulsera. Sin embargo, la iluminación era clara y perfecta. Aunque no se veían cables por ningún lugar. Y a nadie -mas que a nosotros, pensó el alemán- parece asombrar esto.

Varias jóvenes aborígenes circulaban, silenciosamente, por entre los visitantes. A una de ellas, Günther preguntó:

-Disculpe, señorita. ¿De donde obtienen ustedes esta uniforme iluminación?

-Es natural, señor -contestó la muchacha.

-¿Tienen electricidad?- preguntó el alemán.

-Sí -dijo la muchacha.

-Ah, me parecía... -reflexionó Günther Besolt. Pero no se ven cables... ¿Cómo la transportan?

-Por el aire.

-¡Oh!...-se asombró el alemán- ¡¿Y cómo lo hacen?!…

La joven lanzó una risita:

-No sé, señor... esas cosas las saben sólo nuestros tacalásyis… que son quienes se ocupan de eso...

El alemán no preguntó más.

A las 20:45 sonó una discreta campana, a la distancia, y los Yapoatosç -jóvenes varones y mujeres, que oficiaban de servidores, guías o proveedores de todo tipo de ayudas a los visitantes-, recorrieron los espacios de reunión para invitar a la despedida, que sería efectuada desde la veranda cardinal de aquella majestuosa sala de exposiciones.

Fue sencilla. Los ancianos rodearon a los referentes públicos de la comunidad, Pelè Ecì y Salvador Colombo. En el más absoluto silencio, meditaron durante un rato con sus ojos cerrados. Luego, levantando las manos bendijeron a los presentes. Agradeciendo la visita a quienes habían venido de otras comunidades. Agradecieron, también, por la hermosa fiesta, realizada entre todos, a sus hermanos de la comunidad Lucup Tiquiunky. Con quienes compartían tareas, proyectos y posesiones, cada uno de los días de sus vidas.

Capítulo 17

Se habían registrado 37 grados de calor a la sombra el 1 de diciembre, cuando lord Harvey Sylvester Pennington arribó, por vía aérea, a Buenos Aires. Debido a lo cual, acompañado por una discreta custodia-, se lo trasladó inmediatamente al Hotel Plaza. Donde

tendría un piso con aire acondicionado, en reserva efectuada por un tal John Hatt. Ramón Soriano, funcionario de confianza del presidente Justo, lo recibió en el aeropuerto. Y manejó el Buick Special Four-Door, modelo 1935, hasta el por entonces mejor hotel de la Argentina. Pennington era accionista principal y supervisor a cargo del comité administrativo de la empresa The Forestal Land, Timber and Railways Company Limited. Que, entre otros negocios internacionales, controlaba unas 2 millones 600 mil hectáreas de selva chaqueña. El grupo europeo, formado por once poderosos millonarios poseía bancos, instalaciones industriales y propiedades inmobiliarias en diferentes partes del mundo. Incluyendo China, La India y África. En Argentina, además de La Forestal, instalada entre el sur de la Provincia del Chaco y el norte de la provincia de Santa Fe, participaba también del grupo empresario que importaba los trenes y construía las estaciones de ferrocarriles, así como el tendido de las vías férreas. Cuyo trazado resultaba siempre en favor de las necesidades empresarias de los ingleses. Completando el circuito de explotación y expoliación de toda riqueza que se generaba en esta región del país. Sus ganancias eran sólo comparables con las de diez o doce estancieros bonaerenses, quienes, por otra parte, explotaban su producto -carne de vaca congelada para exportación- en dependencia absoluta y únicamente a través de las instalaciones frigoríficas inglesas en la Argentina.

Lord Pennington ingresó con alivio a su habitación en el piso con aire acondicionado. El joven y elegante camarero que lo acompañó hasta que se instaló cómodamente en el amplio aposento, descendió luego hasta el sótano. Allí, junto a la sala de máquinas, había una pequeña habitación destinada a herramientas y otros enseres. Donde, sin decir palabra, apenas con una sonrisa, el camarero entregó un papelito al hombre moreno, de unos 35 años, que armaba prolijamente cierto aparato mecánico. Luego de ello, regresó a su lugar de trabajo en el mismo ascensor.

El papelito decía:

HA LLEGADO EL BACALAO.

Había que enviar este mensaje, por telegrama, a un destinatario de Santa Fe. Cosa que, inmediatamente, el mecánico salió para hacer.

Al día siguiente, a las once de la mañana, Lord Pennington fue recibido por el presidente de la República, general Agustín P. Justo. Durante una hora y media, aproximadamente, dialogaron cordialmente sobre el único tema que traía como prioritario el inglés: la creación de una fuerza policíaca especial, dedicada exclusivamente a monitorear la región del Gran Chaco Sudamericano, controlado por las empresas inglesas. Y eventualmente reprimir levantamientos sindicales. Acciones que venía cumpliendo un ejército privado: The Flying Gendarmerie (La Gendarmería Volante). Hueste represiva conducida por oficiales retirados ingleses, aunque compuesta por soldados criollos. La cual, popularmente era conocida como Los Colorados de La

Forestal. Pues esta empresa capitalista los proveía de uniformes rojos, además de modernos equipos como armamento y hasta artillería mediana.

El reclamo de Pennington a Justo provenía de los numerosos conflictos judiciales que con frecuencia trababan o sancionaban algunas de las actividades represivas de “Los Colorados”. Esto, unido a boicot o choques con policías locales, comisionados municipales y otros funcionarios públicos, más el oneroso mantenimiento de una fuerza de elite, costo que los accionistas consideraban deficitario, debiendo -según sus criterios- el Estado Nacional garantizar la seguridad de las empresas productivas en el mercado, hacía imperativo el argumento que este alto funcionario anglosajón traía.

Obtenida que hubo la promesa del presidente Justo de que pronto se concretaría esta petición, Pennington se retiró de la Casa Rosada muy satisfecho. Pues el educado militar argentino -quien se expresaba en un bastante aceptable inglés-, le había asegurado que los senadores, incluso los socialistas, aprobarían por mayoría absoluta la creación de la nueva falange estatal represiva. A tal punto que, tomando la sugerencia inglesa, ya tenía su nombre: Gendarmería Nacional Argentina.

Así las cosas, el empresario inglés partió temprano, el martes 2 de diciembre de 1935, hacia Santa Fe. Lo hizo en el mismo Buick Special Four-Door, que manejaba el joven abogado Ramón Soriano, llevando en su asiento trasero como custodio sólo a un oficial retirado del Ejército Argentino. Pues se le había asegurado que las rutas en toda la Pampa Gringa -como había comenzado a llamársela por entonces- eran altamente seguras bajo el gobierno de La Concordancia Republicana.

Efectivamente. Cerca del mediodía llegaron, luego de un viaje caluroso, pero sin otra cualidad desagradable, al casco principal de La Forestal, en Guaycolec. Donde lo esperaba un opíparo almuerzo, junto a los principales gerentes y jefes de todas las áreas de la importante empresa, incluyendo esposas, hija e hijos y otros miembros de sus familias, del cual participaría también, halagado, Ramón Soriano. Enviando, en cambio, al militar custodiante, a otro salón, apartado, para almorzar con personal de servicio, jefes de obrajes, cocineros principales, capataces, oficiales de la Gendarmería Volante, etcétera.

El miércoles por la mañana, hasta bien pasado el mediodía, Lord Pennington revisó las cuentas de la empresa, acompañado por el recaudador de La Forestal Company, Mr. Walter Hicks, y el gerente argentino Mr. Teodoro Martínez de Hoz. Después de esa tarea, decidió acogerse a una breve siesta. Luego de la cual tomó un reconfortante baño, y acicalándose con un liviano traje de hilo, se preparó para recibir el homenaje de la comunidad Ñandeva-tapieté. Acompañados por el comisionado municipal de Villa Ana, Camilo Ceretto.

La ceremonia sería muy agradable. Unos veinte indígenas, entre hombres, mujeres, ancianos y niños, vistosamente ataviados con ropajes muy coloridos, plumas, y hasta arcos y

flechas, entregaron presentes al visitante inglés. Y una ofrenda floral, con un texto en guaraní que decía:

Aguyje karai Harvey Sylvester Pennington ome'ê haguére oréve óga iporãitereíva ha ojeikokuaa haguã.

(Gracias, señor Harvey Sylvester Pennington por habernos dado casas muy cómodas y habitables. Con amor.

Halagado, lord Pennington ordenó a Martínez de Hoz que repartiera encendedores de acero que funcionaban a bencina, entre los nativos. Quienes los recibieron dando muestras de asombro, con moderada algarabía.

Junto a ellos habían venido algunos funcionarios municipales, así como una pequeña delegación escolar, compuesta por niñas y niños de entre 12 a 14 años, con cuatro docentes. Casi todos rubios, cosa que sorprendió un tanto a lord Pennington. Luego le aclararían que en aquella región una gran parte de la población civil pertenecía a inmigrantes europeos y sus descendientes.

Los días siguientes iban a transcurrir de parecida manera: revisando cuentas o inspeccionando instalaciones de La Forestal en Villa Guillermina, Las Toscas, Lanteri y Las Garzas, todas localidades cercanas a la central administrativa de la gran empresa. Allí pudo ver el británico que la gran mayoría de los obreros de las fábricas, mantenimiento, transporte y otras numerosas secciones productivas eran casi todos criollos o aborígenes, sin poder distinguir en ocasiones quienes pertenecían a cada una de esas razas. Y sus condiciones de trabajo, así como sus indumentarias, sumamente pobres, e igualmente las carpas o chozas donde se alojaban.

Hasta que llegó el sábado 6 de diciembre de 1935. Día que amaneció bastante fresco, suavemente nublado y con un vientecillo agradable que disipaba el agobio de días anteriores, en los cuales se habían registrado temperaturas de más de 40 grados a la sombra.

Para ese día, habían decidido en secreto efectuar una sigilosa inspección a una zona montuosa junto a la localidad de Gato Colorado, cercana de allí, como a unos quince kilómetros. Martínez de Hoz había informado al gerente británico sobre la existencia de un yacimiento oculto entre la selva, de inmensos restos de material meteórico, conteniendo riquísimos fragmentos de minerales útiles para la industria metalúrgica, como el hierro o el cobre.

Partieron, pues, a las 7 de la mañana, en el Buick gubernamental, lord Pennington, Martínez de Hoz, el abogado Soriano, quien continuaría oficiando de chofer, y un custodio apellidado Scarpinato.

El camino, por partes enripiado, era estrecho, aunque no polvoriento, debido a la espesa vegetación que lo flanqueaba, e incluso, por tramos, ensombrecía. De pronto, tuvieron que

detenerse, pues una gigantesca tipa (Tipuana tipu), se había desplomado sobre la ruta, impidiendo el tránsito.

Mientras deliberaban, luego de haber descendido del auto, sobre cómo quitar el obstáculo -o si convenía regresar y enviar obreros para hacerlo-, emergieron rápidamente seis o siete jinetes, desde los cuatro costados. Scarpinato intentó llevar su mano izquierda al interior del saco pero un fustazo en la frente lo derribó.

Apuntándolos con armas largas, les ordenaron colocarse los cuatro con las manos en la nuca junto al auto. Cuando lo hicieron, tres hombres bajaron de sus caballos y los palparon de armas. Requisándole un revólver Colt, calibre 45, al custodio, el único que las portaba.

Posteriormente, subieron al Buick Special Four-Door a lord Harvey Sylvester Pennington, apuntándolo con una pistola. Y le ordenaron sentarse al lado del conductor, un hombre muy moreno de ojos verdes. Lo otros dos subieron atrás. Luego de retroceder con el auto, partieron todos, muy raudamente, por donde hasta entonces los empresarios habían venido. Seguidos al galope por sus compañeros, quienes llevaban de las riendas los tres caballos desocupados.

Martínez de Hoz, Scarpinato y Soriano quedaron allí, en medio de aquel caminito selvático. Sin saber qué hacer. Scarpinato sangraba un poco desde la frente. Pero su herida no era algo de gravedad. Finalmente decidieron regresar caminando. Hasta que pudieran hallar el rancherío, para pedir a alguien que los acercara a la Administración de la empresa en algún vehículo, aunque más no fuera a lomo de mula o sobre el anca de algún caballo.

A partir de aquí sintetizaremos lo sucedido, desde la captura de lord Pennington por gauchos incógnitos, hasta su posterior liberación, sano y salvo, el 24 de diciembre por la madrugada. Lo haremos reproduciendo textos, de diarios locales -y extranjeros, especialmente de Gran Bretaña.

Domingo 7 de diciembre de 1935.

Diario El Argentino, de Santa Fe.

En un pequeño recuadro, publica en Policiales el siguiente corto:

ÚLTIMA HORA - URGENTE

Visitante Británico presuntamente secuestrado

-En horas de la noche ingresó a esta Redacción, de fuentes confiables, el dato de que un funcionario británico, que visitaba la Argentina, por razones comerciales, habría sido secuestrado

en el transcurso de un viaje hacia el límite Norte de nuestra provincia. Ampliaremos en la edición de mañana, lunes.

Martes 9 de diciembre de 1935

El diario Crítica, de Buenos Aires, publica en su portada, con titulares catástrofe:

¡Lord Inglés secuestrado! Preocupación en ámbitos gubernamentales

Gran conmoción ha causado en ámbitos gubernamentales y diplomáticos el secuestro del lord inglés Sir Harvey Sylvester Pennington. Quien se encontraba efectuando una visita empresarial a nuestro país. Y había viajado a la provincia de Santa Fe para cumplir parte de dichos fines. Un grupo de forajidos, montados a caballo, lo capturó aplicando violencia para reducir a su único custodio. Partiendo raudamente con su presa y apoderándose, asimismo, del flamante automóvil Buick modelo 1935, que el gobierno Nacional del presidente Agustín P. Justo, cordialmente había asignado al ilustre huésped.

The Times

12 de diciembre de 1935

London, 12/12/1935 (Agencies and correspondent).

An unusual tragedy has occurred in the foggy and inhospitable Argentine jungles. A distinguished and noble British citizen has disappeared. Victim of a sinister band of Argentine gunmen. Possibly gauchos or Indians. Apparently they were common criminals. Although the possibility that the perpetrators of the despicable criminal act, for propaganda purposes, were anarchist or communist subversives is not ruled out.

Traducción:

Londres, 12/12/1935 (Agencias y corresponsal).

Una insólita tragedia ha ocurrido en las brumosas e inhóspitas selvas argentinas. Un distinguido y noble ciudadano británico ha desaparecido. Víctima de una siniestra banda de pistoleros argentinos. Posiblemente gauchos o indios. Al parecer se trata de delincuentes comunes. Aunque no se descarta la posibilidad de que hubieran sido subversivos anarquistas o comunistas quienes perpetraran el deleznable hecho criminal, con fines propagandísticos.

Diario La Nación

Buenos Aires, 14 de diciembre de 1935.

Estaría próxima la liberación de Lord Pennington por fuerzas policiales

-En una conferencia de Prensa efectuada ayer por la tarde en el Ministerio del Interior, su titular, el doctor Leopoldo Melo, anunció que fuerzas policiales y militares combinadas, abocadas al hallazgo y rescate de lord Harvey Sylvester Pennington, estarían próximas a concretar sus objetivos. Esto es, la liberación del ilustre visitante británico y la captura de la pequeña banda de delincuentes que lo habría secuestrado para solicitar rescate.

El delegado empresarial de importantes grupos industriales, financieros y agrícolas del Reino Unido, estaría detenido, en buen estado de salud, por estos delincuentes en una próspera localidad rural del sur santafesino.

Ahora - Revista semanal

Miércoles 18 de agosto de 1935

Matecosido tiene al inglés: se burla de la policía

-En una carta dirigida al director de Ahora, el conocido bandolero Segundo David Peralta, más conocido popularmente como "Mate Cosido", afirma tener en su poder al señor Harvey Sylvester Pennington, miembro del directorio de la empresa multinacional denominada La Forestal Argentina.

"Mienten los que dicen tenernos cercados", dice el popular Matecosido, "no tienen ni idea de dónde estamos". A continuación, Peralta indica que el señor Pennington se encuentra muy bien de salud, alimentado y alojado confortablemente, pero no será devuelto y podría desaparecer definitivamente si no se cumplen con las siguientes condiciones:

1. Que la Forestal Argentina se comprometa a indemnizar a las familias cuyos trabajadores fueron asesinados o despedidos sin compensación alguna durante los trágicos hechos represivos perpetrados durante las huelgas obreras y movilizaciones del periodo 1919 a 1921.

2. Que la Forestal Argentina distribuya en 16 poblados de hacheros santafesinos, chaqueños y santiagueños bolsones con alimentos cuyas características les fueron comunicadas directamente hace 48 horas.

3. Que la Forestal Argentina firme ante escribano público, el compromiso de edificar viviendas dignas, con ladrillos y techos de cemento, en lugar de los ranchos plagados de vinchucas donde habitan los hacheros y otros trabajadores de la multinacional.

4. Que la empresa Forestal Argentina deposite la cantidad de 500 millones de pesos argentinos en una cuenta de un país americano que se le proveerá por comunicación privada.

Ese mismo día, Miércoles 18 de diciembre de 1935, el diario Crítica publica en su primera plana:

BAIROLETTO IMPLICADO EN EL SECUESTRO DEL INGLÉS

-En nuestra Redacción se receptó una carta procedente de Curitiba, Brasil, firmada por el conocido anarquista santafesino Juan Bautista Bairoletto.

En la misiva, el subversivo comunica que su agrupación ácrata participó activamente en el secuestro del señor Pennington, gerente inglés de La Forestal Argentina y otras empresas bancarias y financieras de Gran Bretaña. Así como en la provisión de elementos "técnicos e infraestructura territorial" para el actual mantenimiento en una "cárcel del pueblo" al "explotador capitalista inglés".

Comunica, además que deben cumplirse las condiciones fijadas por el señor Segundo David Peralta, alias Mate Cosido, pues de otro modo, tanto la empresa como el capturado deberán "atenerse a las consecuencias".

19 de diciembre de 1935.

Diario Le Siècle

La situation de l'homme d'affaires anglais kidnappé en Argentine est préoccupante

Sir Harvey Sylvester Pennington est détenu depuis 13 jours par un groupe de bandits et d'anarchistes argentins. Les ravisseurs ont demandé à la Compagnie forestière argentine une indemnisation extraordinaire pour les familles des travailleurs. Ce sont ceux qui ont été exécutés lors de la répression des grèves et licenciés lors des luttes syndicales de 1919 à 1921. Pendant ce temps, les forces de la Police Fédérale, de la Gendarmerie et de la Police provinciale ratissent tout le territoire de la Province de Santa Fe. Jusqu'à présent, non. résultats.

Traducción:

Preocupa la situación del empresario inglés secuestrado en la Argentina

Sir Harvey Sylvester Pennington lleva ya 13 días prisionero de un grupo de bandoleros y anarquistas argentinos. Los secuestradores han solicitado extraordinarias indemnizaciones para las familias de obreros a la Compañía Forestal Argentina. Se trata de aquellos que fueron ejecutados en la represión a huelgas y despedidos en las luchas sindicales de 1919 a 1921. En

tanto, fuerzas de la Policía Federal, la Gendarmería y policías provinciales rastrillan todo el territorio de la Provincia de Santa Fe. Hasta ahora, sin resultados.

Diario La Nación

Buenos Aires, 21 de diciembre de 1935

Suspenden búsqueda de lord Harvey Sylvester Pennington

Por orden del presidente de la república, general Agustín P. Justo, todas las fuerzas federales han emprendido el regreso a Buenos Aires.

Al parecer la medida se toma a solicitud del embajador del Reino Unido en nuestro país, Sir Nevile Meyrick Henderson, KCMG. Quien habría dispuesto negociaciones con presuntos representantes de los secuestradores. También la empresa The Forestal Land, Timber and Railways Company Limited, directamente desde Londres, se habría comunicado con el presidente Justo en igual sentido.

Por su parte, el asesor principal del Ministerio del Interior, Ramón S. Castillo, en declaraciones a la prensa admitió que se encuentran avanzadas las conversaciones con los anarquistas para que se efectúe, “en el menor tiempo que sea posible” la liberación del ilustre visitante británico.

Diario El Argentino, Entre Ríos

22 de diciembre de 1935

La Forestal reparte víveres entre los más humildes

Santa Fe (C) - Gran algarabía se vive hoy en numerosas localidades santafesinas. Así como también en otras chaqueñas y de la provincia limítrofe de Santiago del Estero. Todas dependientes laboralmente de las procesadoras de tanino, aserraderos, y otras explotaciones agrícolas e industriales de la compañía inglesa La Forestal. Al parecer, se estaría cumpliendo con parte de un acuerdo, celebrado entre la directiva de esta empresa, los gobiernos de Santa Fe y de la Nación, así como de la embajada británica en la Argentina. Con el sentido de obtener la pronta liberación del destacado empresario inglés lord Sylvester Pennington, quien, como se sabe, permanece secuestrado en algún lugar desconocido desde el sábado 6 de diciembre del corriente año.

Diario El Orden, Santa Fe

24 de diciembre de 1935

JÚBILO:

LIBERAN A LORD INGLÉS SECUESTRADO POR BANDOLEROS

El distinguido lord inglés Sir Harvey Sylvester Pennington apareció, alrededor de las 6 de la mañana, errante en un paraje montuoso y sin urbanización. Entre las localidades de Bandera, Santiago del Estero, y Villa Minetti. Habría caminado, al parecer, desde el sitio donde lo pusieran en libertad sus secuestradores, hasta la senda vecinal de una pequeña aldea Toba. Donde lo recibieron estos humildes habitantes limítrofes de las dos provincias. Puesto que lord Pennington solo puede expresarse en inglés, idioma obviamente no comprendido por los naturales, hubo dificultades de estos y alguna desconfianza al comienzo. Resuelta afortunadamente por el don de gentes del distinguido empresario. Quien, a pesar de encontrarse con su camisa y el resto de su vestuario algo descompuesto, logró hacerse comprender y consiguió ser llevado hasta la población más cercana. Desde donde, ya recibido con gran aprecio y alegría por algunos ciudadanos blancos, fue inmediatamente trasladado a oficinas locales de La Forestal. Desde donde partió, rápidamente, hacia Villa Ana en un vehículo adecuado de la propia empresa Forestal.

La Prensa

Buenos Aires

24 de diciembre de 1935

No fue posible establecer contacto con el noble británico lord Harvey Sylvester Pennington, luego de su liberación por parte de los forajidos que lo mantuvieron cautivo durante dieciocho días. Directamente desde Santa Fe, lord Pennington fue trasladado en una avioneta privada a los campos de la familia Martínez de Hoz en Bragado. Allí, en una aeronave enviada por el duque de Windsor, partió inmediatamente hacia su país.

Revista Ahora

Edición Especial de Navidad. 25 de diciembre de 1935.

La revista Ahora, semanario de gran popularidad en los sectores medios y trabajadores de la sociedad, se editaba en tamaño tabloide. En ocasiones especiales publicaba dos ediciones distintas durante la misma semana. Su tirada era posiblemente la mayor de todos los medios argentinos, y solía agotarse rápidamente en las provincias argentinas.

Este número de Ahora dedicó doce páginas a informar sobre el cumplimiento de las condiciones impuestas por el tucumano David Peralta y el santafesino Juan Bairoletto a La Forestal.

Con grandes fotografías en color sepia, mostraba las extensas filas de mujeres y niños, extremadamente humildes, que se formaban en las numerosas delegaciones provinciales de la empresa forestal en Santa Fe, El Chaco y Santiago del Estero. Para cobrar las indemnizaciones dispuestas como resarcimiento por la pérdida de sus familiares directos en la masacre represiva practicada durante las huelgas obreras de 1919 a 1921.

En otras fotos, se mostraba, también, el reparto de alimentos no perecederos. Bolsas de harina, fideos envasados, azúcar, yerba, galletitas, polenta, etcétera, se distribuían entre las miles de familias indigentes que componían estas poblaciones de donde la empresa capitalista inglesa extraía el tanino de sus quebrachos y utilizaba la madera para múltiples usos. Extrayendo del proceso siderales ganancias.

The Daily Telegraph

Londres, 6 de enero de 1935.

En los días en que se preparaba la coronación del joven rey de Inglaterra Eduardo III, duque de Windsor y Príncipe de Gales, lord Harvey Sylvester Pennington concedió un reportaje exclusivo a este importante periódico de su país. Compartiremos, debajo, una traducción de sus principales conceptos.

Luego de afirmar que fue muy bien tratado por los jefes de sus secuestradores, Segundo David Peralta y Juan Bautista Bairoletto, a quienes consideró unos “caballeros silvestres”, el representante del grupo empresario que integraba La Forestal junto a grandes bancos internacionales e industrias establecidas en diferentes países del mundo, lord Pennington no quiso extenderse demasiado en los detalles de aquél incidente. Prefirió, en cambio, indicar que la misión para la cual había sido comisionado, se había cumplido sobradamente y con notable éxito en la Argentina. Tal era obtener una optimización administrativa del funcionamiento empresarial de la compañía en ese país. Y los acuerdos con el gobierno del general Justo que permitieran maximizar las ganancias para Inglaterra. En un tiempo de crisis capitalista global, iniciado de forma catastrófica con el crack de la Bolsa de Wall Street en Estados Unidos, ocurrido entre el 24 y el 29 de octubre de 1929.

Inglaterra había sido el imperio que mejor estaba capeando la circunstancia, pese a la caducidad de gran parte de su industria, ante competidores tan potentes como Alemania, Francia y Estados Unidos. Ello porque había sabido aprovechar la inmensa rentabilidad de sus

inversiones bancarias en otros países, como La India, Australia, Sudáfrica, Canadá, etcétera. Pero destacaba, especialmente, los arreglos e inversiones en la Argentina, de esta manera, que citaremos en forma textual:

[Fragmento]

Gran Bretaña tiene de 500 a 600 millones de libras esterlinas invertidas en la Argentina. [...] Hay en Gran Bretaña unos 32.000 kilómetros de ferrocarriles. Los ferrocarriles argentinos de propiedad y gerencia británica constituyen una red de más de 25.000 kilómetros y esta red se extiende sin cesar. La casi totalidad de las locomotoras, material rodante, rieles, accesorios mecánicos y carbón, es adquirida en Gran Bretaña. Lo cual proporciona ocupación segura a miles de obreros británicos. [...] Casi todo el capital está en poder de miles de accionistas británicos, y su renta anual satisface impuestos británicos por valor de varios millones.

[...] Además de los ferrocarriles tenemos allí tranvías, obras hidráulicas, gasómetros, empresas de utilidad pública de toda clase.

Hasta hace poco tiempo eran nuestros los teléfonos. Hemos construido puertos y sistemas de irrigación. Las entidades británicas tales como Bovril, Liebig‘s, La Forestal y la Argentina Southern Land Company, sin hablar ya de los particulares, poseen millones de acres de terrenos y millones de cabezas de ganado. Y la mayor parte de estas entidades y sus empleados británicos, hombres jóvenes, realizan asimismo sus compras en Inglaterra. Los beneficios son buenos y pagan los correspondientes impuestos británicos.

[...] en lo relacinado con los fletes, la mitad de las 11.000.000 de toneladas que entran anualmente en los puertos argentinos, es británica, y una parte considerable de esta mitad ha sido construida especialmente para el comercio de carne chilled, en el que compite con varias líneas extranjeras subvencionadas.

Por todas estas razones y otras, que el gerente inglés expuso ante la opinión pública del Imperio Británico, es que consideraba a su viaje, para obtener un mejor ajuste del régimen de sumisión económica, en que por entonces el gobierno liberal argentino había aceptado someter a su población, en favor de Inglaterra, como “altamente exitoso”. Pese a lo que llamó “inconvenientes”. Surgidos, de un modo inesperado, en Santa Fe, durante aquella misión de índole diplomática y empresarial.

Capítulo 18

Las alemanas y los alemanes decidieron pasar Nochebuena en Santiago. Con tal propósito, reservaron una mesa, para sesenta personas, en el Lawn Tennis Club. Había costado convencer al gerente general, Alfred Röhm, para que los eximiese de trabajar el jueves 25. Aquél año Nochebuena caía miércoles. El gobernador Castro había declarado asueto administrativo

desde el mediodía del 24, hasta el 2 de enero inclusive. Pero Röhm insistía en que no debían dejarse influir por las conductas de los santiagueños. Y aunque fuera un periodo extraordinario de celebraciones, para esta sociedad, ellos necesitaban producir numerosos resultados u objetos para lo cual se habían fijado fechas perentorias anticipadamente. La mayoría de las alemanas y alemanes tenían entre 20 y 25 años de edad. Y pese a la intensidad de sus tareas cotidianas, se habían hecho ya de numerosos amigos y amigas, en los últimos seis meses transcurridos desde que llegaran a esta provincia argentina.

En aquella Nochebuena, los vecinos del centro santiagueño asistían a la tradicional Misa del Gallo, que comenzaba en la catedral a las 0:30. Después de ello, cada quien continuaba con sus festejos. En los barrios, cada capilla celebraba, también, la Misa de Gallo con sus vecinos propios.

La delegación alemana había cenado en el Lawn Tennis; algunos, como Arturo del Malvar, Ilsa Hagen, Sam Dooley con su novia Tina Rodríguez, y unas ocho parejas más, vinieron hasta el centro en cinco automóviles. Mientras el resto se quedó en el club. Cuando regresaron ya la concurrencia era multitudinaria; tanto, que tuvieron que hacer cola en la entrada para poder reingresar.

La mayoría de quienes acudían eran jóvenes. Elegantísimos en sus trajes o smokings, los muchachos, bellísimas en delicados vestidos de gala, cientos de niñas de la Sociedad Culta y Pudiente, santiagueña.

La noche era calurosa; quienes más padecían sus livianos sacos eran los extranjeros; los santiagueños aparecían todo el tiempo felices, muy orondos, aunque casi todos ellos iban con ropajes azules oscuros, o negros.

Arturo, Ilsa, Tina y Sam, bailaron. Tanto cuando comenzó a tocar la orquesta, como cuando los pilotos musicales difundían grabaciones. Hacia las dos de la madrugada, casi todos los hombres se habían quitados los sacos, y otros muchos, los prejuicios. Desde muchachos que jugaban al carnaval descorchando botellas de sidra, hasta quienes se subían a los árboles, o intentaban torpes pantomimas para divertir a sus barritas, entre la desbordante multitud que rodeaba las dos pistas, a cada lado de las piletas de natación, se sucedían tumultos, disueltos con paciencia infinita por los sufridos agentes de la Policía Provincial.

La pista estaba siempre completa. Las parejas apenas podían mecerse un poco, abrazadas, entrechocándose. Era suficiente, claro. Nadie intentaba, realmente, bailar. El asunto era, sólo pasarla bien. Estar juntos, apretados, todas y todos, jóvenes y algunos no tanto, maduros, varios, ancianos, algunos pocos.

Cierto joven provocó un repentino barrullo a los gritos, contra otro que al parecer los había pisado, o empujado: el presidente del club corrió a separarlos, con tan mala fortuna que resbaló en un charco a un costado de la pista y cayó de bruces. Estaba, por cierto, también algo

alcoholizado. Varios corrieron a levantarlo. Cuando se repuso, sacudiéndose el pantalón y el saco, se acordó que debía separar a dos jóvenes que peleaban entre los bailarines. Pero las cosas ya se habían tranquilizado. Los pseudo danzantes continuaban, serenos, su estrecho fregoteo de Navidad.

Arturo, Ilsa, Tina y Sam se fueron de allí como a las cuatro de la madrugada. Luego de llevar a Tina hasta su casa en el barrio Huaico Hondo, y dejarla allí, dieron la vuelta por la avenida que rodeaba al Aeropuerto, para tomar la ruta a Tucumán -en sentido contrario. Que los llevaría, pronto, a la finca Del Malvar, en Villa Mercedes.

Los amantes durmieron en la casa de Arturo, como hasta las dos de la tarde. Ella se levantó de un salto, para dirigirse, graciosamente a la cocina.

-Voy a cocinar algo para ti -exclamó-. ¿Dónde están las provisiones?

-En la hielera, de la cocina.

-¿Qué tienes?

-Carne de vaca, de pollo y de cerdo. Garbanzos en escabeche. Mondongo en escabeche. Charqui. También hay, en la alacena, arroz, polenta, zapallos, papas, zanahorias, puerros, y otros vegetales.

-¿Tienes miel?

-Sí. En la alacena.

-Te prepararé *pané* de pollo, exquisito.

-¿Qué es eso?

-Milanesas a la francesa.

-¡Gracias! Seguramente me va a encantar...

Media hora más tarde estaban almorzando, con ensaladas, pan casero, y un vino especial, patero riojano, tinto tardío, que había guardado Arturo en una tina de algarrobo para circunstancias especiales. (Si había alguna, esta superaba cualquier otra posibilidad.)

Después de almorzar, se fueron al Misky Mayu. Entre el puente Negro y el Puente Carretero, la vegetación era casi impenetrable. En medio de las tuscas, los aguaribais, los seibos, y otras numerosas plantitas regionales, se deslizaban sinuosos caminitos vecinales. Que Arturo conocía muy bien.

Desde las arenas en la orilla, el panorama resultaba portentoso. Abajo, el anchísimo cauce; hacia el Este, un panorama de árboles bajos, frondosos, en verdes con miles de matices. Que se perdía en el horizonte. Hacia el Norte y el Sur, Cielo. Así, con mayúscula. Ilsa nunca había visto un cielo como este. Se lo dijo a Arturo.

-Qué hermoso es Santiago... -exclamó Ilsa.-Su naturaleza y su gente son bellísimas... aquí hay paz... nunca he vivido una paz así... hay paz en las personas, en el aire, en los árboles...

Estuvieron un rato largo sin decir nada. Luego de ello, Arturo preguntó:

-¿Te sientes bien junto a mí?

-Soy feliz. -contestó Ilsa.

-Yo también.

-Creo que podría quedarme a vivir en Santiago -continuó la joven. Aún es pronto para decidirlo; pese a ello, lo estoy meditando.

Arturo no contestó. Estaba emocionado.

El sábado 28 de diciembre, La Orquídea presentó su Fiesta de los Inocentes. Los jóvenes -y el mismo Arturo-, no habían leído jamás los Evangelios ni alguna Historia de Jesús, más allá de lo que recibían de los catequistas, en alguna parroquia o en las escuelas primarias y secundarias. Debido a lo cual, creían que el Día de los Inocentes era algo más bien referido a las personas crédulas hasta la exageración. Por ello, aquel día se efectuaban chistes -a veces algo pesados, entre los varones-, regalos que resultaban chascos, etcétera.

El encuentro obtuvo gran éxito. Nuevamente subirían al escenario Los Romero, con su interpretación melódica de los boleros más populares por entonces en boga. Luego, un nuevo grupo de jazz: Sam Dooley y su quinteto The Happy Boys. Junto al pianista afroamericano, tocaban Leo Diganni -19 años, batería-, Walter Anselmo -25, saxo tenor-, Selva Morán -20, guitarra eléctrica y voz-, y Pedro Orieta -17, contrabajo.

Tocaban foxtrot, boogie woodgie, jazz y rhythm, algo de rumba y chachachá. La novedad era un raro mix que había introducido Sam, y el denominaba Rock and roll. Desconocido hasta entonces, el Rock and roll había sido para las comunidades negras estadounidenses, en el siglo XIX, una música religiosa. Que solían interpretar, durante sus fiestas clandestinas, para dar gracias a Dios por haber sobrevivido una semana más. Bajo las duras condiciones de esclavitud, miseria y discriminación brutal a que por entonces los sometían los blancos anglosajones norteamericanos.

Así pues, la única gente que aun en la década de 1930 solía hablar de “rocking” eran los cantantes afroamericanos de góspel. “Rocking” era un término usado por los afroamericanos para denominar la “posesión” que experimentaban, en determinados encuentros religiosos. El término también hacía referencia al contagioso ritmo, que estimulaba la dicha, durante aquella profunda experiencia mística.

Aquella noche el rock and roll se interpretaría, pues, por primera vez en la historia, desde un escenario profano y ante personas mayoritariamente blancas -aunque, por cierto, en la población santiagueña había descendientes de indígenas, mestizos de tez oscura y hasta negros, aunque prácticamente ningún africano en estado puro.

Arturo e Ilsa festejaron la Nochevieja juntos, en Garza, invitados por la familia Revainera Saadi. Luego de una gran cena -a la cual había asistido prácticamente todo el pueblo-, como también los alemanes que trabajaban allí, llegadas las tres de la madrugada los enamorados habían emprendido el regreso, a la ciudad capital. Donde pasarían, el primer día del año 1936, junto la pileta del Lawn Tennis.

El lunes 5 de enero, aprovechando su día de franco, Sam decidió ir al centro de Santiago. Para quedarse a almorzar, quizás, en el Mercado Armonía. Donde seguramente se iba a encontrar con algunos amigos.

Tomando su bicicleta salió bajo la brisa fresca, buscando bordear la ruta aprovechando la continua sombra que aún proyectaban los árboles desde el Sur. En un día soleado, cuya temperatura podría llegar a los cuarenta grados centígrados. Aunque a esa hora -8:30 de la mañana- aún estaba fresco.

Por entonces se había abierto un nuevo concesionario de la Ford en Santiago del Estero. En la misma esquina de Pedro León Gallo y Belgrano. Sam enfiló hacia allí.

Junto a la vidriera, con su bicicleta en la mano izquierda, se puso a examinar los ocho o diez automóviles relucientes que se divisaban a lo largo y lo ancho del amplio salón interior. Cuando escuchó que alguien le hablaba en inglés. Al principio no reaccionó en absoluto, pues se había extasiado con un modelito Deluxe Coupe for Sale, para dos personas. Luego se dio vuelta asombrado. ¡Era el extranjero! Aquél de mirada siniestra. Que los había observado, durante toda la noche inolvidable del pasado invierno en que, por fin, se habían reencontrado, en La Orquídea, Arturo e Ilsa.

-You like cars, huh Sam? Would you like to have a brand new one? No? -decía el tipo.

-Oh, yes, sir!... I particularly like that coupe... -contestó Sam - perhaps I can buy one soon... with my savings, and perhaps some help from my boss to get the loan... But you can speak to me in Spanish, please... I have already become accustomed to this language…

-Te hablaré en español... Sam... pues parece que quieres olvidar tu pasado estadounidense… -exclamó el otro. -¿Por qué Sam? -continuó: Quizás, no quieres que tus nuevos amigos sepan que eres huérfano... que tu padre murió en la cárcel, donde había caído por reiterados robos y asesinatos a mano armada... Que te crió tu madre, saltando de un estado a otro para sobrevivir... ¿y que tú mismo caíste en un Reformatorio Juvenil a los 14 años, por robar una bicicleta?

Bajo el calor que ya había ascendido hasta unos 30 grados a las diez de la mañana, Sam sintió que se le congelaba la sangre.

-¿Quién es usted?, preguntó, cuando logró reaccionar.

El hombre, de fríos ojos azules, le mostró una credencial:

OSS, tenía grabada la tapa, sobre una chapa rutilante. Office of Strategic Services, más abajo. Cuando el personaje la abrió, indicaba adentro:

Captain Rooney Gallagher -decía-. Intelligence Officer.

-¿Qué puedo hacer por usted, señor?- musitó Sam, intimidado.

-Nada difícil, Sam... sólo colaborar con nuestro país, los Estados Unidos de Norte América... ya que sigues siendo estadounidense, ¿no?... ¿Oh ya has cambiado tu nacionalidad?

-No señor, -contestó Sam- ...pero sí pensaba hacerlo pronto... me gusta vivir aquí...

-Ah, maravilloso, Sam... no tendremos problemas... Argentina es un país amigo... Sólo, que antes, deberás hacer un último pequeño esfuerzo, para que podamos darte los documentos necesarios, con que realizar el trámite con éxito...

-¿Cómo sería, eso, señor? -inquirió Sam.

-Muy sencillo. Deberás decirme, constantemente, todo lo que sepas o te enteres a través de tu amigo o por ti mismo, sobre los alemanes. Cualquier novedad. Cualquier información nueva. Por pequeña que sea. Te pagaremos por ello. Y podrás comprar tu auto propio más pronto.

-Yo no podré hacer eso señor... sería traicionar a mi mejor amigo... quien me ayudó mucho, y además es mi patrón... me contrató porque tengo su mayor confianza...

-¡Oh, no no, boy! ¡No traicionarás a nadie! ¿O acaso tu amigo es admirador de Hitler? No lo parece...

-¡Por cierto que no admira a Hitler! Ni siquiera le interesa la política... jamás hablamos de política con Arturo...

-¿Ves? No se trata de ninguna traición, entonces. Sólo deberás informarme sobre los alemanes. Todo lo que veas. Escuches de ellos o sobre ellos. Todo lo que te llame la atención.

Sam reflexionó durante largos minutos. Se lo percibía extremadamente apesadumbrado. Finalmente, respondió, vacilante.

-Pues bien, señor... sí lo haré...-luego de unos segundos, repitió, en voz muy baja: -lo haré...-como para convencerse.

-¡Así me gusta Sam! Eres un buen muchacho... Entonces, trato hecho. Nos encontraremos cada quince días. Vivo en Tucumán. Este es mi teléfono, dijo, extendiéndole un pequeño papel.

-Me llamas... y vengo.

Capítulo 19

-La fórmula para transcurrir una existencia armónica y feliz consiste en averiguar por qué somos lo que somos... y cómo somos -dijo Umbídez.

Parece una fórmula fácil e ingenua -pensó Edith.

-Siempre aceptando lo que somos. Preguntarnos por qué hemos nacido en el lugar donde vinimos al mundo; y aceptarlo. Luego, para qué hemos venido al mundo, y aceptarlo. Siempre aceptar, en primera instancia. La aceptación de nuestro destino, el envase corporal con que hemos venido, el lugar donde existimos, la cultura que nos rodea, es clave para evitar una existencia turbulenta, extraviada, entre constantes marchas, contramarchas... y desvaríos...

Estaban en el ambigú Judicial, que, sin pretensión de originalidad habían abierto, sus propietarios, a poco de haberse inaugurado el nuevo edificio del Poder Judicial en Santiago del Estero. Umbídez trabajaba allí, como dactilógrafo. Edith había ido a consultarle si, los Ulalos, podrían conceder autorización para que algunos de los alemanes fueran a visitarlos. Como lo habían solicitado, formalmente, en una reunión con el ministro de Gobierno.

Umbídez era un Ulalo. Esto Edith lo sabía. No así la inmensa mayoría de la población santiagueña. Por entonces de unos ochenta mil habitantes, en su capital. Por lo demás, su apariencia era como la de cualquier santiagueño: una mezcla de aborigen, español y árabe. De estatura elevada, robusto. Como cualquier santiagueño, no contestaba directamente una pregunta, cuando consideraba que no sería a favor de los requerimientos de su interlocutora. Edith se había dado cuenta, ya, de que estos circunloquios y conceptos filosóficos de su amigo, significaban -en

parte- que la solicitud de los alemanes no iba a tener una respuesta favorable. Esperó, respetuosamente, que Umbídez terminase sus conceptos y, allí recién insistió:

-Gracias por la sabiduría de tu conversación, querido amigo... En lo referido a la consulta de los alemanes, ¿crees que tendrán alguna posibilidad de ser recibidos, por la Comunidad Ulala?

-Lo dudo -contestó Umbídez. -Pero lo consultaré. ¿Y cómo saben ellos de nuestra existencia? -preguntó enseguida.

-Dicen que lo han leído en una publicación francesa... con declaraciones de un famoso pianista de allá, publicada en los años veinte...

-Eric Satie -murmuró Umbídez.

-Sí...

-Me lo imaginaba. Fue el único humano europeo en ser admitido, para ingresar a los sectores donde habitamos.

-¿Conoces esa publicación? -quiso saber la joven docente Normal.

-Sí. Tenemos copias. Te traje una, de aquellas declaraciones de Satie, a lo mejor te interesan... -replicó Umbídez, extendiéndole un sobre marrón.

-Sí, me interesan... -agradeció Edith...

En tres hojas de oficio, una prolija copia a máquina reproducía el artículo completo. Donde el sobresaliente compositor francés comentaba su admirable experiencia con los Ulalos.

Edith leyó, rápidamente, algunos fragmentos del texto:

«[...] *desde arriba, podía percibirse una gigantesca lechuza, formada con lajas, sobre un gran piso de piedra pulida*.

«[...] *don Moisés me advirtió:*

«–No debemos acercárnosles demasiado, muchos en esta comunidad de Ulalos no están preparados, aún, para resistir la vibración humana.»

-Entraron al mismo lugar adonde estuvimos nosotros, con Genaro, hace poco... -musitó Edith.

-Sí, ustedes pueden entrar cuando quieran, porque son santiagueños...

«Pude disfrutar allí alimentos energizantes como los alfajores de palta;» siguió leyendo Edith: *«conocer instrumentos musicales como el sipi donoro, un pequeño tubo cuyas nervaduras magnéticas captaban las vibraciones de los pensamientos, al apoyarlo en la sien,*

convirtiéndolas en notas musicales. O el monasoprepo, extraordinario bajo que, al rozar su rugosa superficie cóncava, profería sonidos como los tonos más graves de la garganta de un barítono...

«¡Había tantos objetos bellísimos allí, elementos de utilidad práctica que en ocasiones hube imaginado, sin atreverme a suponer que alguna vez la evolución humana podría conseguir que se los construyera!- decía en otra parte.

«Sólo en San Petersburgo había visto antes un paseo tan grande, estéticamente ornamentado con tan magnífico gusto, como el de los ulalos -agregaba Satie.

«Ante mesitas de piedra, los ulalos unían objetos irreconocibles con otros. Iban tejiendo delicados trozos de metal luminoso con especies de redes, semejantes a telarañas, con las cuales articulaban mecanismos que me era imposible comprender. -No debo efectuar analogías con la industria humana,- me dije. Y cuando sentía mucha intriga por algún objeto, preguntaba.

«Varias esculturas, bastante grandes, colocadas hacia el oeste del foro, concitaron mi atención. Me recordaban a las formas de ciertas figuras de Dalí. O Max Ernst. Giorgio Di Chirico. O Joan Miró.

«¡Eran Bibliotecas!....

«Las "esculturas", verdes, naranjas, azuladas, marrones, estaban cribadas por innumerables agujeritos sobre su superficie.

«[...] Introduje todos los dedos de mi mano. –Cada línea de agujeros me llevó a tiempos más remotos...

«¡Mi mente se llenó de imágenes!... Ví avanzar por anchas estepas legiones de jinetes armados con lanzas, vestidos con rústicos sacos de cuero sin curtir y tocados con cascos peludos, levantando puntas de hierro sobre sus cabezas. Escuché una suave voz femenina que me decía: "la ruta de la seda fue librada de facinerosos por el Khan... durante doscientos cincuenta años, su estirpe dominaría la estepa, estableciendo un imperio que llevaría el intercambio cultural de la humanidad a una feraz imbricación, nunca antes vista sobre la Tierra".

«Ví otro ejército; miles de guerreros, calzados con sandalias de cuero, apenas cubiertas sus desnudeces por togas tejidas, muy cortas, que alcanzaban hasta los muslos. También mujeres, de hermosura sublime. Y ancianos. Y niños. Frente a ellos, iba un hombre, coronado con plumas, que parecía el jefe. Su aspecto era el de los aborígenes americanos.

"El gran cacique Namuncurá". Explicó la voz. "Se dirige hacia el cerro sagrado del Uritorco, para depositar allí las reliquias del Santo Graal, recibidas de manos de su frater,

Parsifal, quien las arrancó de manos de un Bárbaro Germano y para cumplir lo cual debió emprender un muy largo viaje".

-¡Por esto querían conocer la comunidad ulala estos científicos alemanes!, comprendió entonces la santiagueña.

-Bueno, Andrés. -dijo en voz alta.-Cualquier cosa, avisame. Yo le transmitiré lo que vos me digas a Olimpia... que es en este caso, quien oficia de intermediaria.

***

Arturo había notado que durante toda aquella semana -la primera del año 1936- Sam se mostraba elusivo. Taciturno, pasaba largas horas tocando el piano: aunque, extrañamente, no ensayaba los temas alegres y rítmicos que habitualmente compartía sobre el escenario. Sino digitaba, repetitivamente, a veces de un modo moroso, mecánico, la Sinfonía Nª 6, en sí menor, Op. 74, de Piotr Illich Tchaicovsky: la Patética, su última obra, compuesta entre febrero y finales de agosto de 1893.*

Arturo no era alguien excesivamente comunicativo, más bien lo contrario. Sí se dio cuenta del desánimo del afroamericano, atríbuyéndolo, rápidamente, a algún desencuentro, quizá, con su novia Tina. "Ya se le pasará", pensó.

Por fin, el sábado por la mañana, Sam le pidió una reunión a solas. De inmediato Arturo le dijo que se quedara, y cerró la puerta de su despacho.

-Hay un problema, Arturo -casi sollozó Sam. -¡Debes echarme, de inmediato!...

-¿Echarte?- se sorprendió Arturo... -¿Por qué? ¿Me estás haciendo un chiste?

-No es un chiste, Arturo... ha pasado algo grave... que no puedo contarte, perdoname... En realidad necesito una constancia de que me voy forzado, para probar, realmente, que no estoy huyendo... aunque realidad tengo que huir... si no, todo terminará muy mal...

-¡Ehhh!... -se rió Arturo- ¿Es para tanto? Contame… ¿te has peleado con Tina? Decime lo que pasó; si quieres, tal vez entre los dos podamos encontrarle alguna solución...

-No... estoy muy bien con Tina... ya lo hemos hablado... nos iremos juntos a Buenos Aires... algún trabajo hallaremos allá..

-¡Chango!... ¡me dejas con la boca abierta!- exclamó Arturo... -¿Te he hecho algo malo, yo? Decímelo, porque no me he dado cuenta...

-No, amigo, no... vos siempre has sido demasiado generoso, conmigo... al contrario, soy yo el que estoy haciendo algo injusto, abandonando a quien más me ha favorecido, creo, a lo largo de toda mi vida...

-¿Por qué te quieres ir? Contámelo… prometo no decírselo a nadie más...

Sam lo miró, desolado... "es que...", exclamó, pero no pudo continuar... tapándose la cara con ambas manos, comenzó a llorar. Entonces Arturo, levantándose, le refregó un poco la espalda, hasta que se calmó.

-Te contaré todo- dijo, entonces Sam. -Me ha ocurrido algo muy malo...

-Seguramente podremos intentar solucionarlo... -aseguró el santiagueño del Malvar.

-Un oficial del Ejército Estadounidense, que trabaja para el Servicio de Inteligencia del Pentágono, me ha seguido y me ha hablado...

-¡No me digas!- se sorprendió Arturo.

-¡Me habló en la calle! ¡El lunes, mi día de franco!... Me ha dicho que debo colaborar con su trabajo, que es espiar a los alemanes en Santiago del Estero...

-¿En serio?... ¿él cree que sos amigo de los alemanes?...

-No... el cree, tal vez, que vos, como amigo mío, me contarás algo, pues sabe que tu novia es alemana...

Arturo lanzó una carcajada. "¿Y por eso andabas tan triste?", dijo después.

-Sí...-contestó Sam-... me puso en la opción de traicionarte a vos... o "traicionar a mi Patria, los Estados Unidos"... lo dijo él...

-¿Y qué tendrías que hacer?

-Contarle todo lo que vos me cuentes o yo me entere de lo conversado con la señorita Ilsa, sobre las actividades de los alemanes en esta provincia...

Otra vez, Arturo comenzó a reírse.

-Parece un chiste...- dijo... -¿vos crees que nosotros nos juntamos con Ilsa para dialogar sobre temas científicos o políticos?

-No lo creo, por cierto...-contestó Sam-...pero evidentemente él piensa que puede obtener información de mis relatos.

-Es que él recibe un salario de su gobierno, para hacer esto... tiene que justificarlo... no debe haber podido averiguar nada sobre los alemanes, que no son nada tontos... Y está tratando de sacar algo, de cualquier parte... ¿ofreció pagarte, a cambio de colaborar?

-Sí, dijo que me dará dinero, en negro.

-¡Perfecto!... ¡Te vendrá muy bien!...-exclamó sonriente Arturo... Esto no es un problema para mí, al contrario, estoy ayudando a un amigo como vos... y no tengo nada que ocultar sobre mi vida... ¡Puedes contarle todo lo que hago, si lo crees conveniente! ¡Yo no me enojaré!

Sam lo miró con sus grandes ojos oscuros aún mojados:

-Oh, Arturo... ¿en verdad no crees que te estoy traicionando a vos?

-¡Para nada!... Es más: te daré una primicia, sobre Ilsa y yo, que podrás compartir con tu contratista norteamericano, a cambio de una comisión. Para la primera semana de febrero, estamos planeando irnos a pasear, algunos días, por Bariloche.

-¿Puedo contarle eso?

-¡Claro!...- le contestó Arturo, riendo.

* Singularmente, pocos días después del estreno, el compositor agonizaba. La interpretación más conocida de la Patética, supone una retrospectiva autobiográfica. Desembocando en un réquiem... para sí mismo. Atribuido a una premonición, que Tchaicovsky habría experimentado, sobre la cercanía de su fallecimiento.

El lunes por la tarde, como a las seis, se reunían el *Captain* Rooney Gallagher y Sam Dooley, con una mesa de por medio, en el bar La Estrella .

-Tengo algo para usted-, le había dicho Dooley al oficial de inteligencia norteamericano esa mañana, por teléfono. Ahora, apenas luego de haber llegado el hombre, se lo repitió.

-Buen muchacho...-expresó el blanco sonriendo-, soy todo oídos...

-Antes debemos arreglar algo...- anunció Dooley.

-Dímelo...

-Usted dijo que me pagarían...

El otro lo miró, con algo de cólera en sus ojos azules.

-Aprendes rápido... -dijo.

Sam no contestó.

-Sí, sí... te pagaré, no te preocupes...

-Cuánto-, deslizó Sam.

-Depende de la importancia de la información... anticípame un poco de lo que se trata...

-Es importante... -dijo Sam.

-50 dólares.

-200 -contestó Sam.

El otro parecía enojado. Se quedó unos segundos silencioso. Finalmente, ladró:

-Yes! I'll pay you, old man! Tell me everything, at once!

-Se lo diré en español... -susurró el afroamericano.

Impaciente, el militar extrajo un fajo de billetes de su bolsillo, separó dos billetes de cien dólares y los puso a su lado, sobre la mesa.

-Ilsa y Arturo viajarán a Bariloche, la segunda semana de febrero.

-¿Algo más?

-Saldrán de aquí el domingo 9 de febrero por la noche... en un colectivo turístico, desde la terminal de Santiago.

-¡Pues sí, esto es importante! ¡Hay una colonia de nazis en la Patagonia, que preparan algo muy gordo! ¡Se lo comunicaré a mis superiores!... Toma -agregó, empujando los billetes hacia Sam... -te los ganaste. Continúa así.

Pedaleó contento regresando a Villa del Carmen, cuando las nubes iban tiñéndose de rojo, por la huída del sol. Dejando su bicicleta apoyada en la pared, frente a La Orquídea, Sam subió las escaleras, rápidamente, hacia la oficina de Arturo.

-Pasá, le dijo este, desde dentro.

-¿Y qué tal te fue con el yanki?- agregó, cuando lo tuvo sentado frente a él.

-¡Bien! -contestó Sam... -se puso contento... dice que allá hay una colonia importante de nazis... cree que irán en un viaje de coordinación, quizá...

-¿Te pagó?

-Sí-, dijo Sam, extrayendo los doscientos dólares y extendiéndolos hacia su amigo.

-No- dijo Arturo, guárdatelos para vos.

-La mitad... -insistió Sam...-, separando cien y guardándolos en el bolsillo de su camisa.

-Bien -aceptó esta vez Arturo. -Seremos socios, en esto.

***

-El hombre nace con un solo sentimiento -deslizó Moisés Carol-: el odio. En cambio la mujer, nace con los dos: Odio y Amor. Eso porque es una criatura biológicamente construida para tener hijos.

Estaban en la finca de los Revainera Saadi. En Fortín Melero. Allí, junto a una pileta de natación, bajo una frondosa sombra de jacarandás, algarrobos y lapachos, tomaban mate con tortilla al rescoldo, hacia las 9 de la mañana, Alberto, Maira, Cecilia, Griselda y Moisés.

-El hombre sí tiene amor, pero atrofiado-. Continuó su disertación, Moisés Carol. -Lo comienza a desarrollar recién cuando su madre le da la teta. En cambio la mujer no, la mujer ya viene con los dos sentimientos básicos: completa.

En ese momento se acercó a ellos, deteniéndose a unos tres metros de distancia, Belinda, la cocinera.

-Díganos, Belinda -autorizó Alberto.

-Tenemos Cadera en filetes, Babilla y Redondo, que han traído temprano de la estancia. Quería saber si pensaban encargar algo especial para el almuerzo.

-Comeremos lo que usted y Maira decidan, Belinda..

-Muy bien señor.

-Yo le ayudaré a cocinar... como a las once estaré allí, junto a usted, en la cocina.

-Muy bien señora.

-Quién lo ha visto y quién lo ve a tu amigo Arturo del Malvar -lanzó imprevistamente Alberto, cuando se fue la mujer. -Nosotros aquí, en medio del monte, y él veraneando en Bariloche.

-Es por su novia alemana...-introdujo Maira- ellos tienen plata fuerte... les pagan bien, y el marco se ha valorizado increíblemente...

-Creo que no es alemana, sino española... -dijo Alberto.

-Alemana -aclaró Moisés-.

-Habla como española... con un manejo perfecto del castellano.

-Se crió en España. Su padre era un diplomático alemán, destacado allí junto a su esposa e hija, por más de veinte años...

-Ah... Pero me quejo de pendenciero nomás. En realidad lo pasamos muy bien aquí, en nuestra tierra...

-Ves cómo es de cierto lo que decía Mariano Paz de Arturo del Malvar...-añadió, con risas, Moisés Carol-: "No es que Arturo se parezca a Humprey Bogart, sino que, el norteamericano, es quien se parece a él". Tan es así, que la alemana no consiguió olvidarlo. Y apenas pudo, se vino a Santiago del Estero, para buscarlo a él... Creo que, siendo hija de un diplomático, si hubiera querido un destino más cómodo, más cerca de su país o allí mismo, lo hubiera conseguido... Eligió, en cambio, emigrar a Santiago... porque parece que tiene ganas de quedarse...

-Sí, es un caso, este Arturo... y se vino de Filipinas con un negro norteamericano... No sé si sabías de sus últimas hazañas...

-No...-contestó Moisés- hace tiempo que no charlo con él.

-Hay un espía del gobierno yanki en Santiago... y lo apretó al amigo negro de Arturo para que le pase información, sobre los alemanes...

-¡No me digas!

-¿Qué hizo Arturo? Lo mandó a Sam que le cuente que ellos se iban a Bariloche, cobrándole doscientos dólares por la primicia... ¡cuando todo Santiago sabía que Arturo y su novia iban a viajar a Bariloche, de vacaciones!

-¿Y cómo el yanki no lo sabía?

-Porque es espía... -dijo riéndose Alberto- se maneja con sigilo... no conversa con nadie, salvo que sea alguien a quien cree que podrá extraerle informaciones cuando le interesen.

-No tiene la menor idea de cómo somos los santiagueños... aquí todo el mundo sabe todo de todos... los chismes son el mejor entretenimiento que tenemos... si le hubiera preguntado a cualquiera, en alguna confitería, se lo hubieran contado, gratis...-se rió Moisés Carol.

Capítulo 20

El teniente coronel Rommel llegó a Tarija cierto viernes al atardecer, en un Stuka, manejado por su amigo Ronald Hunterschnel, capitán de la Luftwaffe. Harían una breve escala en la finca del general Hans Kundt, para luego continuar viaje hasta Santiago del Estero. Habían salido esa mañana, desde Namibia. Luego de asearse y descansar, partieron, otra vez, a las 6 de la mañana del día siguiente. Para aterrizar en Salavina, dentro del vasto territorio, que el gobierno alemán, había arrendado a la familia Carol. Adonde llegaron poco después de las siete de la mañana. Siendo recibidos personalmente por el Dr. Alfred Röhm: gerente general de la delegación alemana en Santiago del Estero.

Había llovido suavemente durante los días anteriores; el cielo se mantenía tenuemente nublado, con una temperatura inusual para la estación, más bien fresca, agradable. A Rommel le fascinaban las selvas sudamericanas y las del África. En la adolescencia, había conocido el Amazonas, durante un viaje de vacaciones con sus padres. La experiencia lo dejó encantado de tal manera que, cuando se casó, a sus veinicinco años, siendo ya teniente primero de Infantería, propuso a Lucie Marie Mollin, una joven católica de quien se había enamorado, pasar su luna de miel en Venezuela y volver a recorrer, por varios días, aquellas fascinantes selvas.

En las tierras de la familia Carol los alemanes habían construido varias instalaciones, sin desmontarla por completo. Salvo un espacio suficiente para que aterrizaran pequeños aviones como el mencionado, y otros terrenos donde se cultivaban diversos tipos de hierbas regionales, con fines científicos. Aquellas hierbas eran luego procesadas, en sus laboratorios de Pinto, extrayendo ingredientes medicinales, que, rigurosamente envasados, se enviaban posteriormente a Leverkusener, vía Chile.

Muy cerca de la pista de aterrizaje había, asimismo, una franja, con cuatrocientos metros de ancho, que se perdía en el horizonte, entre tupido bosque, principalmente de algarrobos y

quebrachos, colorados y blancos, que lo flanqueaba. En su área Este, se había construido un mediano galpón con oficinas, provisto de una gran antena.

Desde allí probarían, aquella tarde, luego de un frugal almuerzo, el prototipo ultra secreto, que, una parte muy reservada de la delegación alemana, había desarrollado. Se trataba de un minúsculo objeto volador, comandado a control remoto. Dotado de un arma muy recia, autónomo y propulsado por electricidad. Con una batería recargable, construida en base a plomo y ácido.

Según explicaron a Rommel el doctor Röhm y sus ayudantes, la batería estaba formada por un pequeñísimo depósito de ácido sulfúrico, con placas de plomo adentro. Paralelas entre sí, dispuestas alternadamente, respecto de su polaridad. Las placas positivas, recubiertas de dióxido de plomo (PbO2), y las negativas, confeccionadas con plomo esponjoso. El electrolito agregado, era correspondiente a la batería con carga completa (densidad 1,280 g/ml). Según el número de placas, la corriente suministrada resultaba mayor o menor. Debajo de las placas, había un espacio, permitiendo que se depositaran posibles desprendimientos. Para que no hubiera contacto eléctrico directo entre placas positivas y negativas, se disponían separadores aislantes, resistentes al ácido, pero capaces de permitir la libre circulación del electrolito.

-El prototipo puede ser manejado con absoluta confianza desde distancias hasta de 3 kilómetros, con alturas variables. A partir de allí, comienza a perder conectividad, además de que su vuelo se va convirtiendo en cada vez más espasmódico, llegando a correr riesgos de precipitación.

-Muy bien - aprobó el teniente coronel Rommel. -Y ¿qué otras propiedades tiene este lindo aparatito?

-Es capaz de lanzar descargas muy potentes, con gran precisión, desde hasta tres mil metros de altura.

-¡Muy bien!-repitió Rommel-. ¿Y cuál es su munición?

-Rayos -dijo el doctor Röhm- lanza rayos continuos y certeros, concentrados al máximo, con gran velocidad y potencia.

Durante algunos segundos se instaló un asombrado silencio entre los seis concurrentes a aquella reunión. Cuatro de ellos hombres, una, mujer. La mujer no había dicho nada hasta el momento. Solamente ahora habló:

-Impresionante, ¿no?- comentó. -Es energía solar. Cuidadosamente concentrada y direccionada.

Era Sontag Fliegend, Ingeniera en Física y miembro de las Waffen-SS.

-Es cierto...- murmuró Rommel - para preguntar luego: -¿Y cómo consiguieron canalizar la energía del sol?

Los científicos se miraron, unos a otros. Luego, iba a ser otra vez la mujer quien daría su respuesta:

-Entschuldigen Sie, mein Oberstleutnant. Wir können diese Informationen nicht weitergeben. Es sei denn, wir hatten eine besondere Genehmigung des Führer. So weit können wir mit der Erklärung gehen.

(Disculpe, mi teniente coronel. No podemos compartir esta información. A menos que tuviéramos un permiso especial del Conductor. Hasta aquí podemos llegar con la explicación.)

-Muy bien...-aceptó Erwin Rommel. Luego cambió de tema: estuvo muy sabroso el almuerzo... -se admiró- y esta bebida, es muy buena... muy energizante...

Se refería a los tamales con harina de maíz y carne de pecarí que comiesen, poco antes: y el mate amargo, que compartieron un rato, mientras conversaban, luego del tentempié.

-Bien, son las 14:55, podemos salir ya, pues a las 15 comenzaremos la prueba -exclamó la Ingeniera Sontag Fliegend.

Todos se levantaron entonces.

Junto a la caseta donde hubiesen estado dialogando, se habían montado dos equipos, sobre muebles de algarrobo, con ruedas. Uno de ellos, el de la izquierda, consistía en una especie de radio transmisor, manejable a través de una complicada botonera. Debajo, dentro del mueble, se había conectado otro aparato, de forma rectangular, metálico, conectado por medio de cables con el transmisor.

El equipo de la izquierda, poseía una especie de pizarra oscura, en marco metálico, de unos 60 x 40 centímetros, conectada con un teclado, como el de las máquinas de escribir comunes. Debajo, otro aparato, interconectado, semejante al anteriormente descrito, sólo que algo más alto y delgado.

Gruesos cables partían de ambos aparatos, hacia el interior del galpón, donde funcionaba un pesado transformador de corrientes, que tomaba electricidad, directamente, de un poderoso generador, funcionando en otra construcción lateral.

Dos jóvenes técnicos, oficiales, además, del Ejército Alemán, se ubicaron junto a los aparatos. El doctor Röhm y Sontag, ceremoniosamente, salieron del galpón con un carro metálico cada uno; a la derecha, el doctor Röhm, trayendo la reproducción de una camioneta de combate, como las de cualquier ejército, de unos 80 centímetros de alto, por un metro de largo.

A su lado, Sontag, con una caja de madera. De la cual, ceremoniosamente, sacó por arriba otro aparato, semejante a un avión, en miniatura. “O más bien parece un submarino con alas”, pensó Rommel.

Debía de tener unos cincuenta centímetros de largo, con alas de unos veinte centímetros a cada lado.

Los técnicos ya habían encendido los equipos, que emanaban leves zumbidos, claramente perceptibles por el silencio del campo. También cuando, de repente, se encendió una pequeña luz, en el hocico del avioncito, fue perceptible ya que todos estaban atentos y, además, el día continuaba nublado.

Rommel no pudo contener su asombro cuando, el pequeño aparato, se levantó súbitamente, elevándose con suavidad, hasta ubicarse como a unos dos metros de altura respecto del suelo: parecía flotar.

A la distancia, más o menos dos o tres cuadras hacia el Oeste, se divisaba una construcción de ladrillos, semejante a un depósito para herramientas. Al parecer con dos metros de alto por dos de ancho.

-Usted ve, ciertamente, aquél pequeño edificio, mi teniente coronel, ¿es verdad? -preguntó la Ingeniera, dirigiéndose a Rommel.

-Así es, por cierto -contestó el prestigioso militar.

-Pues bien -continuó Sontag.- Será nuestro primer objetivo. Ahora, por favor, preste atención.

Y dirigiéndose a los técnicos, preguntó:

-¿Listos?

-¡Listos! -respondieron ambos, a coro.

-¡Comencemos! ¡Ya!

Se vio al pequeño avión elevarse raudamente hasta unos diez metros de altura, partiendo a gran velocidad hacia el oeste; como si se hubiese arrepentido, giró, repentinamente, trazando un óvalo, al pasar sobre las cabezas de quienes lo contemplaban, para elevarse luego un poco más, y esta vez sí, lanzarse rectamente hacia la caseta de ladrillos. Al llegar allí, se elevó aún más, y desde esa altura, que debían de ser unos cuarenta metros, se lo vio apuntar con el hocico hacia la construcción, emitir un recto rayo, que duró segundos: antes de que todos pudieran contemplar, azorados, cómo la casita estallaba y se desintegraba en pedazos, que volaban por el aire, antes de desplomarse, definitivamente, dejando un montoncito de escombros, donde antes había permanecido erecto.

-¡Fantástico!- exclamó Rommel.

Los demás se regocijaron, dispensándose, mutuamente, algunos aplausos.

El artefacto, como si tuviera consciencia, se había quedado inmóvil, flotante, en el mismo lugar desde donde había protagonizado su reciente hazaña.

Sobre la pantalla negra de la derecha, junto al teclado, había aparecido una serie de signos blancos, en código morse. Sontag se los hizo notar al teniente coronel Rommel.

-Es el mensaje de nuestro *Reiniger*- explicó la ingeniera. -Es código morse: dice "Misión cumplida".

-¿Tiene algún mecanismo transmisor, el aparato? -se admiró Rommel.

-Sí, dijo el doctor Röhm, una pequeña memoria, automatizada, capaz de emitir algunos mensajes, previamente grabados.

-Extraordinario- exclamó Rommel.

-Bien - expresó entonces Sontag. -Ahora viene la prueba más importante.

Todos se prepararon, en silencio.

-¿Listos? -preguntó por segunda vez Sontag.

-¡Listos!- contestaron los técnicos militares.

-¡Ya!-profirió Sontag.

Se oyó el ronquido del pequeño motor al arrancar la camioneta en miniatura, que enseguida partió, con mediana velocidad, hacia el oeste, como dirigiéndose a donde habían quedado, amontonados, los escombros del edificio recientemente destruido.

Se vio al avioncito girar en el aire, volviendo, hasta colocarse encima de la camionetita, que avanzaba por control remoto. Para evitarlo, el técnico de la izquierda le ordenó regresar, desde los doscientos metros de distancia, más o menos, hasta donde había avanzado.

Cosa que hizo rápidamente el artefacto terrestre, aumentando notablemente su velocidad: entonces se vio salir, otra vez, un fulgurante rayo de luz desde el hocico fatal. Pero no dio en el blanco... Con una hábil maniobra, el técnico de la izquierda había vuelto a hacer cambiar su rumbo a la camioneta, levantando una polvareda, para dirigirla velozmente hacia otro sector de la ruta, con lo cual, por una milésima de segundo, el rayo destructor había impactado en el suelo, formando un cráter, donde antes estuviera el pequeño vehículo teledirigido.

“SIN RESULTADOS” - aparecería escrito en código morse, esta vez, en la pantalla negra.

Rommel lanzó una exclamación:

-¡Fantástico aparato!

Otra vez el camioncito enfiló hacia el Oeste, otra vez el “submarino volador” lo persiguió por el aire... esta vez con éxito, pues a poco de haber tomado velocidad el vehículo terrestre, se vió estallar la polvareda, levantarse una llamarada, una humareda... y muy pronto se pudieron divisar los restos del vehículo motorizado, convertidos en chatarra, incendiándose, yacentes, en desdorosa distribución a un costado del camino.

Hubo un silencio entre los congregados. Luego, todos, celebraron el acontecimiento con aplausos.

Nuevamente aparecieron los guiones y puntos blancos sobre la pizarra negra del receptor:

Misión Cumplida, comunicaba Reiniger, como lo había llamado Sontag (que en castellano significaba “Limpiador”).

Después del exitoso experimento, se fueron a cenar en la casa del doctor Röhm. Donde los esperaban su esposa y una empleada criolla. Todos los demás alemanes, unos setenta, entre obreros especializados, técnicos, ingenieros y demás empleados, andaban dispersos por Santiago del Estero capital, Añatuya, Selva, Suncho Corral, u otras localidades cercanas. Pues en ellas los clubes, deportivos o sociales, ofrecían espectáculos bailables los sábados.

-Tiene algunas limitaciones Reiniger- aclaró Sontag más tarde, cuando, para la sobremesa, se habían quedado solos: únicamente Rommel, la ingeniera, Röhm, y sus respectivos cónyuges. -Primero: no es capaz de ofrecer respuesta útil más allá de los tres o cuatro kilómetros de distancia de sus comandos. Dos, tampoco puede ser operado eficazmente a más de trescientos o cuatrocientos metros de altura.

-Comoquiera que sea, es impresionante -contestó Rommel.

-No hemos logrado avanzar en el control de la energía solar, las ondas radioeléctricas, y el traslado inalámbrico de la información lo suficiente como para lograr más que esto. -Lamentó la ingeniera. -Pero hay aquí quienes sí saben cómo hacerlo.

-Ah... ¿sí? -repitió Rommel, nuevamente asombrado. Debemos aclarar que el ya muy famoso comandante, un héroe de la primera Guerra Mundial, no era propenso a dejarse impresionar fácilmente. Esta experiencia, que por primera vez vivía, al parecer podía deparar revelaciones inesperadas, casi a cada momento de su transcurso excepcional.

-Así es. Los Ulalos...-casi susurró la joven e inteligentísima ingeniera. -Aunque no sé si alguna vez lograremos, siquiera, ser recibidos para una conversación informal, por ellos...

* * *

Tito "Wayrala" Jiménez era un hachero, de 19 años, que por azar se había convertido en el único testigo foráneo, e inadvertido, de la singular presentación, ocurrida en aquel campo de Salavina, esa tarde. Andaba juntando miel de palo, algarrobas, leñitas destinadas a su horno y todo lo que pudiera obtener para la modesta sustentación cotidiana, compartida con su compañera Silvana, de 16 años. Satisfecho con lo obtenido, se disponía a regresar a su ranchito, donde lo esperaba Silvana, cuando sonó el primer estallido: que lo dejó paralizado, por un momento. Luego de lo cual, trepó a un algarrobo muy alto, e intentó discernir qué estaba pasando en la finca de los alemanes, desde la distancia. Pese a encontrarse a unos quinientos metros de los sucesos, pudo distinguir, con bastante claridad, casi cada detalle de la segunda demostración. Sus ojos agudísimos de campesino, acostumbrado a otear horizontes interminables, captaban prácticamente todo lo que se proponía, hasta en distancias increíbles para una imaginación urbana.

-Parecía un avioncito... -le contó, entre mate y mate -dulces, con chipaco y moroncitos-, a Silvana, poco después de llegar, asustado aún, a su modesta vivienda, aquella tarde.

-¡Ay Tito! -se lamentaba su novia.-¡Para qué te has quedado!... ¡Mirá si te pillaban!

-No me iban a hacer nada... ellos me conocen... muchas veces les hei hachiao para ellos, también les hei aiudao cuando construían los edificios...

-¿Pero vos sabías que tenían esos aparatos, capaces de destruir cosas?... ¿Qué tiran?... ¿balas?

-No sé -dijo Tito-: balas, no son... algo distinto... capaz que rayos X, o algo así... menos mal que estaba nublao… hei podido ver, clarito, que el avioncito tiraba un rayo, finito... dos veces... la segunda vez, le ha pegao al camioncito... lo ha hecho volar por los aires, lo ha pedaciao…

-¡Ay, Tito! ¡No le cuentes nada a nadie! ¡Io tampoco lo vua contá!... ¡No nos vaiamos a meter en líos!...

-Quedate tranquila mi amor. No le vua contar a nadie- aseguró Wayrala.

En el dulce silencio del atardecer de ese gigantesco campo vacío, se escucharon las últimas chupadas a la bombilla como rasguidos, antes de que sentenciosamente el muchacho agregara, a continuación:

-A nadie le vua contá… pero a Segundo... sí le vua contá…

La bonita adolescente que convivía con él lo miró, antes de preguntar:

-¿A Matecosido?

-Ahá -contestó Wayrala.*

-¿Y para qué le podría servir esto a Segundo?

-El sabrá -aseguró, con calma, Tito Jiménez. -Él siempre sabe qué hacer. Es un hombre muy sabio.

* Wayrala: en quichua, “ligero”, “rápido”.

Capítulo 21

1919 fue, posiblemente, el peor año del gobierno de Hipólito Irigoyen. Desde 1916, grandes proyectos sociales, como la Universidad Pública, la Industria Nacional, la Democracia igualitaria, habían emergido con gran potencia en la Argentina. Todas por impulso de los sectores más postergados, de una diezmada población, antes compuesta exclusivamente por mestizos hispano-aborígenes, luego potenciada por la gigantesca ola inmigratoria, a veces masivamente trasladada en barcos cargueros, o siempre, desde 1870, más o menos, por goteo, de jóvenes italianos, españoles, germanos, rusos, ucranianos, que huían de la pobreza, persecuciones, u opresiones de todo tipo en sus tierras de origen.

Durante los últimos cuarenta años, se había conformado, así, una población argentina que duplicaba la existente en 1880. La cual no constituía, sin embargo, una masa humana coherente, de personas con culturas y propósitos comunes. Sino, por el contrario, la yuxtaposición de islotes étnicos, socio económicos, políticos y religiosos. Subsistiendo, cada cual, como podía, sin perspectivas comunes, bajo la dominación absolutista de cierta oligarquía pequeña. Que había llegado a ser una de las más ricas del mundo, durante aquel breve periodo -entre 1880 y 1910. Gobernando, con mano dura, desde Buenos Aires: territorio casi totalmente de su propiedad, donde desbordaba la abundancia ganadera y pre-industrial. Estado efectivamente autónomo que, también durante ese periodo, fuese coronado con la alucinante construcción -aceleradísima-, de una de las ciudades más modernas del mundo. Constituyendo para siempre, en lo estético, sólo

un impresionante plagio, caricaturesco, de las entonces grandes capitales europeas -principalmente París.

Esta oligarquía gobernante se había dedicado, a través de sus Vasallos -desde Rivadavia hasta Roca, pasando por Mitre y Sarmiento- a un programa político y empresarial propio, constituido sólo por tres propósitos:

1. La acumulación constante de riquezas para sí mismos.

2. El exterminio de la población original.

3. La construcción de una sociedad mimética.

Para su propia sorpresa, esta oligarquía se encontró, hacia el centenario del inicio de su proyecto -1810- con que no había logrado cumplir, adecuadamente, ninguno de esos tres objetivos esenciales:

1. La riqueza acumulada no sólo no aumentaba de modo constante y extendido, sino que, por el contrario, decrecía. Amenazada ahora por endeudamientos con bancos ingleses, al parecer eternizados por la incapacidad de devolverlos en plazo: lo cual generaba cada vez mayores intereses punitivos.

2. El exterminio de la población aborigen, pese a continuar ejecutándola, parecía imposible a estas alturas del siglo: además de la permanencia de etnias originales, la población se había cruzado durante casi cuatrocientos años con ellos. Subsistían, entonces, inmensas napas de resistencia cultural y étnica en la mayor parte de la sociedad argentina, estratégicamente diseminada por las provincias (los “14 ranchos”, como despectivamente las habían denominado ellos).

3. Los extranjeros rubios y de ojos azules, importados con el propósito de efectuar una sustitución racial, no se habían subordinado con mansedumbre a tal propósito. Algunos, mayormente, constituían verdaderas colonias semi independientes, casándose sólo con gente de su raza; otros muchos, si bien iban integrándose dificultosamente, principalmente con criollos, traían ideologías disruptivas en sus proyectos: principalmente, ideas socialistas e igualitarias.

En aquel contexto emergió una ola de conflictos laborales a lo largo y lo ancho de toda la Argentina. Comenzando en 1918, con grandes movilizaciones obreras rurales e industriales, estalló en 1919 de un modo antes nunca visto.

Circunstancia que escandalizó a los patrones quienes, día a día, denunciaban el "caos social" surgido en "la época de Irigoyen" exigiendo políticas represivas. Yrigoyen respondió aplicando su política de mediación en los conflictos, como sucedió en sus exitosas intervenciones en las huelgas de los trabajadores marítimos en 1916/1917 y ferroviarios de 1917/1919. Pero cuando la mediación estatal fracasaba, la represión contra los trabajadores alcanzó grados de violencia nunca antes vividas en los ámbitos urbanos. Mientras la oligarquía terrateniente financió la formación de grupos parapoliciales anti obreros. Fue en ese periodo que surgió la criminal Liga Patriótica Argentina. Conducida por un radical: Manuel Carlés. Lo cual mostraba las inmensas contradicciones que existían en el partido gobernante, surgido, es cierto, de luchas por la democracia y el apoyo de las grandes mayorías desposeídas. Pero sustentado, asimismo, en poderosas fortunas cuyos dueños habían visto con agudeza el cambio de métodos políticos que se requerían, y al estilo gatopardista de las aristocracias sicilianas, habían aceptado "cambiar algo para que nada cambie".

En este contexto nuevo de libertades democráticas y la política tolerante del Yrigoyenismo frente a los sindicatos y las huelgas, el sindicalismo se había expandido en forma extraordinaria. Mientras que al finalizar 1915 la FORA tenía 51 sindicatos con 20.000 cotizantes anuales, en diciembre de 1920 el número había subido a 734 sindicatos, y los cotizantes a 700.000 por año.*

Así las cosas, entre 1918 y 1921 estallaron las primeras huelgas en los obrajes forestales del norte de Santa Fe, Chaco y Santiago del Estero, inmensas propiedades que manejaba desde 1870 una empresa inglesa: La Forestal. Sobre tierras que los británicos habían recibido gratuitamente, en pago de intereses y cuotas de préstamos que el gobierno de los estancieros argentinos debía a bancos de Europa. Allí, el grupo inglés La Forestal había creado prácticamente un propio Estado. Sometiendo a obreros y empleados argentinos a una explotación extrema, con salarios bajísimos, en el mejor de los casos, y semi esclavitud para los casos de trabajadores indígenas, hacheros, jornaleros rurales criollos, a quienes generalmente se les pagaba con vales de mercadería. Que sólo podían canjear por azúcar, yerba, harina o carne en los establecimientos comerciales de la propia empresa.

* Fuente: Wikipedia.

Santiago del Estero no había sido ajena a la intensa movilización obrera de 1919. La Fraternidad, sindicato que representaba a los obreros del Ferrocarril, lanzó una jornada de

movilizaciones y concientización popular, que pronto se convertiría en paro general y, en algunos casos, abierta confrontación con las fuerzas policiales que fueron enviadas para reprimir las protestas.

Todo terminaría con decenas de obreros presos, torturados en algunos casos, y dos muertos. Fue en aquella ocasión en la que comenzaría a dividirse el hasta entonces sólido Partido Socialista, que desde sus orígenes, en la década de 1880, había mantenido una organización monolítica, e incluso llegó a obtener varios representantes en la capital provincial y municipios locales.

La disputa ideológica había comenzado hacia 1916, aproximadamente, cuando, ante la extraordinaria demanda de mano de obra requerida por la Industria Forestal y la construcción de ferrocarriles, todas capitalizadas por empresarios ingleses, estimuló la emigración de trabajadores paraguayos, peruanos, bolivianos... especialmente estos últimos. Que en algunos casos, se empleaban aceptando salarios inferiores a los de trabajadores locales -ya de por sí muy bajos, en relación con el costo de vida.

El componente gringo del socialismo, deploraba cada vez con más nitidez las costumbres y características de los indios, negros y criollos santiagueños. Mientras encuadraban sus existencias en el culto por el progreso personal y familiar, la higiene obsesiva de sus hogares, y la imitación de las aristocráticas clases medias y acomodadas de la Argentina.

Hacia 1910 había comenzado a aparecer en Añatuya un periódico singular: El Chaqueño. Editado por Casimiro González Trilla. Un español, doctor en Filosofía, discípulo de don Miguel de Unamuno, con quien mantenía correspondencia. Radicado en Santiago del Estero, Casimiro se había propuesto crear un periódico independiente. Existía ya La Voz de Añatuya: pero el diario apelaba generalmente más al sentido común, la frivolidad y la espectacularidad que al análisis de los hechos. El periódico que Casimiro pensaba, en cambio, debía ser un minucioso analizador de los hechos sociales, políticos y económicos de la sociedad santiagueña. Particularmente de este territorio, donde se desarrollaban factores importantísimos para devenir de la región sudamericana que integraba: el Gran Chaco, fragua intensa en la que miles de trabajadores generaban inmensas riquezas para Inglaterra, Estados Unidos -a través del petróleo, que pronto desataría una guerra entre Bolivia y Paraguay, guerra, en realidad, entre dos empresas petroleras: una inglesa y otra estadounidense. Mientras su trama injusta mantenía en espantosas condiciones de vida a los miles de obreros santiagueños, chaqueños, correntinos, aborígenes y también inmigrantes europeos, que cada día construían nuevas estaciones de ferrocarriles, tendiendo sus vías, por cierto, para unir nuevos polos productivos, talaban cientos de gigantescos árboles, para extraer el tanino, o utilizar sus troncos como durmientes más durables que el hierro, bajo las vías férreas, realizaban, en fin, todas las complejas actividades que creaban riqueza... sin

recibir por ello más que una ridícula participación, que ni siquiera les alcanzaba para mantener en condiciones dignas a sus familias.

Así nació El Chaqueño, dirigido por Casimiro González Trilla, de unos treinta años de edad. A quien pronto se unirían varios colaboradores. Entre ellos Carlos Abregú Virreira -por entonces un adolescente de 16 años, talentosísimo, quien, luego de cursar su escuela secundaria en Rosario, había regresado para trabajar en un obraje local, de donde saliera profundamente conmovido por los niveles de injusticia que percibía en su breve experiencia cotidiana como escribiente del patrón, un empresario porteño.

Impreso y distribuído desde Añatuya, El Chaqueño, comentaba críticamente la información, aunque también impulsaba lealmente al sindicalismo ferroviario, la organización de los empleados estatales -Correo Argentino, Agrimensores o maestros de Escuelas- así como el de los trabajadores rurales y forestales.

Hay que mencionar la importancia de Añatuya para la actividad productiva de entonces: cabecera de transportes forestales, fungía asimismo como núcleo de distribución industrial. Su intensa actividad bullía cotidianamente en el tráfico de grandes maquinarias, necesarias para los diferentes procesos imrescindibles para la elaboración del tanino, la fabricación de durmientes para las vías del ferrocarril, así como otras numerosas tareas industriales donde encontraban ocupación absorbente miles de trabajadores. Tanto inmigrantes europeos como criollos y santiagueños. A los que venían a sumarse ahora los provenientes de las naciones de casi toda Sudamérica, aunque con prevalencia de aquellos provenientes de países limítrofes.

Fue en tal panorama de ebullición industrial, aumento de la explotación empresaria y organización sindical cada vez más eficiente, en que se había sumado un factor ideológico particular: la Revolución Rusa de 1917. La cual precipitó una ola de entusiasmo revolucionario en todo el mundo, llegando en Alemania prácticamente a tomar el poder, en ese año de 1919. Y fracasando, finalmente, por una división interna en las filas del socialismo. Que llevó a la fracción “moderada” a pactar con la ultra derecha monárquica y reaccionaria. Lo cual terminaría, finalmente, abonando la llegada del Nazismo al gobierno -hacia 1922.

González Trilla se había convertido, de inmediato, en un simpatizante santiagueño de la Revolución Rusa. Aunque sin abandonar su independencia de librepensador. En uno de sus numerosos artículos periodísticos, publicados en El Liberal y otros medios santiagueños, dejaría impresas para la posteridad sus opiniones. Reproduciremos, abajo, el elocuente fragmento de una de ellas:

La situación próxima será de la mayoría, que en nuestra organización tiene derecho a gobernar...

Dos fanatismos igualmente censurables despotizan en la República Argentina a las masas populares, encegueciéndolas con sus odios sectarios: el fanatismo negro y el fanatismo rojo; el de los curas y el de los anarquistas.

Y es en la plaza pública donde he oído al doctor Napal, un sacerdote cristiano, bufonerías e improperios contra sus enemigos mortales, los rojos, y ha sido allí mismo donde un infeliz que le interrumpió fué cubierto de ridículo y sarcasmo con el menos evangélico de los gestos y con una saña impropia de un sacerdote de Cristo.

Cierto es que la literatura roja no suele ser tampoco mucho más comedida y científica.

Unos y otros se salen por la tangente y en vez de atacar la doctrina zahieren a los apóstoles negros y rojos, enrostrándoles lo bien que comen, cuánto tienen y cómo visten.

Unos y otros entremezclan verdades y mentiras o se reducen a ataques personales como si la indumentaria y la cara importasen un ápice a la filosófica, científica y nítida verdad.

A mí por lo menos me da tristeza ver encaramado a un cura de sotana negra en la tribuna pública para llamar renacuajos y borrachos a sus víctimas escogidas y hablar de las alas de sus sombreros, de la melena y de la corbata al viento.

Pero me entristece más verlo escoger un socialismo tabernario para tener una presa fácil de impugnación y de diatriba; porque ni el socialismo significa ateísmo, ni abolición de la propiedad privada ni mucho menos significa la destrucción del hogar ni de la patria.

[...]

El que los socialistas tengan en su programa el divorcio no significa tampoco la abolición del hogar. Divorcio existe en Norte América y el hogar norteamericano es notable por su rigidez burguesa.

[...]

Rusia pasa por una situación anormal cuyos detalles no son bien conocidos y no puede honradamente servir de ejemplo. Tanto valdría juzgar la revolución francesa por los excesos de los revolucionarios, mucho más cuando una tiranía y el fanatismo secular ha enconado y embrutecido a las masas.

[...] no puedo dejar pasar, en silencio, la desfiguración del programa socialista, porque conozco bien el socialismo que predican Justo, Repetto y Bravo, y aunque no sea de su opinión, debo decir que no es el que nos ha pintado el doctor Napal, a pesar de conocerlo él tan bien como yo, pues impreso está el programa del partido.

El socialismo de sainete que ha refutado en su conferencia el doctor Napal se parece al socialismo tanto como la beatería de una trotaconventos o el fanatismo de un inquisidor al catolicismo de Marcelino Menéndez y Pelayo.

Este socialismo [de la II Internacional] ha resultado una teoría desteñida, después de la gran Revolución Bolchevique, que ha desorientado y deshecho, a ese partido anfibio que se llamaba "socialista".

(De su libro: Apuntes sobre el Chaco Santiagueño, Talleres Gráficos de El Liberal, 1921.)

Por su parte, Abregú Virreira, en su Cuaderno de Notas Personales escribe lo siguiente:

Añatuya es en esta época, manantial inagotable de inquietudes individuales y colectivas. Abundan en sus calles los problemas sociales creados por el abuso, la explotación y el vicio. Trilla los fustiga sin desfallecer. A veces dice: "El garito está complementado por el boliche y brota por todas partes. Para garantizar esto está el comisario y el agente de policía. El puritanismo de la ley de represión de los juegos de azar los ha convertido en árbitros. Y estos árbitros se venden al mejor postor. Por esto el juego no es prohibido sino usufructuado con todas las garantías abusivas de su buen comprador, cuento viejo de todas las comisarías. En éstas se espera con la barra a los rebeldes y de allí salen si el patrón paga una fuerte multa sin papel sellado. Quiebras, reuniones de acreedores, incendios, asaltos y homicidios son la secuela trágica de esta crisis colectiva de la moral".

Un día publica esto:

"Se tiene más miedo al comisario que al presidente de la República", grita Trilla desde las columnas de "El Chaqueño" y añade: "Nadie se atreve a alzar el grito por más desmanes que se cometan. Y esta es la causa de su crecimiento en un país de tímidos. Pero como a todos hay que leerles la cartilla, enseñándoles cuáles son sus fueros, el periodista que quiere ser algo y hacer el bien público, tiene que vivir en continuos sobresaltos".

La estrechez de miras -repite hasta el cansancio-, se refleja por igual en todos. Lo primero que hace un comisario es organizar una tabeada en que coimear y un bailecito. Es el ambiente en que el hombre se ha criado. Y esto tiene que decirse de algún modo.

Pese al entusiasmo con que cada día Carlos realizaba su tarea periodística en El Chaqueño, antes de cumplir sus 18 años de edad decidió en 1913 buscar otros horizontes culturales en la capital de Santiago. Por entonces centro de un movimiento intelectual extraordinario. Lo hizo, en verdad, presionado por su familia, principalmente su padre- quienes

atemorizados por las constantes reyertas, amenazas o incluso atentados contra el periódico añatuyense, temieron justificadamente por la integridad física de su querido y talentoso hijito.

Así fue que, ya en Santiago del Estero, hacia 1914, Carlos Abregú Virreira, junto a Marcos J. Figueroa y Guillermo Carabajal crean la revista literaria "Primaveral". Adelantado intento de confluir en la marea creativa que, en el plano de la composición artística, asombraba a la sociedad con exposiciones de esculturas y pinturas sobresalientes, de Gomez Cornet, Besares Soraire, Delgado Castro, entre otros, así como poemas, cuentos, ensayos, además de notables textos de análisis en los dos diarios más importantes, El Liberal y El Siglo.

En 1917, Abregú Virreira se iba a unir a "Los Inmortales", grupo literario integrado por Marcos J. Figueroa, Horacio Maldonado, Manuel Maldonado, José M. Paz, Enrique Almonacid, Raúl García Gorostiaga, Emilio Christensen, Gregorio Guzmán Saavedra entre otros. Con estos colegas publicarían la revista Bohemia, de carácter literario y social.

En abril de 1918 aparecería en Santiago del Estero el magazine "Proteo", cuya publicación dirigió Carlos Abregú Virreira, por entonces de apenas 22 años. De acuerdo con una crítica periodística de la época, esta revista "encauzó las voces más combativas de la Reforma Universitaria en Santiago del Estero."

En 1920, junto a Bernardo Canal Feijóo y Emilio Christensen, constituyeron el grupo que tuvo como vocero público un medio gráfico denominado La Revista de Santiago.

En 1920, cuando Carlos Abregú Virreira y su novia habían regresado a Añatuya, para pasar las fiestas de Fin de Año, ocurriría un incidente muy violento. Que lo tendría como uno de sus involuntarios protagonistas.

Una banda de civiles fuertemente armados, provenientes de Santa Fe, incendiaron el local donde se redactaba e imprimía El Chaqueño. Eran cerca de las once de la noche cuando la noticia llegó a la casa de los Abregú Virreira. Carlos, en el acto se calzó las alpargatas y salió corriendo hacia aquel lugar donde había afianzado sus primeras composiciones literarias y tanto amaba. Así como a su fundador y maestro periodístico. Desde una cuadra de distancia lo vio, en chancletas, vociferando, desesperado, frente al querido edificio que tantos afanes les hubiera costado construir y mantener. Con sus carísimas máquinas dentro... No sólo vio Carlos a González Trilla mientras avanzaba corriendo, a toda velocidad. También vio a un francotirador, que desde el techo de otra vivienda vecina, apuntaba su mauser directamente hacia la cabeza de su maestro.

Aceleró la carrera y llegó, simultáneamente con el estallido del disparo, para empujarlo y tirarse encima de él; mientras caían, vio que el rostro de Casimiro se cubría de sangre; fueron unos segundos, no permaneció en el suelo, con todas sus fuerzas, lo arrastró hacia debajo de una galería, y luego, con la ayuda de aquellos vecinos lo introdujeron en esa casa. El filósofo español estaba desvanecido. Colocándolo en un catre de lona, en el patio trasero, se alumbraban con una

lámpara Petromax, mientras la señora de la casa limpiaba la sangre de su frente y su rostro con paños embebidos de alcohol. Por suerte, la bala no había penetrado en su cabeza. Apenas la había rozado, clavándose en la tierra, seguramente, luego. En la amplia frente del intelectual, cerca de la sien, casi a la altura donde comenzaban a brotar los cabellos, había abierto un surco sangrante: pero nada más.

Algunos minutos después González Trilla abrió los ojos. Mirando alternativamente a Carlos, la señora de la casa, y los dos o tres muchachos que rodeaban su cuerpo tendido sobre el catre.

-¡Las máquinas! -exclamó el europeo. -¿Saben si han podido salvar alguna máquina?

-No lo sé, Casimiro... -dijo Carlos Abregú - hemos estado siempre aquí, con vos... creo que el incendio sigue.

Aquel empujón de Abregú Virreira, con seguridad, le había salvado la vida. Impulsivamente, González Trilla se incorporó, y descalzo -pues había perdido sus chancletas en algún lugar durante aquél violento suceso- salió nuevamente. El joven Abregú Virreira, que lo siguió, lo vio pararse, con los brazos abiertos, frente a la calle de tierra, donde a pocos metros el fuego terminaba ya casi de consumir al pequeño edificio de la Redacción e Imprenta de El Chaqueño. Cuyos ladrillos de adobe, convertidos en brasas, ardían al rojo vivo a lo largo y ancho de lo que estaba quedando de sus ya derruidas paredes.

Este desastre -cuyos responsables jamás serían descubiertos por la policía ni la Justicia locales- determinaría el comienzo de un virtual destierro tanto para el Maestro de Periodismo y su joven discípulo, escritor.

González Trilla se iba a trasladar, definitivamente, a Frías. Con su familia, esposa y entonces un hijo. Desde donde podría persistir, por algún tiempo, con la publicación de un nuevo periódico, en un modo bastante irregular. Y actuando como corresponsal de aquella ciudad -por entonces otro de los polos industriales y agropecuarios de Santiago- del diario El Liberal.

En 1930, por fin, decidió regresar a España. Sólo para nuevamente afrontar su destino santiagueño, pues, en 1936, poco antes de la Guerra Civil Española, otra vez el doctor en Filosofía González Trilla, discípulo y amigo del inmenso filósofo Miguel de Unamuno, insistiría en habitar y construir espiritualmente a Santiago del Estero. Amando, trabajando y viviendo intensamente en esta tierra. A la cual -entre tantas otras obras- legaría un hijo de su mismo nombre: que décadas más tardes llevaría a la Selección Santiagueña de Básquet a convertirse en la Campeona Argentina. Y luego, a la selección Argentina a convertirse en Campeona Mundial.

Carlos Abregú Virreira, mientras tanto, luego de haber desarrollado su actividad literaria por un corto tiempo en Tucumán, se radicaría finalmente en Buenos Aires. Desde donde fundaría

la Escuela Nacional de Periodismo, en 1944. Junto a una generación gloriosa de intelectuales, entre quienes se pueden mencionar a Arturo Jauretche, Scalabrini Ortiz, Homero Manzi, Américo Barrios, Constantina Prat Gay de Constenla o Carlos Pereyra Lahitte, entre otros.

Capítulo 22

-Santiago del Estero es el centro de Sudamérica. -Afirmó Salma. -Para decirlo en lenguaje científico, su polo positivo.

Salma era un ulalo; junto a él, estaban Genaro Coria y Edith Saganías. Habían venido el viernes por la tarde, para comenzar estos diálogos educativos el sábado 18 de enero de 1936. El lugar donde ahora estaban, era una especie de nube, transparente, desde la cual podían divisarse las Sierras de Guasayán, a la distancia, y el devenir de los pájaros, animalitos del bosque transcurriendo sus vidas tranquilas entre los mistoles y los algarrobos y una que otra guasuncha, atravesando algún pequeño camino. Al parecer, flotaban. En un ámbito transparente. Que no carecía de solidez, pues tanto Edith, como Genaro y Salma estaban cómodamente sentados en tres mullidos sillones, de un material parecido a la goma esponjosa. Los Ulalos no tenían adentro ni afuera, abajo o arriba. Eso dedujo Edith cuando al llegar, la noche anterior, debieron descender nuevamente hacia una gruta profundamente insertada, aparentemente, debajo de la tierra. Durmieron apaciblemente, cada uno en su habitación, que permanecía muy fresca a pesar de que, como se sabe, estaban transitando el período más caliente del verano santiagueño. Para despertarse temprano, y luego de desayunar, ascender -sin que pudieran discernir cómo- caminando, simplemente, a esa nube. Donde dialogaban -o mejor dicho atendían, al sabio Ulalo que los aleccionaba: pues ni Genaro ni Edith se habían animado, aún, a efectuar preguntas.

-El polo negativo está en El Perú -continuó Salma. Los espacios cósmicos tienen un centro positivo y un centro negativo. Como toda manifestación material del Universo, en la Tierra.

“Así, el polo positivo de La India, hace milenios, se manifestó en Katmandú; y el negativo, en Dehli.

“El polo positivo de Egipto, en Amarna. El polo negativo, en Tebas...

“El polo positivo de Canaán en Nazaret, el negativo en Jerusalén... etcétera.

“Ambos polos de la Naturaleza, se necesitan de un modo imprescindible para constituir, entre los dos, una entidad coherente. Desde la más pequeña partícula, hasta la formación montañosa más gigantesca, como la Cordillera de los Andes, o el Río Amazonas.

“Algunos de los europeos que vinieron aquí, cuando ocurrió su ocupación de esta parte del mundo, conocían eso. Los más sabios -poquísimos-, claramente; los más rústicos, apenas por instinto.

“Francisco César, el español que pisó por primera vez territorio santiagueño, en 1528, intuía esta noción, pero no la comprendía ni, mucho menos, podía racionalizarla. Fue encontrado, a punto de sucumbir por hambre y sed, en las Salinas Grandes. Él y sus dos tenientes. Quienes, como ustedes saben, habían venido con la expedición de Sebastián Gaboto. Y habían caminado hasta aquí desde lo que hoy llamamos Santa Fe, luego de descender de los barcos, mientras sus compañeros seguían explorando, hacia el Sur, la costa Este de Sudamérica.

“Fue encontrado por los Ulalos. Quienes les dieron albergue, agua y alimentos durante algún tiempo. Hasta que se recuperaron.

“Ustedes saben, también, que los Ulalos no nos manifestamos físicamente ante los humanos. Salvo que sea absolutamente necesario. Y en ese caso, adoptamos apariencia humana. Es lo que hicieron nuestros ulalos aquella vez. Y de allí surgió la primera leyenda, esparcida entre los europeos por Francisco César, luego: la de que los habitantes de América eran muy parecidos a los ellos.

“La segunda leyenda, la de la Ciudad de los Césares, una urbanización donde los edificios eran monumentales, las riquezas incalculables, por todas partes se veían herramientas y utensilios de oro y plata... etcétera... fue también un equívoco, surgido por aquella creación provisoria, que nuestros ulalos debieron hacer para brindarles comodidad y un buen pasar a estos huéspedes. Tomando de sus pensamientos los modelos, se presentó, a Francisco César y sus tenientes, una ciudad exactamente como ellos la imaginaban. No debo explicarles, pues ya lo saben, que los ulalos podemos crear, materialmente, cualquier realidad que nos propongamos, dentro del mundo material.

“Así es que pronto comenzaron a caer, en manadas, cientos de aventureros españoles, alemanes, italianos, etcétera, invadiendo Santiago del Estero, anhelando encontrar la riquísima Ciudad de los Césares, sólo para saquearla, procurando así una riqueza muy fácil.

“Quedando siempre decepcionados. Pues tal Ciudad no existía. Había sido creada, únicamente, para la oportunidad de brindar hospedaje a Francisco César. Y luego, con la misma rapidez con que fuese manifestada materialmente... nuevamente borrada. Tal cual como nosotros hoy, cuando nos mezclamos con los humanos, como lo hacen el doctor Peña y Umbídez, que ustedes conocen, nos materializamos, momentáneamente, con apariencia de humanos. En nuestras casas, volvemos a nuestras apariencias naturales.”

Dos hermosas garzas pasaron volando, majestuosamente, muy cerca de ellos. Los tres se quedaron absortos, mirándolas, por algunos segundos.

-Los españoles llegaron en el momento exacto en que debían hacerlo. -Continuó Salma-: muchos ya estaban esperándolos. Por ello el surgimiento de aquellas alegorías, como las de Quetzalcóatl y demás.

"Ellos debían renovar la savia constructora que constantemente motoriza a la Humanidad. Hacia su desarrollo armónico. Que en nuestra América (o Abya Yala) había entrado en crisis. Por las causas que siempre provocan las crisis: desbalance de polos. Es decir, crecimiento excesivo de uno de los polos -en este caso el negativo-, transformando a una comunidad, compuesta por millones de seres humanos, en inviable.

"Los artífices de este nuevo fracaso en el Proyecto Universal, habían sido los Incas y los Aztecas.

"Supuestamente los españoles debían rectificar el rumbo. Pero también fracasaron".

El traqueteo de un gigantesco carro carbonero, con dos acoplados, interrumpió otra vez el diálogo de los tres circunstantes. Pero cuando hubo pasado, perdiéndose en el horizonte por la angosta ruta de tierra, serpenteante entre la arboleda hasta esfumarse a la distancia, Salma continuó callado.

Incómodos, luego de un rato, suponiendo que el pertinaz silencio indicaba el interés del Ulalo por que ellos preguntaran, lo hizo Genaro:

-¿El polo positivo es el Bien y el polo positivo es el Mal?

-Podría llamárselos así. De acuerdo con las simplificaciones de la materialidad. También Luz y Oscuridad. Alegría y Tristeza. Resplandor y Tinieblas. "Ying-Yang", como dicen los chinos. Etcétera. Sin olvidar que ambos son necesarios, que nada material puede existir sin una aleación proporcional entre ambos.

-Por lo general los humanos solemos tender a dar prevalencia al mal, ¿es así? -quiso saber Edith.

-Así es. Una de las manifestaciones del Bien, es la Pobreza. La del Mal, la riqueza. Los españoles que vinieron aquí, debían superar la desviación de algunas naciones aborígenes, que viendo la riqueza como lo único deseable, se habían lanzado, como tantas otras comunidades humanas antes, a la conquista del poder sin límites. Dejando de lado al Poder Espiritual. Que sólo se puede encontrar en la Pobreza objetiva.

"Tan es así que desde entonces la mayoría de los pueblos aborígenes que vivían la pobreza como riqueza espiritual, fueron aniquilados. Y lo que sobrevino más tarde, con los empeños de la corona española, los gobiernos post independencia y la llegada de nuevos inmigrantes europeos, fue continuar sumando fracasos tras fracasos.

“Aquella tendencia conceptual nefasta queda muy bien expresada por los apuntes de un tal Acarette du Biscay. Bribón que entre 1660 y 1670 hizo un largo viaje desde Buenos Aires, trazando una parábola por Paraguay, Santa Fe, Córdoba, Santiago del Estero, Salta, Jujuy, Potosí (Bolivia) y posteriormente el Río de la Plata (Montevideo y Buenos Aires). Quien al pasar por Santiago la describió como una aldea opaca, sin atractivo alguno; mientras que iba a quedar deslumbrado por la inmensa belleza del Potosí, su riqueza, la nobleza de su población boliviana, lugar desde donde, en aquellas épocas, fluían inmensos beneficios económicos, para Europa e Inglaterra. Este malandrín francés, entonces, sólo tenía ojos para uno de los polos: el de las riquezas materiales (las tinieblas). Descalificando en sus notas a Santiago del Estero, por entonces faro espiritual de la próxima Argentina. Ignorante de que, incluso a la riqueza podría haberla encontrado entonces muy cerca de nuestra humilde ciudad, la cual entonces era sólo posta de ruta y sede administrativa, en las inmensas mansiones de los Hidalgos, como Mexía de Miraval, Ibarra, o los Taboada. Quienes importaban decoraciones fastuosas para sus casonas y estancias, directamente desde Europa, engalanando las fiestas de sociedad con artistas notables en todo el mundo, quienes no seguían el camino de los traficantes como du Biscay, sino venían, directamente, al departamento Matará, cuyos pueblos duplicaban o triplicaban entonces la población de su modesta capital, Santiago.

“Tal percepción no era la que prevalecía en ciertas conciencias privilegiadas, sin embargo. Como las del propio Rey Felipe segundo. Quien había enviado una de las poquísimas réplicas de la Sábana Santa existentes hasta hoy en el mundo, a Santiago del Estero. Y la honraría con el aristocrático título de “Muy Noble y Leal Ciudad”: más o menos por los mismos tiempos en que el vasco-francés du Buscay merodeaba estas comarcas, en procuración de negocios *non tan sanctos*.

Luego de estudiar cuestiones como las narradas con los Ulalos, durante todo aquel día sábado y el domingo, hasta las 18:00, Edith y Genaro emprendieron el regreso a Santiago capital.

-Entonces, la cuestión más importante es que aprendamos a combinar nuestros factores negativos y positivos equilibradamente, por partes adecuadas- reflexionó Edith, por el camino, mientras viajaban.

-Así es... aunque lo más difícil sería saber cuánta debe ser la ración de energía positiva y cuánto la de negativa, para cada construcción, material o humana.

-A eso se refería seguramente aquel pasaje del Popol Vuh, leído por el sanavirón Pelè Ecì, cuando decía que los dioses armaban y desarmaban los muñecos humanos, desconformes por sus imperfecciones, cuando crearon el mundo... *

-Claro. Aunque lo más importante de este concepto -sugirió Genaro- me parece, es aplicar el conocimiento a la construcción social y cultural. Es decir, saber con qué propósitos se construyen las instituciones humanas.

-Es decir, los gobiernos...

-Sí, con sus organizaciones burocráticas, sus instituciones represivas, las encargadas de impartir justicia, distribuir equitativamente los bienes. Etcétera. Así como cuáles se considerarían objetivos prioritarios a la hora de trazar planes educacionales. A través de los cuales se desarrollan y consolidan valores, conocimientos, particularidades y expresiones culturales, de todo tipo.

-Tenemos mucho que aprender...

-Sí, coincidió Genaro... aunque, aún no nos han dicho por qué, los Ulalos, nos transmiten todo este conocimiento...

-Yo creo que ellos trabajan, a un nivel un poco más elevado, para lo mismo que nosotros, los cristianos, llamamos el "Proyecto Divino" del Universo.

* Se refiere al pasaje leído en una misa de la comunidad Sanavirona-Tonocoté Lucup Tiquiunky, el viernes 11 de octubre de 1935, donde se celebró un Festival en Acción de Gracias. Para conmemorar el Último Día de Paz, Armonía y Libertad de los pueblos naturales de toda América. Ver capítulo 16 de esta misma novela.

Capítulo 23

-Cuando el emperador Carlos Quinto terminó de escuchar las crueldades que cometían sus vasallos en lo que ellos llamaban "El Nuevo Mundo", no pudo reprimir el llanto -exclamó Juan Christensen-. Las bandas de criminales europeos voraces y analfabetos que asolaban Chile y Perú, por entonces, robando, asesinando y esclavizando aborígenes, se pasaban por el trasero las Leyes de Indias de Fray Bartolomé de las Casas, el obispo Vitoria y el papa. Entonces, el rey de España y Emperador del Sacro Imperio Germano Español clamó a sus asesores, para que constituyeran un equipo de conquistadores verdaderamente cristianos. Que pusieran aunque más no fuese un poquito de orden, dentro del gigantesco desbarajuste social que estaban instalando Almagro y Pizarro en las tierras del Norte sudamericano, que, hasta entonces, habían conquistado.

El club Defensores de Garza estaba completamente lleno de estudiantes y vecinos durante la conferencia que, esa tarde calurosa de 1936, desde las 18:00, dictaba el prestigioso historiador

santiagueño, por solicitud de la Comisión de Cultura. Se hablaba de las primeras llegadas de los conquistadores europeos al territorio que, ahora, se denominaba Santiago del Estero.

-Así fue que apareció el nombre de Juan Núñez de Prado, un hombre ilustrado, joven aún, que desde su llegada al Alto Perú había actuado con eficacia y prudente percepción política, sin entrar en conflictos con ninguno de los bandos en pugna. Nombrado Administrador de la ciudad de Potosí, su sobresaliente gestión estaba proveyendo los mayores beneficios económicos que el Imperio Hispano Germánico percibiera en toda su historia, a través de la transferencia de grandes cantidades de plata y otros minerales valiosos en volúmenes exorbitantes.

"De tal manera, se lo designó Adelantado para descubrir nuevas tierras, preferentemente tierras que contuvieran minerales -Prado las encontraría, efectivamente, en las futuras Catamarca y La Rioja-, pero respetando a rajatabla las leyes establecidas por Carlos V, consideradas por entonces las más avanzadas del mundo en lo que respecta a los hasta en esos días inexistentes Derechos Humanos.

"Los principales conceptos de estas leyes ordenaban que:

-En los descubrimientos: Se hicieran con permiso de la Audiencia y llevando, al menos, un religioso designado por ella. En estos viajes se prohibía hurtar los bienes a los naturales y adueñarse de éstos por la fuerza, salvo algunos de ellos que quisieran ir como intérpretes. Ningún Virrey ni Gobernador emprendería por su cuenta nuevos viajes de descubrimiento. Ni por mar, ni por tierra.

-En las colonizaciones: Se prohibían las encomiendas a partir de la primera vida; se daría libertad a los indios esclavos (se prohibía hacerlos esclavos en el futuro); se ordenaría una revisión de los repartimientos de indios (a las Audiencias) para que pasaran a la Corona aquellos que algunos españoles tenían en exceso; se traspasarían a la Corona todos los indios que los particulares tenían sin título legítimo; se prohibiría cargar a los naturales (salvo donde fuera inexcusable); se impondrían tasas moderadas en tributos y servicios; se suprimirían totalmente las tasas y tributos en aquellos lugares donde los indios habían sido objeto de feroz explotación".

Entre el público estaban también unos 40 alemanes, hombres y mujeres, empleados de la delegación industrial que, el año anterior, se había instalado en la zona. Christensen continuó con su exposición:

-Núñez de Prado se lanzaría así, pues, con unos cien hombres, a explorar la región del río que en aquella época sus habitantes llamaban Mishky Mayu. Recorrer su mesopotamia, establecer, mediante el diálogo, acuerdos de sumisión con los tranquilos pobladores, y fundar cerca del caudaloso río la Ciudad del Barco. Primera población fundada en toda la superficie geográfica que, posteriormente, sería llamada Argentina.

"Con los antecedentes y contactos establecidos por la expedición de Almagro y la de Diego de Rojas, había ahora un panorama bastante preciso acerca de la región. Núñez Traía el respaldo de una corriente política definida: la de los "evangelizadores". Es decir, funcionarios españoles que venían con el mandato justo de integrar a los habitantes originales sin causarles daño, en un proyecto de desarrollo social e industrial pacífico, estable. Organizándolos con base en los principios elementales de la doctrina Católica. Los aborígenes, al tanto de esta actitud, menos temible para sus comunidades que la de "los conquistadores", en muchos casos estaban ahora dispuestos a claudicar ante los poderosos asaltantes.

"Una vez construidos los ranchos donde habitarían los europeos y sus colaboradores indígenas, la rudimentaria capilla, la casa de gobierno y otros modestos edificios administrativos, Núñez de Prado junto a un pequeño contingente volvió a partir. Esta vez con dirección a las regiones que hoy llamamos Catamarca, y La Rioja. Donde efectuaría un fantástico descubrimiento: las sierras de Famatina. Una región paradisíaca, con gigantescos yacimientos minerales, de donde podría extraerse oro, plata, cobre, estaño, níquel, antimonio, cobalto, yeso, mica, arcilla, carbón, cuarzo, más otros elementos que hubiesen garantizado materia prima abundante, para la ya voluminosa producción industrial anglo sajona.

"Regresó muy contento, a su aún apenas esbozada Ciudad del Barco. Pero encontró allí que un ejército español, arribado desde Chile, había sojuzgado su pueblo. Era el temible Francisco de Aguirre, con su hueste experimentada ya en cientos de combates, veteranos de guerra que veinte o veinticinco años atrás habían venido con Pizarro y Almagro.

"En realidad los enemigos de Núñez no habían sido, pues, los indios, sino otros europeos. Quienes, desde el comienzo mismo de su expedición, se propusieron impedirle llegar a buen término. Los mismos que -dentro de algunos años-, tras pujas militares, políticas y judiciales, terminarían haciéndolo desaparecer.

"Según el relato del escribano Juan Gutiérrez -continuó Christensen, leyendo en un papel-, el gobernador Núñez de Prado "*mandó a un capitan suyo que se decía Juan Nuñez de Guevara que fuese en anocheciendo y tomase algunos indios a los cuales preguntaron qué rastro de caballos eran aquellos, le dijeron que cristianos habían entrado en Thocayma (Tuama) e habían alanceado indios, que no obstante que les habían mostrado las cruces que les habíamos dicho, y preguntándoles si cuántos cristianos eran se dijo en su lengua que eran once cristianos."* Este mismo cronista aclara a continuación que en realidad los indígenas habían dicho "ciento diez". Lo cual fue interpretado "once", por los aborígenes peruanos que acompañaban a Guevara, ya que tales aborígenes no entendían bien el idioma de los indios tucumanos *(*posiblemente cacán).

"Francisco de Villagrán -enviado por Valdivia y Aguirre- humilló y maltrató una y otra vez a los fundadores de El Barco. Y obligó a su gobernador cautivo a firmar un acta, donde

aceptaba actuar como “teniente” de Pedro de Valdivia. Pues el territorio del Tucma -según criterio de Villagrán- caía dentro de la jurisdicción de Chile.

“No contentos con esto los soldados de Villagrán se ocuparon en destruir sementeras de sembradío, incendiar aldeas aborígenes, asesinar, violar mujeres indígenas, y provocar todo el daño que pudieron. Además de esto, se llevaron consigo a 13 soldados más que hasta entonces sirvieran a Núñez. Estos partieron con sus armas, herramientas, provisiones, caballos y otros elementos. Debido a lo cual el contingente de los fundadores quedaba seriamente debilitado.

Juan Christensen sospechaba que todo el proceso fue tramado con sagacidad por Valdivia, quien deliberadamente delegó en secreto a Villagrán, con el propósito de hostigar, emboscar y obtener el fracaso de Núñez. Rematándolo unos meses más tarde, con la irrupción del temible conquistador Francisco de Aguirre.

-Abrumado por la circunstancia, Núñez de Prado había decidido trasladar la ciudad, buscando ponerla fuera de la jurisdicción de Chile. Noventa europeos que habitaban El Barco, menos su alcalde, Hernán Cortés de Carbajal, firmaron el acta en su apoyo. Inmediatamente Núñez hizo colgar de un árbol a Carbajal. Pues lo consideraba culpable de posible conspiración con sus enemigos.

En mayo de 1551, la caravana de europeos e indígenas que respondían a Núñez encararon su viaje hacia lo que hoy es Salta. Para refundar el asentamiento en los Valles Calchaquíes, entre las montañas. Al enterarse Valdivia denunció este traslado. Y obtuvo que la Real Audiencia de Lima, un año después, ordenara, al ya agobiado Núñez, trasladar la ciudad nuevamente al sur, territorio “de los juríes” (en realidad lules y tonocotés). En tanto, los aborígenes de la región, defraudados por los españoles, maltratados, explotados, asesinados una y otra vez, habían huido masivamente. Y otra vez los europeos padecían repentinos ataques de pequeñas guerrillas, que sorpresivamente los emboscaban, provocándoles daños e inestabilidad mental. Bajo este clima psicológico oscuro, nuevamente el gobernador mandó ahorcar a dos subalternos. Alonso de Arco y Antón Luna -tales sus nombres-, se habían levantado contra sus decisiones.

“A mediados de 1552, ingresaron a la actual provincia de Santiago del Estero. Donde finalmente, cerca de Chumillo quedaría asentada la tercera Ciudad de El Barco.

“No duraría ni un año. Pues enseguida llegaría desde chile la horda militar de Francisco de Aguirre. Representante de aquellos empresarios inescrupulosos, que lo único que buscaban era el enriquencimiento propio y el poder sin límites, ignorando en absoluto cualquier ley que emanara del gobierno imperial, bastante lejos como para lograr imponerles una justicia rápida.

“Veamos un poco quién era este Francisco de Aguirre, ya conocido en tierras de América por sus salvajes incursiones entre las tribus aborígenes, a las cuales masacraba y esclavizaba sin piedad. Y propietario, también, de varias minas de cobre y plata en la región de Chile.

Christensen efectuó una pequeña pausa, tomó agua, y luego continuó:

-Francisco de La Rúa era un individuo complejo y turbulento. Tan es así que cambiaría su apellido paterno por el "de Aguirre", segundo de su mamá. No era noble pero sí tenía parientes en la nobleza. También frecuentaba algunos espacios donde aquellos solían reunirse. Violento y sensual, durante su pubertad encontraría el trabajo perfecto para canalizar la vehemente cascada de su animosidad y su líbido. Se hizo militar. Pronto comenzó a matar europeos en masa, con los ejércitos de Carlos V. El emperador austríaco, de su misma edad, que había nacido una madrugada de saturnal a las tres, en un baño. Cuya existencia paralela fue también, desde su infancia, un tiempo de vertiginosas masacres incesantes. En las cuales España asumiera el papel de verdugo "disciplinador" para todas las demás monarquías o principados de la región.

Nuevamente el historiador se sirvió medio vaso de agua, desde el botellón, antes de continuar.

-Ya en el "Nuevo Mundo"- dijo -pronto iba a adquirir fama de implacable crueldad. Tal condición en aquellos ámbitos, donde operaban homicidas tan eficaces como Francisco de Carbajal ("El Demonio de los Andes), o Lope de Aguirre (autodenominado "La Ira de Dios"). Junto a los hermanos Pizarro, Valdivia o Villagrán.

"Este Aguirre, pues, con su ejército, invadiría la ciudad fundada recientemente por Núñez del Prado, a quien, como se dijo, habían venido espiando y hostigando las hordas de su socio Villagrán. Cuando Núñez de Prado se encontró con el grupo de hombres armados, a las puertas de su Ciudad del Barco, y le dijeron a quién servían, un escalofrío le debe de haber recorrido inmediatamente la cervical. Pues bien, aquella tardecita veraniega de 1552, Núñez no ofreció ninguna resistencia. Simplemente se entregó.

"Los soldados de Aguirre ya habían detectado y capturado a unos veinte vecinos, a quienes consideraban hombres de Núñez de Prado. Y también a dos sacerdotes de la Orden de Predicadores, fray Alonso Trueno y fray Gaspar de Carvajal. Ahora, con todos presos, los despacharía prontamente hacia Chile y Perú. Acompañándolos con denuncias escritas sobre numerosos supuestos delitos e infracciones que habrían cometido, para someterlos a juicio."

Juan Christensen, como dijimos, consideraba que muchos de quienes acompañaron al primer fundador eran en realidad espías. Los cuales, desde un comienzo, habían tenido el propósito de quinta columna, para el operativo de pinzas con que, finalmente, obtendrían la posesión de esta ciudad.

Algunos adolescentes comenzaban a levantarse y otros a cuchichear, distrayéndose de la charla que, en muchos de sus aspectos, no alcanzaban a entender bien. Ello les atraía la reprimenda de sus maestros, quienes, a veces, les tiraban de las orejas con fuerza, como castigo por sus rumoreos. Recurso que denominaban "orejiar", entre la docencia santiagueña.

Christensen, tal vez percibiendo estos signos, comenzó a simplificar su discurso. Y procuró alcanzar un rápido final.

-Más o menos un mes después -exclamó el disertante-, Aguirre trasladó la ciudad. Aproximadamente al espacio que hoy ocupa nuestro Parque Aguirre. Bautizaría aquella vez, al rancherío, como "Santiago del Estero". Escribe Lozano, historiador del siglo XVIII, de esta nueva fundación (textual), y aquí Christensen leyó:

"Formóse de nuevo el ayuntamiento saliendo electos por primeros alcaldes ordinarios los capitanes Miguel de Ardiles y Diego Villaroel; regidores Rodrigo de Palos, Alonso Díaz Caballero, Nicolás Carrizo, Francisco de Valdenebro, Julián Sedeño, Martín de Rentería, y Luis Gómez; oficiales reales Andrés Martínez de Zavala y Bias de Rosales; procurador, Pedro Díaz de Figueroa, y escribano de cabildo Juan Gutiérrez.: que todos eran de los que entraron con Prado, porque quiso Aguirre, con esa confianza, granjearse los ánimos de aquellos primeros conquistadores, que miraban algo adversos a su persona [...] aunque por no desprenderse tanto del Cabildo, que no le quedase en él algún manejo, nombró por Justicia mayor al capitán Nicolás de Aguirre su sobrino, y por muerte de éste sustituyó el empleo en el otro sobrino Rodrigo de Aguirre, que ambos habían venido de Chile en su compañia. (Pedro Lozano. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. Buenos Aires*. Imprenta Popular, 1873.)

"Así fue, pues, como quedaría definitivamente fundada la Ciudad de Santiago del Estero, hoy nuestra capital provincial. Les agradezco mucho vuestra atención, y con este dato, daremos hoy por terminada la conferencia", avisó el historiador Juan Christensen. Quien había venido aquella tarde, desde la capital provincial, especialmente, para hablar sobre la fundación de Santiago.

Estallaron con gran estruendo los aplausos. En muchos casos por la alegría, particularmente en los estudiantes, debido a quedar liberados de lo que -para algunos alemanes y otros criollos como Alberto Revainera o Moisés Carol- era un muy interesante discurso, pero a la gente común estaba ya comenzando a agobiar.

Capítulo 24

Enero había iniciado tórrido en aquel verano de 1936, cuando en el predio externo de la Comunidad de Lucup Tiquiunk se suscitó, durante la madrugada, un peligroso incendio. Cosa que jamás había ocurrido antes, al menos durante el lapso que recordaban los ancianos de las tribus Sanavirona y Tonocoté que habitaban esta región de Santiago del Estero. Durante todo el día decenas de hombres jóvenes acarrearon agua del Río Salado, uno de cuyos brazos rodeaba la urbanización habitada por los aborígenes, sin poder frenar el fuego. Que quizá hubiese avanzado durante mucho tiempo, pues aquella región boscosa de unas 5.000 hectáreas había permanecido virgen desde mediados del siglo XIX, cuando la legislatura santiagueña y el gobernador Juan

Felipe Ibarra otorgaran dicha propiedad a los Sanavirones y Tonocotés locales, para su custodio. Hubiera avanzado, decíamos, pues pese a que las frondas verdes y floridas eran mayoritarias, también existían numerosos árboles secos, que se encendían a veces, incluso, por reflejo, debido a la potencia que el incendio iba tomando a medida que se expandía avanzando hacia el interior de Santiago, desde la frontera con El Chaco. Las presurosas baldadas de agua que los centenares de pobladores de la zona echaban sobre las llamas, o hasta incluso el potente motor con manguera que generosamente habían mandado, al enterarse, un día después desde la empresa de don Israel Weisburd, resultaban patéticamente impotentes ante semejante fogata gigantesca que no cesaba. Entonces ocurrió un milagro -que el padre Colombo y la comunidad aborigen pronto agradecerían, en la siguiente misa-: una repentina tormenta, con granizo incluido, se armó y precipitó tan rápida y con tanta extensión y fuerza sobre toda aquella parte de la selva, que apagó, apenas en una hora y media, lo que cientos de manos humanas y las pequeñas maquinarias con que se ayudaban no habían logrado en casi tres días.

El pavoroso incendio dejó huellas en las consciencias de los muy educados aborígenes de Lucup Tiquiunk. Particularmente porque el inesperado siniestro se inscribía en el marco de un, también, inesperado conflicto judicial. En septiembre del año anterior, un juez de la ciudad de Rosario, había intimado a la comunidad aborigen a designar un letrado representativo, para asistir a una “conferencia de conciliación obligatoria”. Puesto que ante ese tribunal, se había presentado un ciudadano chaqueño, reclamando posesión efectiva sobre 3.000 de las cinco mil hectáreas de bosque cerrado, conservadas así desde mediados del siglo XIX por los sanavirones y tonocotés. Aduciendo derechos hereditarios, pues sus tatarabuelos -según el denunciante- habían comprado aquellos campos en 1817, a un tal Emerenciano Prado Núñez, quien se las había vendido en la ciudad de Resistencia, Chaco. El demandante, Dr. Franco Lugarini, presentaba un documento firmado ante escribano público documentando la operación, “el cual”, según consignaba la nota recibida por los Tonocotés-Sanavirones, “sería exhibido ante sus apoderados y/o representantes, durante la ya referida audiencia, cuando esta se conciliase”.

La comunidad no había contestado la demanda. Confiados principalmente en la Feria Judicial y los meses veraniegos que para las ciudades solía ser considerado un tiempo de vacaciones. No estaban muy seguros, aún, de qué camino iban a seguir respecto de dicho asunto, cuando se presentó este incendio. Con todas las trazas de haber sido provocado, deliberadamente. En el devastado territorio, revisado minuciosamente luego por miembros de la comunidad, habían hallado, tiznado y semi aplastado pero reconocible, un bidón de aluminio, como los que usaban las proveedoras de combustibles.

Con tales indicios, se decidió entonces destacar, cada noche, a cinco jóvenes sanavirones o tonocotés para efectuar recorridas y guardias permanentes, particularmente en dirección a las fronteras con El Chaco y la provincia de Santa Fe. Muy cercanas a la fracción quemada, y parte, además, del área en disputa, por la demanda judicial.

No habían pasado quince días aún cuando los vigilantes sanavirones y tonocotés sorprendieron a dos intrusos. Que se habían deslizado de noche, como a las tres de la madrugada, portando cada uno bidones, llenos de nafta. Sin poder explicar para qué los precisaban, durante el camino que recorrieron, ya apresados por los aborígenes, cuando eran conducidos hasta la comunidad. Criollos, robustos, se mostraban atemorizados: uno había dicho que tenían que entregar ese combustible a su patrón, que vivía en Selva, pero luego no habían podido dar una dirección ni el nombre de tal "patrón", prefiriendo permanecer en silencio por el camino, hasta llegar a las casas de Lucup Tiquiunk.

Por la mañana muy temprano, los tonocotés fueron a buscar al sargento Adrián Güemes, único policía de El Quebrachal, pequeño pueblo muy cercano, más conocido por "Macapillo", una de las advocaciones de la Virgen, su patrona. A continuación reproducimos un resumen del interrogatorio a que se sometió a los convictos, luego consignado en el libro de actas de la delegación policial por el sargento Güemes:

Sargento Güemes: -¡Nombre y apellido! ¡Y número de documento!

Convicto 1: (No contesta, baja la cabeza.)

Convicto 2: (No contesta, baja la cabeza.)

Sargento Güemes (gritando): ¡Que digan nombre y apellido les hi dicho, hijuna gran maulas! ¡Qué se han comido la lengua, ahora!

Convicto 1 (en voz bajita): Bermúdez, Nicolás Ernesto...

Sargento Güemes: ¡Número de documento!

Convicto 1: Libreta de enrolamiento número 2.377.653.

Sargento Güemes: ¿Y vos?

Convicto 2: Bermúdez, Juan Francisco... libreta de enrole número 3.066.412...

Sargento Güemes: ¿Qué, son hermanos ustedes?

Convicto 2: Sí, señor.

Sargento Güemes: ¿Y quién los ha mandado para que vengan aquí?

Convicto 2: El teniente Písbu, señor.

Sargento Güemes: ¿Y quién ese "teniente" Písbu?

Convicto 2: El jefe, señor.

Sargento Güemes: El jefe de quién...

Convicto 2: De Los Colorados, señor...

Se impuso el silencio por algunos segundos, luego de que el menor de los Bermúdez lanzara esa confesión. Mientras el policía local y el padre Colombo, quien observaba desde una corta distancia, cruzaron una mirada significativa.

Sargento Güemes: ¿Y qué les ha dicho que hagan el teniente Písbu?

Convicto 1: Nos ha dao un bidón de nasta a cada uno... y nos ha dicho: busquen árboles que tengan el tallo seco; rocíenlós con nasta en la parte de abajo... después retrocedan veinte metros, prendan una torcida de trapo, tirenlá con las hondas en los árboles y huyan. Así nos ha dicho...

Sargento Güemes: ¿Tienen hondas ustedes?

Convicto 1: ...sí señor...

Sargento Güemes: ¿Y dónde están?

Convicto 1: ...no sé señor... los indios nos han quitao...

Sargento Güemes: ¡No son indios, carajo! ¡Son ciudadanos argentinos! ¡Compatriotas nuestros y de ustedes! ¡Hablá bien!

Convicto 1: Bueno señor... los ciudadanos de aquí nos han quitao las hondas, señor...

Sargento Güemes: ¿Y por qué el teniente quería quemar los árboles?

Convicto 2: No sabemos señor. Ellos dan las órdenes... nosotros obedecemos. Nunca nos dicen por qué, ni para qué.

Sargento Güemes: ¿Quiénes son “ellos”?

Convicto 1: Los ingleses.

Sargento Güemes: Ah... los ingleses...

Luego, dirigiéndose a Pelè Ecì, el coordinador de los Sanavirones y Tonocotés, sugirió:

-Me parece que ya podemos soltarlos, nomás... ya han dicho lo que necesitábamos...

-Bueno, contestó el hombre.

Cuatro sanavirones acompañaron a los hombres hasta el portón de salida, permitiéndoles, luego, que fuesen a donde quisieran. Sorpresivamente, los dos hermanos salieron corriendo, sin aminorar la velocidad, hasta que se hubieron perdido entre los árboles del bosque circundante.

Alrededor de una mesa redonda, de algarrobo, habían quedado, dubitativos, varios de los ancianos de Lucup Tiquiunk, junto al padre Colombo, el policía y Pelè Ecì. El Sargento Güemes se había puesto unos anteojos; buscaba, afanosamente, en unas planillas, tipeadas con máquina de escribir, que había extraído de su portafolios.

-¡Aquí está!-exclamó. -¡Me parecía! ¡me sonaba ese "Písbu"!

Y se levantó, acercándose por detrás al padre Colombo, para mostrarle un renglón donde se leía:

Cavalry Lieutenant Aidan Pithsburg. Deputy Commander of the Flying Gendarmerie of La Forestal, Productive Company S.A.

-El inglés que los ha mandado...-dijo-: sub jefe de los comandos privados de La Forestal... ¿Han tenido problemas con ellos, ustedes, últimamente? ¿Qué ha pasado?

El padre Colombo no dijo nada. Miró, en cambio, a Pelé Ecí. Quien dijo, lentamente:

-Nosotros no... me parece que son ellos los que están buscando problemas con nosotros... Ahora va quedando más clara esta situación. Parece que son ellos, realmente, los que quieren quedarse con nuestras tierras.

"Hace cuatro meses un juez de Santa Fe nos mandó una intimación donde se decía que un tal Franco Lugarini había heredado estas tierras de sus padres, que le habían comprado a su vez a otros, y tenían escrituras.

"Que cuando se había determinado la ampliación de la superficie de la provincia de Santiago del Estero, en 1900, "sus propiedades" se perdieron "momentáneamente bajo un limbo judicial"-

"Pero que ahora, bajo un posterior y paulatino ordenamiento de las documentaciones -así escribió él-, nos invitaba a fijar una audiencia de conciliación en sede judicial, en la ciudad de Rosario, Santa Fe.

"Ahora mandan estos mercenarios, a incendiar nuestros bosques, por segunda vez... y son de la Forestal... parece que mucho no quieren conciliar y se están sacando la careta... no es Lugarini quien pretende nuestras tierras, sino La Forestal..."

Dos días más tarde se reunían, en Lucup Tiquiunk Pelè Ecì, coordinador de los Tonocotés y Sanavirones, el padre Salvador Colombo, el doctor Mariano Paz y el secretario Umbídez, del Poder Judicial de Santiago del Estero, para resolver los pasos a seguir luego de los incidentes narrados en el parágrafo anterior. Junto a ellos estaban, también, algunos ancianos y ancianas del Consejo de la Comunidad.

"ARTICULO 3. - La modificación de los límites establecidos por esta Ley en nada afectará ni modificará los derechos ya adquiridos por los propietarios, arrendatarios u ocupantes de tierras en la zona que cambie de jurisdicción, los cuales ejercitarán sus acciones ante las autoridades de la nación o de la provincia, según les corresponda por el nuevo trazado" -leía el doctor Mariano Paz: - Clarito -expresó luego. Es decir: si alguien tenía que protestar por algo, podía hacerlo en ese mismo momento.

"O sea, cuando se promulgó la Ley 4.141, el 7 de Noviembre de 1902. Tal como puede leerse en el Boletín Oficial, del 18 de Noviembre de 1902. Donde se informa, taxativamente, que:

"ARTICULO 1. - El límite establecido entre la provincia de Santiago del Estero y el territorio nacional del Chaco por Ley de octubre 16 de 1884, queda modificado en la siguiente forma:

"a) Desde la intersección del paralelo 28 grados con la línea que forma el límite Oeste de Santa Fe, fijado por laudo del doctor Carlos Pellegrini, de junio 1 de 1895, una línea recta hacia el Norte siguiendo el meridiano que le corresponda, hasta encontrar el paralelo que pasa por San Miguel sobre el río Salado.

"b) Desde este meridiano hacia el Oeste, el paralelo que pasa por San Miguel, hasta el lugar de este nombre, sobre el río Salado."

El abogado mostró, sobre dos mapas, la diferencia de límites. Señalando con el dedo índice de su mano derecha el anterior al laudo, del siglo XIX, y luego al que regía ahora, desde 1902. Había una gran diferencia entre ambos: la nueva ley ampliaba, considerablemente, el territorio de Santiago. Dejando dentro a toda la propiedad adjudicada a los Tonocotés Sanavirones, desde mediados del siglo anterior, por la Legislatura de Ibarra.

-Esta ley -aclaró el doctor Paz, fue discutida por el Senado y la Cámara de Diputados de la Nación y aprobada en ambos cuerpos legislativos. Hacen ya 36 años. Debido a lo cual, toda reclamación que no fue presentada hasta 1922, caducó, después de aquella fecha, por prescripción veinteñal.

Respecto de supuestos títulos del señor Lugarini: me equipo ha consultado al Archivo Nacional en el área Inmigrantes y constató que ningún inmigrante extranjero con ese apellido ha ingresado legalmente a nuestro país antes de 1899. Es decir, luego de que se laudó la cuestión de

límites con El Chaco. Debido a lo cual, no pueden haber existido negociaciones contractuales en relación con las tierras en disputa por parte de alguien llamado Lugarini, puesto que aún no estaban radicados aquí. Salvo que se las hubiera tramitado desde el exterior -lo cual mortifica las supuestas validaciones del papel invocado, cuya localización se aduce bajo jurisdicción de Resistencia, ciudad, por otra parte, inexistente aún- o en contrario sensu la negociación de marras hubiese sido tramitada por personas cuya presencia en el país resultase subrepticia.

La oración caía sobre los paradisíacos bosques del departamento Rivadavia, con el sereno acompañamiento sonoro de algún canto de pájaros, o eventualmente sonidos de carros yendo o viniendo a través de las anchas callejuelas, en aquella pequeña urbanización Tonocoté.

-Pasemos ahora al tema penal -exclamó el doctor Mariano Paz. -Denunciaremos penalmente, ante la Justicia Federal de Santiago del Estero, a los hermanos Bermúdez, y a su autoridad mandante, el militar inglés Pithsburg, por los siguientes delitos:

“Violación de Propiedad Privada. Incendio de Bosque, intencional, en calidad de autores necesarios, los Bermúdez, y autor ideológico, el inglés.

“Incendio de Bosque, en grado de tentativa, sobre los Bermúdez, y en grado de autoría ideológica para el teniente inglés.

“Solicitaremos la inmediata captura e imputación de los autores materiales, y la imputación y prohibición de salida del país para su autor intelectual.

“Impetramos a sus señorías se instruya inmediatamente la investigación del caso y la posterior instrucción de Juicio Expeditivo, solicitando por nuestra parte que, en caso de resultar culpables los arriba señalados, se les apliquen las penas máximas que para delitos de la presente magnitud amerite el Código Penal Argentino.

“Asimismo, siempre en idéntico supuesto de culpabilidad, peticionamos a vuestras señorías, se condene a la patrocinante de los delitos demostrados, esto es, la empresa comercial, industrial y agropecuaria, que funge en nuestro territorio bajo el nombre de La Forestal, compense a las instituciones severamente dañadas, en este caso la comunidad Sanavirona Tonocoté Lucup Tiquiunk y la Provincia de Santiago del Estero, sufragando sendas indemnizaciones, cuyos montos serán oportunamente tasados por autoridades competentes, de acuerdo con la magnitud de los estropicios.”

Los reunidos alrededor de la gran mesa redonda asintieron, mayoritariamente, con sus cabezas.

-Si todos están de acuerdo, firmaremos seis ejemplares de esta demanda, de 14 folios, para enviarla mañana mismo a la Corte Suprema de Justicia de la Nación-invitó el abogado Paz.

Todos estuvieron de acuerdo. Así que fueron pasándose los pliegos para firmarlos, el Padre Salvador Colombo, el Coordinador, Pelè Ecì, más una anciana y un anciano integrantes del Consejo Comunitario, elegidos para tal rubricación en la oportunidad.

-Respecto de la demanda civil: es una sola página, donde hemos contestado brevemente en los términos referidos al principio. Y describiendo los documentos que presentamos. En este caso, una copia de la Ley de Fijación de Nuevos Límites para la provincia de Santiago del Estero, y una fotografía de la Ley Provincial de 1836, por medio de la cual, la Honorable Cámara de Diputados de Santiago del Estero adjudica, en carácter de Propiedad Comunal, un distrito de 4670 hectáreas a la colectividad Sanavirona -así inscripta en el texto validado. El texto indica, entre otros aspectos, que esta población y su dominio se regirán, de allí en adelante, con acuerdo a las normas jurídicas vigentes en la Provincia de Santiago del Estero.

-Ché, Umbídez… ¿Por qué tu auto no hace el mismo ruido pedorro que todos los demás? ¡El tuyo es silencioso! -farfulló Mariano Paz.

El aludido no contestó de inmediato.

-Porque soy un Ulalo-, vocalizó Umbídez con su voz grave, después de unos segundos.

-Ah, qué... -chanceó Paz- los ulalos compran sus autos en la estratósfera...

-No...-contestó el ulalo con apariencia humana, en el mismo tono de chanza- los hacemos en la infratósfera…

-¡La infratósfera!-se escandalizó, simuladamente, Mariano Paz -¡qué es eso!

-Un neologismo -replicó Umbídez- significa: debajo de la atmósfera.

Viajaban por la ruta nacional que por entonces unía Santa Fe con Bolivia, regresando a la capital santiagueña, luego de una cena liviana. Eran como las once de una noche agradable, algo calurosa.

-Pasando a temas serios- exclamó repentinamente el abogado Paz -Yo no quise cargar las tintas, pero la verdad que me preocupa mucho que La Forestal se esté metiendo, directamente, con los indiecitos del padre Colombo, ahora. Antes simulaba ignorarlos. Decidió atacarlos, de repente... ¿por qué?

-Por tres razones -respondió Umbídez, enigmático.

-¿Ahá? A ver, decime vos. Ilustrame-apremió Paz.

-Una: económica. Otra: política. La tercera: cultural.

"La causa económica consiste en que se están acabando los montes de quebracho en nuestro país... y la reserva de los Sanavirones y Tonocotés es la última importante hoy. Quieren extinguirla, antes de partir, abandonando esta nación, que ni conocen ni, mucho menos, aman... pues, además, desde 1916 en adelante vienen teniendo innumerables conflictos con los obreros, forestales, industriales, ferroviarios, administrativos, etcétera, que ellos explotaban, al principio, en el siglo XIX, prácticamente gratis.

-¿Antes de partir, dices? -se asombró Mariano Paz-: ¿Vos crees que se quieren ir? ¿Abandonando semejante aparato monumental que han instalado en la Argentina? Los ferrocarriles, son de ellos, el correo, es de ellos, las rutas, son de ellos, las fábricas de tanino, son de ellos, los mayores obrajes madereros, son de ellos, las proveedurías más grandes, son de gente que trabaja para ellos, los teléfonos, son del estado, pero los manejan ellos, hasta al gobierno, ché, lo manejan ellos...

-Los anglosajones son depredadores. Consumen.. y se van... -respondió el dactilógrafo- como los asirios... o, también, los griegos... o los romanos... o los mongoles... hubo y hay algunas razas así...

"Los ingleses vienen haciendo eso desde el siglo XVII... primero, se dedicaron a saquear a los navíos españoles que transportaban caudales o minerales por el mar... luego, desde el siglo XVIII en adelante, depredaron China y la India... y ahora se están encarnizando con África, donde tienen menos resistencias fiscales e incontable mano de obra esclava...

-¿Vos crees que La Forestal se va terminar yendo al África? -preguntó el abogado Mariano Paz.

-Ya lo están haciendo... de a poco... se está acabando el quebracho, y con él, la producción de tanino... ya en 1920, cuando la rebelión obrera en la Argentina estaba en su momento más intenso, La Forestal instaló en Sudáfrica The Kenya Tanning Extract Company. Allí se intensificó la explotación del tanino de mimosa, un árbol africano. Pasando a compartir el mercado mundial del tanino con los extractos de castaño (en Europa) y de quebracho. The Forestal controla ahora todos los circuitos de comercialización para el tanino de mimosa y de quebracho. Actualmente maneja el 80% de la producción y comercialización total.

"Paralelamente, The Forestal interpreta, hoy, en 1936, que los costos en Argentina se han elevado más de lo que ellos pueden tolerar. Tanto los costos laborales, como los de transporte, luego de haber depredado las reservas en las cercanías de las fábricas.

"Dentro de tal panorama, pues, la reserva aborigen de los Sanavirones y Tonocotés, de Santiago del Estero, es el último tesoro que les queda a los anglosajones por depredar. Luego de hacerlo -si lo logran-, seguramente, se irán."

-Dejando millones de hectáreas convertidas en desierto, tras haberle quitado sus árboles... y cientos de miles de trabajadores desocupados...-reflexionó Mariano Paz.

-Así es. Ellos han perfeccionado el despojo. Los españoles, los franceses, los árabes, en fin, otros imperios, suelen comprometerse aunque sea en proporciones mínimas con los pueblos sometidos y explotados por ellos. Los anglosajones no. Levantan muros infranqueables entre los sojuzgados y ellos. En sus colonias, habitan barrios estrictamente cerrados, apartados completamente de los trabajadores aborígenes. Los nativos, únicamente pueden ingresar a sus casas para servirlos. Y eso, dentro de ciertos horarios. Con tal modo de discriminación, cuando ya no les conviene el negocio montado, lo abandonan, simplemente. Sin el menor remordimiento.

Durante un rato anduvieron en silencio, por la ruta desierta, nítidamente alumbrada por los potentes faros del Ford 40B Deluxe, modelo 1934, que manejaba Umbídez. Luego el doctor Paz preguntó:

-¿Y las otras motivaciones... política... cultural, que señalabas?...

-La motivación política proviene de la sorpresiva presencia -para los ingleses-, de los alemanes, en Santiago del Estero... creo que si no hubiera sido por esto, ya se hubieran ido este año...

-Ah... -contestó Paz.

-Es otro tema... grave... los alemanes no están aquí “por los yuyitos”, como ya le dijo el presidente Justo al gobernador Castro... bien asesorado por los servicios de inteligencia ingleses, el general Justo, por cierto... Los alemanes andan en busca de energías alternativas... para crear armas mucho más poderosas de las que hasta ahora nadie tiene... desde 1918, más o menos, cuatro o cinco científicos muy talentosos, europeos, ingleses, estadounidenses, están explorando la ya descubierta descomposición del átomo... lo que podría permitir a los humanos, si se lo consigue, crear armas de una potencia gigantesca... espantosamente poderosa, hasta extremos inimaginables. A lo cual los alemanes han agregado la posible extracción de electricidad del aire, para movilizar vehículos o comandar todo tipo de acciones remotas... y la energía solar. Otra fuente de inconmensurables alcances, capaz de ser convertida, si se consigue manipularla, en un arma tan poderosa como para destruir ciudades enteras en cuestión de segundos.

-¿Vos crees que se están preparando para otra guerra?

-Seguro que sí-contestó Umbídez.

-Dios mío.

Mariano Paz había quedado tan impresionado que se olvidó del tercer tema, “el cultural”.

Hasta que, luego de un rato, el mismo Umbídez se lo recordó.

-El aspecto cultural de la misión inglesa, por último, se puede simplificar así: su sistema de pensamiento es diametralmente contrario al sistema de pensamiento nuestro, aborigen y, también, en gran parte, español o latino, introducido aquí por la conquista e inyectado entre las etnias locales por mestizaje. Desde Francis Bacon hacia aquí, Inglaterra se convirtió en el eje de una cultura racional y mecanicista en grado sumo. Que ve a la Naturaleza y el mundo como objetos fuera de sí mismos, propiedades a conquistar. Contrariamente al pensamiento aborigen, para el cual la Naturaleza y la Tierra forman parte de su propio Ser. No constituyen un elemento exterior, sino integran su constitución biológica y espiritual.

"Tal Cultura debe ser totalmente borrada de los pueblos que los anglosajones conquistan. Desde que comenzaron su aventura imperialista, allá por el siglo XVI, ellos tuvieron absolutamente claro este concepto: deben anular, completamente, las culturas originarias, de todos los pueblos, que van sometiendo a su dominación."

Capítulo 25

Arturo corría desnudo por entre las ciénagas selváticas de Teutoburgo. Era de noche. Se había quitado la armadura luego de huir, a riesgo de su vida, por entre las patas de un elefante. Quizá de ser capturado tendría la chance, por su conocimiento del idioma español, de salvarse mintiendo que era un comerciante árabe, sorprendido por una banda de ladrones y escondiéndose de ellos luego de ser completamente despojado. Caía, cada tanto, enredado por lianas tortuosas ocultas bajo sus pies entre el viscoso fango. Exhausto, consiguió escalar un grueso árbol, reclinándose entre dos grandes ramas mientras refregaba sus doloridas piernas, hinchadas por el esfuerzo y consteladas de moretones. Estaba a punto de dormirse cuando el crujido de una rama lo alertó sobre la presencia de alguien: ante sí, pese a las sombras, apareció un gigantesco bárbaro, con su casco de astas, un collar de piedras, su olor repugnante a germano con una hacha de filo aterrador en su mano izquierda y una masa en la otra... quiso hablarle, decirle que sólo era un pobre comerciante árabe, que no le hiciera daño, pero el otro, cabellera rubia sucia y enmarañada cayendo sobre sus poderosos hombros, barba aceitosa, con un alarido terrible se acercó hasta él en dos trancos mientras bajaba como un rayo su gran hacha de piedra, para tronchar su cabeza... En tal momento, despertó.

Estaba completamente mojado en sudor... por unos segundos Arturo del Malvar se sintió aliviado de que hubiera sido sólo un sueño, aunque luego su corazón volvió a dar un vuelco, al recordar que a las 9 de la mañana debían encontrarse con Ilsa, en el Parque Aguirre. Miró el reloj... ¡las ocho y media! Estaba seguro de haber puesto el despertador para que sonara a las ocho... mas no lo había escuchado. Saltó de la cama y puso a calentar en el hornillo eléctrico una

porción de chipaco, mientras se bañaba rápidamente y luego de afeitarse, desayunó en cinco minutos, para salir, volando casi, sobre su automóvil, en dirección al centro de Santiago. Como a las nueve y cuarto llegó. Encontró a su novia rápidamente. Se abrazaron. Luego, volvieron a sentarse, en el mismo banco.

-¿A qué hora llegaste? -preguntó Arturo.

-A las ocho y media... -contestó Ilsa. -Tenía que tomar el colectivo que sale a las cinco de la mañana de Suncho... pues con los siguientes, hubiera llegado muy tarde.

-¡Oh, perdona, perdona!... -se acongojó Arturo- si hubiera sabido... ¿por qué no me llamaste por teléfono, desde una cabina de la terminal?

-No bajé en la Terminal... sino cerca de aquí, en la Costanera... quería pasear un poco... el río Dulce y el parque me gustan mucho...

-¡Oh, oh!...-siguió quejándose Arturo -¿Y estuviste aquí todo ese tiempo?

-Yo no me aburro...-aseguró Ilsa, mientras levantaba un pequeño libro que por un momento había puesto a su costado. Arturo lo miró: Wittgenstein, decía: *Tractatus logico-philosophicus*. -¿Lo conoces?

-No -contestó Arturo. Omitiendo agregar que los únicos dos libros que había leído en toda su vida fueron *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*, de la Editorial Billiken -¿De qué trata?-se interesó en voz alta.

-Debería hablar un rato, quizá, para explicarlo... -advirtió Ilsa.

-Será para mí un placer -aseguró Arturo-, pero antes: ¿quieres desayunar? Hay bares, por aquí cerca...

-Ya he desayunado -dijo ella, mostrando una pequeña bolsa tejida de la que asomaba una canastita, colocada, también, a su costado, sobre el confortable banco de madera.

-Yo también- exclamó Arturo. Pues bien, hablemos de... de...

-Wittgenstein...- lo ayudó ella, riendo -no es fácil de pronunciar...

“Bien... esencialmente, el aporte de Wittgenstein consiste en discernir que la Lógica racional humana puede explicar la realidad, sólo hasta cierto punto. Mas para poder alcanzar un nivel superior de conocimiento, debemos apelar a la observación de los hechos. Los hechos, concretados por seres humanos, en interacción con otros numerosos factores materiales y metafísicos, nos acercan algo más, dentro de nuestras posibilidades, a la Verdad.

“Reconoce un antecedente inmediato para sus conclusiones en otro filósofo, del siglo diecisiete, llamado Baruch Spinoza. La búsqueda de esa Verdad, según nuestro autor, debería

emprenderse a través de un camino que otros han denominado Mística. Una experiencia simultánea de observación de la Naturaleza y los hechos cotidianos, junto al autodescubrimiento, de la propia interioridad. Posible sólo a través de la soledad, el recogimiento, el retiro, la meditación y el silencio. Tal renuncia al mundo construido por la razón, le permitirá al místico llegar a un sentimiento extático de unión o identificación con el todo, entendido éste como el cosmos o Dios. Es nuestra mística, pues, la encargada de abolir el egoísta y violento principio de individuación, por medio de la unión espiritual con el todo.

-Se parece a algunas concepciones de nuestros poetas españoles en el Siglo de Oro... -murmuró Arturo- mi papá solía recitar siempre -añadió:

¡Qué descansada vida

la del que huye del mundanal ruïdo,

y sigue la escondida

senda, por donde han ido

los pocos sabios que en el mundo han sido...

-Que no le enturbia el pecho

de los soberbios grandes el estado,

ni del dorado techo

se admira, fabricado...

-completó Ilsa -sí, hay una traducción al alemán... creo que de Hölderlin...

-Yo no sé el nombre del poeta -dijo Arturo.

-Yo tampoco -dijo Ilsa- creo que era un monje...

-Hermosa...-añadió Arturo. Sin especificar si se refería a la poesía o a su compañera. De quien cualquier argumento que estuviese desarrollando le podría haber parecido interesante, en aquellos minutos ambrosíacos, compartidos, con deliquio, durante la suave mañana otoñal, junto a esa mujer que amaba.

-Debemos decir que Wittgenstein está demostrando, hasta ahora, su filosofía en la práctica... su propia práctica... Ya que hace realidad los conceptos que sostiene, con su propia vida.

“Habiendo nacido en una de las familias más ricas del mundo, en 1914 fue a la guerra como voluntario... (podía haberla evitado sin problemas...): quería experimentar el dolor hasta

sus mayores expresiones materiales. ¡Gran parte de este pequeño libro lo escribió en el frente de batalla!... Una de sus frases más famosas, escritas por Wittgenstein en su Diario, dice: Todo lo que la Humanidad necesita saber, está en el capítulo 5 del Evangelio de San Mateo...

-No recuerdo qué dice el capítulo 5...-manifestó con honestidad Arturo- en realidad, no leí los Evangelios... sólo escuché las lecturas en las misas, durante mi vida...

Ilsa recitó:

-Bienaventurados los pobres y desposeídos... porque, de ellos, es el Reino de los Cielos.

“Bienaventurados los mansos: porque poseerán como herencia la Tierra.

“Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de Justicia, porque serán saciados.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

“Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios.

“Bienaventurados los que trabajan por la paz: porque serán llamados hijos de Dios...”

-¡Ah, sí! -recordó Arturo:-¡el Sermón de la Montaña!

-Exactamente... aunque su autor no lo tituló así...

“Siguiendo con esta filosofía... se puede inferir que el entendimiento racional del mundo, nos lleva a construir diferentes realidades, de acuerdo a un determinado sistema de percepciones, en este caso, la Lógica, comenzada, entre nosotros, los del mundo Occidental, con Aristóteles.

"Hemos heredado, pues, luego de unos tres mil años de evolución, una cantidad inmensa de parámetros, a través de los cuales no sólo comprendemos al mundo, sino, también, lo construimos. Para bien o para mal... pues muchos de esos parámetros, que hoy denominamos la Civilización Occidental y Cristiana... pues, son nítidamente contrarios a los preceptos cristianos, revelados entre otros conocimientos por el Sermón de la Montaña...

"Así, las llamadas Grandes Civilizaciones, fueron construyéndose, en los hechos, utilizando, principalmente, cuatro herramientas:

-Los ejércitos.

-El dinero.

-El engaño.

-La esclavitud de las masas humanas.

“Desde la legislación de los Egipcios, el código babilónico de Hammurabi, las normativas legales chinas de Confucio, la República de Platón y su perfeccionamiento por Aristóteles, hasta llegar a las filosofías científicas de Isaac Newton, Hobbes, Darwin o Spencer, vamos construyendo un cada vez más complejo Sistema... Un sistema cada vez más complejo. Que ata y reata las potencialidades humanas de sus habitantes bajo cuerpos jurídicos, sociales y culturales opresivos.

“De tal manera hemos llegado, a este siglo XX, en el cual, prácticamente van quedando para nosotros, en todo el mundo, solamente dos opciones, en realidad dos caras, del mismo Sistema: el Capitalismo Occidental o el Comunismo Soviético.

"Ambos, supresores de un derecho esencial que poseían nuestros antepasados, en sus orígenes, hace millones de años: la Libertad.

"Ambos, construidos bajo estrictas lógicas racionales y materialistas. Sobre las premisas sistémicas de que es necesario apropiarse por la fuerza de los bienes físicos o conceptuales de la Naturaleza. Robándole sus riquezas minerales, vegetales, etcétera y "torturándola", como escribió el inglés Bacon, "para arrancarle sus secretos". Valiéndonos para ello de la potencia laboral de millones de seres humanos, reducidos a la condición de robots a los cuales no debe proveérseles más que el combustible suficiente como para seguir produciendo hasta que el desgaste de sus organismos alienados ya les impida hacerlo con efectividad.”

-¿Crees que no hay alternativas, entonces, para eludir la opresión del Sistema? -preguntó Arturo del Malvar.

-Lo dudo... quizá en lugares como Santiago, podamos hallar aún alternativas... yo estoy viviendo ahora por primera vez en mi vida una etapa de grandes acontecimientos internos, antes no imaginados... mientras en el Mundo Occidental -Europa, Norteamérica, una gran parte de Asia- se presentan sólo variantes de las mismas ideas: como el Fascismo o el Liberalismo... junto a un avance tan potente del Sistema, que amenaza con expandirse de un modo indetenible, hasta adueñarse y cubrir el mundo entero, a un ritmo muy acelerado. Tanto, como nunca antes se había visto.

-Sí... también lo había observado... pero como algo lejano -dijo Arturo-... lo más cerca que estuve de esa trama expansiva del Sistema, como lo llamas, fue el periodo que permanecí en Filipinas.

-Claro. Tú perteneces a un área privilegiada del mundo. Santiago lo es.

-¿En serio crees eso? - se asombró Arturo del Malvar.

-Oh, Arturo... aquí, cuando el imperio español y gran parte de Europa se precipitaba a la más ominosa decadencia moral, estábais en una posición aventajada...

-Hasta que vinieron ellos, y nos aplastaron-, murmuró Arturo -o, mejor dicho, nosotros... soy descendiente de españoles, por mi sangre, aunque, creo que, como casi todos, debo tener algo de sangre aborigen... pues hasta el siglo XVIII, más o menos, raramente caían por aquí mujeres españolas... así que, creo, el 99 por ciento de los criollos llevamos sangre indígena en nuestras venas... aunque nos empeñamos en ocultarlo.

-También opino como tú-contestó Ilsa. -Es más: creo que en Santiago fue depositada la verdadera Sabiduría... esa que busca Wittgenstein con tanto empeño...

Arturo la miró con fijeza.

-Mirá, agradezco tu consideración... Aunque no la comprendo... Siento, intuyo, que vivo en un lugar maravilloso... sin embargo, no sé por qué siento eso... Santiago es una de las provincias más pobres de la Argentina... quizá la más pobre... si sales de las cuatro avenidas, en su capital, sólo verás carencias y situaciones de dolorosa indigencia, entre la mayor parte de sus habitantes.

-Yo no conozco mucho aún la ciudad de Santiago... sí sé que hay, entre los habitantes de esta tierra, un mandato trascendente... que se estableció aquí hace unos cuatrocientos años..

-¿Ah, sí? -se sorprendió Arturo. -¿Lo has leído en algún libro importante?

-Me lo contó una señora. De 99 años. Que vive en un lugar llamado Zustutupé, muy cerca de Suncho Corral. Se llama Ana Ontiveros. Y es descendiente directa de una familia de indios tonocotés. Me contó la historia de los tonocotés, que, según ella, son los verdaderos santiagueños.

-Qué interesante-dijo, con sinceridad, Arturo.

-Los tonocotés fueron los herederos de la Sabiduría Antigua. Luego de que antiguos imperios se hundieran entre las aguas, milenios atrás.

-¿Eso ocurrió aquí?

-Sí. Entonces, según Ana, los tonocotés lograron establecer comunidades armónicas con la Naturaleza. Conviviendo con ellas durante siglos. Hasta que llegaron los europeos y aplastaron esas comunidades, imponiéndoles su versión del mundo.

“Para nuestro consuelo, estos europeos no fueron los únicos que intentaron esclavizarlos: antes ya habían padecido el acoso de los Tavantisuyus -gobernados por el Inca- y al momento de la invasión europea eran también atacados por bandas o ejércitos de la región hoy llamada Brasil, y algunas otras provenientes del también hoy denominado Paraguay.

“Hacia 1680 las ciudades de Talavera de Esteco y Talavera de Madrid se habían convertido en bastiones lujosos y prósperos de gran parte de los mayores potentados de la región.

Que habían instalado allí fábricas de joyas, todo tipo de herramientas, y especialmente oro en lingotes, que exportaban hacia bancos europeos regularmente. Logrando así el más elevado nivel de existencia de toda Sudamérica. Chocaban, sin embargo, con grandes dificultades para llegar al puerto de Buenos Aires. Pues por el camino sufrían continuamente asaltos de aborígenes chaqueños y brasileños. Junto a otros bandidos renegados de las propias filas europeas.

"Con el propósito de controlarlos, los españoles de Esteco crearon una fuerza aborigen de elite: los Matarás. La componían 500 jòvenes guerreros, provenientes de varias etnias locales, principalmente Lules, Tonocotés, Tobas y Diaguitas. Concentrándolos en una nueva ciudadela militar, denominada, también, Matará.

"Gracias a ellos, los magnates de Esteco y Talavera de Madrid consiguieron preservar y aumentar extraordinariamente sus ya inmensas fortunas, garantizando su libre comercio a través de las rutas hacia Europa por medio del Puerto en el Río de la Plata.

"Esto duraría unos cien años. Hasta que, en la década de 1690, tres desmesuradas erupciones volcánicas -o terremotos, nadie sabe muy bien lo que sucedió, exactamente: Doña Ana dice que llovía fuego del cielo... terminaron para siempre con las dos lujosas y lujuriosas ciudades...

Aquí Ilsa se volvió un momento hacia la bolsita de hilo, tejida a mano, que reposaba a su lado, y extrayendo una cajita de madera terciada de dentro, levantó su tapa y la extendió hacia Arturo, ofreciendo:

-¿Quieres uno? Alfajorcitos de maicena, con dulce de leche… -exclamó.

Arturo tomó uno y ambos comieron en silencio, durante algunos minutos.

-Los Mataráes o Matarás siguieron viviendo y reproduciéndose, incluso ya mestizándose con criollos, negros o españoles... hasta la actualidad.

"Hacia 1650, habría ocurrido un milagro, según doña Ana: la aparición de la Virgen, a un artesano tonocoté, ya anciano, una tarde. Era un hombre que se dedicaba a todo tipo de artesanías, tallas en madera, anillos de plata, bombillas, mates labrados, etcétera. La Virgen, una mujer morena envuelta en suave luminosidad, con hábito marrón semejante al de las monjitas, apareció como de la nada en el taller de Yutsy Zuaasç (el artesano) y, luego de saludarlo, le dijo, en perfecto idioma tonocoté, lo siguiente:

"Dios te ha bendecido, Yutsy… por los siglos de los siglos... y te ha encargado un trabajo divino: debes tallar una cruz, en madera natural de la región.

"Serás guiado por el Espíritu Santo.

"En esa Cruz, tallarás un mensaje codificado.

“A través de él, la Santísima Trinidad guiará a tu pueblo.

“Con el conocimiento transmitido, aunque también con el conocimiento Eterno que tu estirpe lleva en la sangre, tu pueblo renacerá de sus cenizas.

“Recuperará todo lo que le han robado.

“Recuperará sus bienes naturales que los inicuos están depredando, y continuarán haciéndolo por un tiempo más.

“Esta será mi señal y mi mensaje: tu pueblo renacerá una y otra vez. Hasta convertirse en Guía de muchos pueblos y referencia ineludible, para toda la Humanidad, hasta su salvación".

Arturo estaba impresionado. Ambos se quedaron en silencio, luego de esta conversación. Por un buen rato. De repente, él la tomó entre sus brazos. Y la besó.

Fin de la Primera Parte

ulalos.blogspot.com